

LOS CUENTOS DE JACINTO OCTAVIO PICÓN  
EN EL CONTEXTO DE SU OBRA (I).  
APUNTES BIOGRÁFICOS, RETRATOS  
Y RELACIONES PERSONALES

Por *Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo*

NOTA PREVIA

Tras la publicación de nuestra edición de los *Cuentos completos* de Jacinto Octavio Picón<sup>1</sup>, la Fundación Universitaria Española nos brinda las páginas de sus prestigiosos *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica* para acoger en ellos una serie de artículos que reunirá lo sustancial del estudio que, acompañando a una versión inicial de la edición de los cuentos, constituyó el volumen primero de nuestra tesis doctoral.<sup>2</sup>

Abrimos la serie con estas páginas biográficas, a las que seguirán otras sobre la estética e ideología del autor enfocadas desde su obra periodística y crítica, y otras aún sobre sus novelas, diseñando con ello el contexto vital y literario que nos permita entrar luego en el estudio externo de los cuentos y de las colecciones de cuentos, y en el análisis pormenorizado de estos, como haremos. A ello nos aprestamos con la firme convicción de que recuperar la figura y la obra de Jacinto Octavio Picón, y en particular su narrativa breve, constituye una tarea inaplazable. Una tarea que no habría sido posible sin la generosidad de la Fundación Universitaria Española, a la que deseamos mostrar aquí públicamente nuestra gratitud en la persona de su patrono el doctor don Amancio Labandeira, cuya sensibilidad y comprensión han hecho efectivo el empeño.

---

<sup>1</sup> Jacinto Octavio Picón, *Cuentos completos*, edición crítica de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo, Madrid: FUE, 2008, 2 vols.

<sup>2</sup> Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo, *Edición crítica y estudio de los Cuentos completos de Jacinto Octavio Picón (1852-1923)*, Universidad Complutense de Madrid, 2007, 2 vols.

## 1. APUNTES BIOGRÁFICOS

### 1.1. Familia, juventud, formación

Jacinto Octavio Picón y Bouchet es el único de los narradores de su generación, o al menos de los de relieve, nacido en Madrid, ciudad donde vio la luz el 8 de septiembre de 1852<sup>3</sup>, año este de natalicios relevantes en el mundo de las letras (Leopoldo Alas), las artes (Antonio Gaudí), la ciencia (Santiago Ramón y Cajal) y la técnica (Leopoldo Torres Quevedo).

No hay duda de que las raíces familiares orientaron de manera determinante su vida, ideología y dedicación, sobre todo en dos de sus facetas más notorias: el liberalismo de la rama paterna y las inclinaciones artísticas de la materna<sup>4</sup>. Era Picón hijo único de un matrimonio acomodado, en el que el padre, don Felipe Picón y García, había sido gobernador de Almería y de Huelva, y sería más tarde magistrado de la Audiencia de Madrid. Noël Valis ha exhumado la traducción de este, en colaboración con León José Serrano, de los *Estudios sobre las constituciones de los pueblos libres* (1843), de Simonde de Sismondi, y el discurso, en el acto de su investidura como doctor en la Facultad de Jurisprudencia, *¿Es realizable el proyecto de una paz general y estable entre las naciones civilizadas?* (1852, coincidiendo, por tanto, con el nacimiento de nuestro autor), testimonios ambos de su arraigada fe liberal y de su utopismo progresista, como cuando escribe: «al fin llegará el día en que reunidas todas las naciones civilizadas por un mismo sentimiento, remitirán sus diferencias al voto de una gran asamblea. Entonces el único campo de batalla donde la humanidad combata será el de la inteligencia y la razón: entonces también veremos cumplida la profecía que nos enseña a esos dos inmensos grupos de los

---

<sup>3</sup> La fecha es indisputable, y se desprende tanto de los periódicos que publicaron notas y artículos necrológicos a la muerte del autor, como de la inscripción en la lápida del panteón familiar en que está enterrado (Sacramental de Santa María, Patio de la Almudena, sección 1.ª, núm. 11), que visitamos en diciembre de 2005. Atención, no obstante, a los errores que sobre este dato menudean en las historias de la literatura, algunas de las cuales consignan 1851 o 1853 como año de nacimiento. Deriva el primero de Juan Gualberto López-Valdemoro, «De mis memorias. Jacinto Octavio Picón y Bouchet», *Boletín de la [Real] Academia Española*, XX, cuaderno XCVII (abril 1933), pp. 243-251, a pesar de que su fuente es el yerno del escritor, don Manuel Ortiz Angulo.

<sup>4</sup> A los datos que poco después de la muerte del autor había suministrado Agustín González de Amezúa en sus «Apuntes biográficos de don Jacinto Octavio Picón», que aparecen como introducción al tomo X de sus *Obras completas* —consagrado a la edición refundida del volumen *Vida y obras de don Diego Velázquez*, Madrid, Renacimiento, 1925, pp. VII-XLIV—, vino a sumarse la importante contribución de Noël M. Valis, «Más datos biobibliográficos sobre Jacinto Octavio Picón», *Revista de Literatura*, LIII (1991), pp. 213-244. También debemos a Valis el habernos revelado la existencia de las memorias del nieto de don Jacinto: Juan Manuel Ortiz Picón, *Una vida y su entorno (1903-1978). Memorias de un médico con vocación de biólogo*. Granada: Edición del Autor, 1979 (reeditadas en Madrid: CSIC, 1993, por las que citamos, especialmente pp. 9-49), que recogen noticias de interés sobre Picón y familia.

Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa, puestos el uno enfrente del otro, tendiéndose una mano amiga a través del océano, y jurando paz eterna a los hombres en presencia de Dios»<sup>5</sup>. Poco más conocemos de don Felipe, salvo el lugar y la fecha de su muerte, a la que nos referiremos a continuación.

De la madre, doña Octavia Bouchet e Ypschier, sabemos a través de su bisnieto Ortiz Picón que conservaba costumbres francesas y mantenía lazos de amistad con artistas distinguidos del momento: poetas como Zorrilla y Núñez de Arce, músicos como Chapí y Asenjo Barbieri, y pintores como Rosales y Madrazo. «Este último —precisa Ortiz Picón— pintó un retrato de doña Octavia, todavía joven, que pude contemplar durante bastantes años en casa de mi abuelo Jacinto Octavio». Y añade: «Probablemente doña Octavia ejerció gran influencia en la educación de su único hijo, fomentando en él aficiones literarias y artísticas, amén de un fino demoliberalismo impregnado de cierto escepticismo religioso»<sup>6</sup>. E insiste en la estrecha vinculación de nuestro autor con su madre, de quien aprendió con perfección el francés a la vez que el español.

A las aficiones literarias del joven Jacinto Octavio no fue ajeno, por lo que parece, su tío José Picón, el celebrado autor del libreto de *Pan y toros* en 1864 —zarzuela en tres actos y en verso con música del maestro Barbieri—, amén de otras zarzuelas y comedias de los años sesenta. Conocemos la estrecha relación que unió a tío y sobrino, patente en el profundo afecto que hacia aquel revela el artículo que mucho después don Jacinto dedicaría a los avatares de la prohibición en 1867 de la citada pieza de José Picón.<sup>7</sup>

En los últimos años sesenta y primeros setenta estudia Leyes en la Universidad de Madrid<sup>8</sup>, en cuyas aulas tuvo por compañero a Antonio Maura, con quien, a pesar del abismo ideológico que los separaba, mantendrá una estrecha amistad

---

<sup>5</sup> *¿Es realizable el proyecto de una paz general y estable entre las naciones civilizadas? Discurso leído en la Universidad Central, por el licenciado don Felipe Picón y García...* Madrid: Imp. del Semanario Pintoresco e Ilustración, 1852, p. 16. *Apud* N. Valis, «Más datos...», p. 215. Advertimos desde aquí que modernizamos en lo sustancial la ortografía y puntuación de los textos de la época. Por otra parte, notemos que, más de siglo y medio después, no solo no hemos alcanzado los Estados Unidos de Europa, sino que no parece que vayamos encaminados precisamente hacia la paz universal y estable.

<sup>6</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 11.

<sup>7</sup> Véase, junto a otros varios pormenores sobre la relación entre ambos, la anécdota que, de Eduardo de Lustonó, Valis recoge en su fundamental *The Novels of Jacinto Octavio Picón*, Lewisburg: Bucknell University Press, 1986, que citamos por su traducción española: *Jacinto Octavio Picón, novelista*, Barcelona: Anthropos, 1991, pp. 25-26. Los mencionados avatares, en Jacinto Octavio Picón, «Prohibición de *Pan y toros* en tiempo de Isabel II», *Revue Hispanique*, XL (1917), pp. 1-46.

<sup>8</sup> Entre 1868 y 1872 según Ortiz Picón (*Una vida y su entorno...*, p. 12), y entre 1869 y 1873 según González de Amezúa («Apuntes biográficos...», p. X).

durante toda su vida<sup>9</sup>. Es en estos años universitarios cuando dio «en el singularísimo capricho de actuar de bohemio», como nos ilustra su amigo Juan Gualberto López-Valdemoro, conde de las Navas: «Ya de estudiante anduvo con un chambergo, a lo Rubens, y una zamarra de piel. Se fue a vivir a casas de aspecto mezquino y escribía a los amigos pidiéndoles algún pantalón o gabán de desecho que para nada necesitaba: por supuesto, que aquéllos, en el secreto, no le hacían ningún caso. Fue un chispazo aislado de extravagancia con vistas al Barrio Latino de París; pero muy pronto volvió Picón a sus gustos aristocráticos, elegancias sencillas y pulcras en el vestir y a su devoción por la cocina francesa».<sup>10</sup>

Por entonces —siempre según el conde de las Navas— sabemos que frecuentaba una tertulia en el Café Suizo, en la calle de Sevilla, a la que asistían entre otros Vital Aza, José Estremera y Miguel Ramos Carrión, con quienes Picón mantendría prolongada amistad: «En aquellas reuniones se charlaba de todo lo imaginable, principalmente de teatros, música, artes plásticas, de la Universidad, y muy poco de política. Picón disfrutaba ya de autoridad entre nosotros por su exquisito gusto y cultura poco común y se le reían las gracias con que salpimentaba el discurso, si quiera a veces desbarrase en cosas más o menos relacionadas con la religión».<sup>11</sup>

## 1.2. Periodismo y literatura

En 1873, terminada la carrera, se iniciará en el mundo del periodismo, en concreto con una necrología del pintor Eduardo Rosales, que Valis ha documentado, publicada en *El Gobierno* (8-XII-1873), a la que seguirá un artículo sobre la decadencia francesa, «La sentencia de muerte del mariscal Bazaine» (24-XII-1873), en este mismo periódico.

Debió de ser unos meses después, ya en 1874 y en época de la República, cuando obtuvo un destino como oficial administrativo en el ministerio de Ultramar, pero a la vuelta de la monarquía con la Restauración de Sagunto, en diciembre de ese año, tuvo el rasgo —«que le retrata por entero», escribe González de Amezúa— de presentar su dimisión, fundando el hecho «en que sus ideas se avenían mal con el orden de cosas establecido»<sup>12</sup>. He aquí una primera muestra de esa integridad moral que nunca le abandonará.

<sup>9</sup> Véase la «Necrología del excelentísimo señor don Jacinto Octavio Picón. Discurso pronunciado en la Junta del día 23 de noviembre por don Antonio Maura», *Boletín de la Real Academia Española*, X, cuaderno L (diciembre 1923), pp. 497-504.

<sup>10</sup> J.G. López-Valdemoro, «De mis memorias...», p. 244.

<sup>11</sup> J.G. López-Valdemoro, «De mis memorias...», p. 243.

<sup>12</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», pp. X-XI. «¡Ese era el hombre!», apostilla con indisimulada admiración Amezúa, quien, como veremos, escribe desde una ideología muy alejada de la profesada por nuestro autor.

En marzo de 1875, y en la *Revista de España*, Picón hará sus primeros pinitos literarios, que se verán pronto continuados en *El Globo*, el órgano republicano de Castelar recién fundado entonces. Hablamos de «Una fiesta en el anfiteatro de Flavio Vespasiano» y de «La torre de la Vela», dos textos más descriptivos que narrativos, que a la par que revelan dotes y sensibilidad, resultan de un romanticismo ya trasnochado, en especial el segundo, sobre el que caerán nada menos que las iras del joven Clarín, en la que será su primera crítica *higiénica y policíaca*, y que mucho debieron de afectar al joven don Jacinto, quien no reincidió por este camino<sup>13</sup>, sino que probó sus armas en la crítica artística, y así, a la relativamente extensa «Revista crítica de artes», publicada en la *Revista Occidental* de Lisboa en la primavera del 75<sup>14</sup>, sucederá la que ya constituirá una serie de ocho artículos en *El Globo*, casi todos sobre pintura, que se concentrará en su mayor parte entre junio y octubre de ese año<sup>15</sup>. En este intervalo, a finales del mes de agosto, moría su padre en el balneario aragonés de Panticosa, lugar que inclina a pensar, como razonablemente sostiene Valis, que la tisis fuese la causa del fallecimiento.<sup>16</sup>

Las puertas de las principales publicaciones siguen abriéndose para el joven escritor: *La Ilustración Española y Americana*, también joven pero ya prestigioso semanario, acogerá en sus páginas el artículo «Los albores del Renacimiento»<sup>17</sup>.

<sup>13</sup> «Una fiesta en el anfiteatro de Flavio Vespasiano», *Revista de España*, VIII, tomo XLIII, núm. 170 (marzo-abril 1875), pp. 229-238; «La torre de la Vela», *El Globo*, I, núm. 68 (7-VI-1875), pp. 269-270. Ambos están fechados: el primero el 18 de enero, y el segundo el 3 de junio de ese mismo año. Los hemos reproducido recientemente como Apéndices 1 y 2 (incluyendo aquí la despiadada reseña de Clarín) en nuestra edición de J.O. Picón, *Cuentos completos*, vol. II, pp. 431-438 y 439-444, respectivamente.

Para todos estos pormenores bibliográficos, y varios de los biográficos, nos valemos de nuestras propias pesquisas, algunas de ellas ya avanzadas en nuestra memoria de licenciatura, *Los cuentos de Jacinto Octavio Picón*, Universidad Complutense de Madrid, 1977, y en «Para la bibliografía de Jacinto Octavio Picón», en *Homenaje a Luis Morales Oliver*, Madrid: FUE, 1986, pp. 151-157; y sobre todo de los datos aportados por Noël M. Valis en una suma de artículos imprescindibles: «Una primera bibliografía de y sobre Jacinto Octavio Picón», *Cuadernos Bibliográficos*, XL (1980), pp. 171-209; «Adiciones a una bibliografía de y sobre Jacinto Octavio Picón», *Revista de Literatura*, XLVII (1985), pp. 165-171; «Más datos biobibliográficos sobre Jacinto Octavio Picón», cit.; y «Suplemento bibliográfico de y sobre Jacinto Octavio Picón», *Revista de Literatura*, LXI (1999), pp. 557-563.

<sup>14</sup> Jacinto Octavio Picón, «Revista crítica de artes», *Revista Occidental*, I, núm. 1 (febrero-abril 1875), pp. 716-728.

<sup>15</sup> E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, «Para la bibliografía de Jacinto Octavio Picón», p. 153.

<sup>16</sup> N. Valis, «Más datos...», p. 215.

<sup>17</sup> Jacinto Octavio Picón, «Los albores del Renacimiento», *La Ilustración Española y Americana*, XIX, núm. 47 (22-XII-1875), pp. 395-398. Sobre esta destacada revista (1869-1921), la más importante de las ilustradas de esos años, véase el trabajo de Marta Palenque, *Gusto poético y difusión literaria en el realismo español: «La Ilustración Española y Americana»*, Sevilla: Alfar, 1990. En la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=23514>>), se han digitalizado recientemente todos los números del período 1869-1901.

Y de nuevo en *El Globo* verá la luz su primer cuento pleno, *El epitafio del Doctor* —en el número del 18 de febrero de 1876—, ya lejos de las fantasías románticas de meses atrás.<sup>18</sup>

Debió de ser por entonces, a comienzos de 1876, fecha en que apenas si publica más que lo reseñado, cuando contrajo matrimonio con Dolores Pardiñas y Tutor, del que nació un primer hijo, Jacinto Felipe, a finales de ese mismo año. Y también de 1876, según apunta Valis, es un episodio revelador del carácter y la entereza del joven don Jacinto<sup>19</sup>. Valdrá la pena transcribirlo al detalle, con González de Amezúa, quien dice haberlo escuchado del propio Picón:

Eran los primeros años de la Restauración: el partido republicano, numeroso y extendido por toda España, soñaba todavía con la vuelta de la República, pero para eso era menester primero que los caudillos de las diferentes fracciones en que ya entonces andaba dividido depusieran sus diferencias, agrupándose todas bajo el mando común de un Directorio. Hiciéronse las oportunas gestiones entre unos y otros; menudearon las entrevistas entre los que estaban en España, así como las cartas y consultas con los emigrados allende la frontera, y en especial con el jefe que encarnaba la resistencia y la acción, don Manuel Ruiz Zorrilla, voluntariamente expatriado en París. Llegose, por fin, a un acuerdo, y se convino en dar cuenta del mismo a la nación por medio de un manifiesto, suscrito por todos. La dificultad estaba en recoger la firma de Ruiz Zorrilla y pasar con el susodicho documento la frontera, muy vigilada por el gobierno español, sabedor de estos tratos. Todas las personas adictas al republicanismo eran muy conocidas de la policía española, y de intentararlo hubieran caído inevitablemente en sus manos. En estas perplejidades, una persona —cuyo nombre no recuerdo ahora— dio a Ruiz Zorrilla el nombre de Picón, no calificado todavía como político, sino simplemente como corresponsal literario. Lleváronle a casa del viejo caudillo; preguntóle este si se arriesgaba a la empresa, que seguidamente le explicó, encareciéndole la importancia y reserva del documento, y sin ocultarle tampoco los peligros —unos meses de cárcel, deportación a Filipinas, o cosa peor— que podían sobrevenirle. Ninguno arredró al joven periodista, que aceptó sin vacilación alguna el peligroso encargo; pero cuando Ruiz Zorrilla se disponía a hacerle entrega del valioso papel, que cerrado bajo sobre tenía delante de sí, vio que Picón, deteniéndole su gesto, le decía con tono respetuoso pero firme:

—Don Manuel, yo no llevo ese Manifiesto sin leerlo primero y enterarme de lo que dice.

<sup>18</sup> E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, «Para la bibliografía de Jacinto Octavio Picón», p. 153. Para las referencias bibliográficas y las precisiones de detalle de este y otros cuentos que iremos citando, remitimos a nuestra edición de los *Cuentos completos* del autor («Introducción», I, pp. 11-61, y aparato crítico de cada cuento) y a próximos artículos de esta serie.

<sup>19</sup> N. Valis, *Jacinto Octavio Picón, novelista*, p. 29. Hazel Gold, sin embargo, sitúa el episodio en 1880, y añade que el citado manifiesto es el que reprodujo *El Imparcial* del 12 de abril de ese año (*Jacinto Octavio Picón: el liberalismo y la novela del siglo XIX*. Tesis doctoral [1980]. Ann Arbor: UMI, 1986, p. 26).

Quedó suspenso un momento el inquieto conspirador; miró a Picón; comprendió que no eran la curiosidad ni el orgullo quienes dictaban sus palabras, sino el sentimiento de una dignidad y altivez personales muy arraigadas, y le repuso por su parte:

—Tiene usted razón, joven: puede usted leerlo.

Abrió Picón el pliego; leyó con toda detención el Manifiesto, secreto para todos; volvió a lacrarlo, y, llevándolo consigo, se despidió de Ruiz Zorrilla, quien durante muchos días comentó donosamente con sus partidarios esta singular escena. Al día siguiente salió Picón para Madrid trayendo, por cierto, como compañero de viaje a un polizonte español conocido suyo y espía destacado en Francia por el gobierno de Cánovas para vigilar a los republicanos emigrados; con él pasaba sin dificultad alguna la frontera, llegando a Madrid, donde hizo entrega a Salmerón del Manifiesto, que pocos días después publicaba a la vez la prensa republicana de toda España.<sup>20</sup>

Tanto su dedicación a la crítica de arte como su vocación literaria van cuajando a lo largo de 1877. Aquella con dos artículos sobre pintura en *La Academia* (febrero y abril), pero sobre todo con un estudio singularísimo, los «Apuntes para una historia de la caricatura», que irá publicando en la *Revista de España* entre marzo y julio de ese año, y que concluirá a lo largo de 1878, hasta completar una obra que, si bien se limita a reunir datos ya conocidos en lo que concierne a otros países, resulta por completo novedosa, como señalaron los estudiosos, en lo que respecta a España<sup>21</sup>. En el terreno estrictamente literario, o literario-periodístico, durante estos meses compone y publica tres nuevos cuentos, dos de ellos para *El Imparcial*, titulados *En la puerta del cielo* (17-IX-1877) y *El modelo* (24-XII-1877), y uno más para el almanaque de *El Globo* que aparecerá con el nuevo año, *La lámpara de la fe*.

La muerte de su mujer, el 18 de febrero de 1878, probablemente como consecuencia del parto de María Octavia (María o Mari, familiarmente), la segunda hija del matrimonio<sup>22</sup>, cerrará unos años en los que el joven Picón irá perdiendo sucesi-

<sup>20</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», pp. XI-XIII.

<sup>21</sup> La edición en libro se tituló *Apuntes para la historia de la caricatura, por Jacinto Octavio Picón*, y fue impresa en Madrid: Establecimiento Tipográfico, en 1877, según reza el pie de imprenta, pero en realidad en 1879, como trae la «Advertencia» final. Hay edición facsimilar reciente en Valencia: Librerías París-Valencia, 2002.

<sup>22</sup> N. Valis («Más datos...», p. 215) descubrió la fecha exacta de la muerte de su esposa a través de la esquila que *El Imparcial* insertó en el primer aniversario del fallecimiento, sobre cuya causa nada trae Ortiz Picón, quien se limita a consignar que su abuelo «envió a las pocas semanas de nacer» María Octavia (*Una vida y su entorno...*, p. 12). Las inscripciones que se leen en el panteón familiar, en la Sacramental de Santa María, nos llevan a corroborar esta fecha del 18 de febrero de 1878, nos enseñan que el nacimiento de María Octavia se produjo el 23 de enero —esto es, 26 días antes de la muerte de su madre, con lo que cobra verosimilitud la razón del fallecimiento de ésta a causa del puerperio— y nos proporcionan algún otro dato: Dolores Pardiñas había nacido en 1854, lo que im-

vamente a tres de sus seres más queridos, pues al fallecimiento de su padre, en 1875, ya reseñado, le había precedido el de su tío José —el entrañable Pepe Picón, como le conocieron sus muchos amigos—, quien había muerto loco en el manicomio de Valladolid en 1873. Por esos días se afirmaba la que sería una larga y fecunda colaboración, en *El Imparcial*, el gran periódico<sup>23</sup>, con una serie de siete artículos sobre «La Exposición de Bellas Artes», aparecida entre el 28 de enero y el 18 de marzo.

Fuera para alejarse de la tragedia, fuera para rehacer su vida —o quizá todo es lo mismo—, lo cierto es que Picón marchará muy pronto a París, de nuevo de la mano de *El Imparcial*, para escribir sobre la Exposición Universal que en 1878 se celebraba en la capital del Sena. Dejaba a Jacinto Felipe, de alrededor de año y medio, y a María, de cuatro meses, al cuidado de su cuñada, una jovencita de quince años hermana de su difunta esposa por parte de madre, Josefa Díaz y Tutor, hija del poeta José María Díaz y ahijada de José Zorrilla. El azar empapaba de literatura la vida de Picón.

Así es que a comienzos de junio ya estaba en París, y el 19 de este mes aparecía su primer artículo, «París y la Exposición», marbete que, alternando con el más escueto «París», empleará en una serie de una cuarentena de crónicas, aparecidas, a razón de una o dos semanales, hasta el 2 de diciembre de ese mismo año.

Aunque de 1879 no tenemos más que su cuento *Un recuerdo de viaje*, que verá la luz en el *Almanaque de La Ilustración* para 1880, consta que continuaba residiendo en París, desde donde reemprenderá sus colaboraciones periodísticas como corresponsal de *El Correo* en marzo de este año. Siempre bajo el epígrafe «Carta de París» enviará noticias y crónicas, en las que menudearán las referentes a cultura, arte y literatura. Entre mayo y julio, van saliendo simultáneamente en *La Ilustración Española y Americana* sus crónicas artísticas sobre el «Salón» de 1880, y otras más generales, de periodicidad bisemanal, tituladas «La quincena parisiense».

### 1.3. Primeras novelas

Tras más de dos años de estancia en la capital francesa, aunque con algún viaje a España de por medio, regresará a Madrid, desde donde a partir de octubre proseguirá su labor en *El Correo*, ahora como crítico de teatros, desempeño que ejercerá

---

plica que tal vez no llegó a cumplir los 24 años. Su hija María Octavia, por el contrario, tuvo una larga vida, pues murió el 29 de septiembre de 1967, a la edad de 89 años.

<sup>23</sup> Véase, sobre *El Imparcial*, a Carmen Caffarel Serra, *La labor periodística de José Ortega Munilla*, Madrid: Universidad Complutense, 1989, y a Cecilio Alonso, con la colaboración de Encarna Marín Pérez, *Índices de «Los Lunes de El Imparcial» (1874-1933)*, Madrid: Biblioteca Nacional, 2006, 2 vols.



con mayor o menor asiduidad, pero sin solución de continuidad, durante un largo período que alcanzará hasta 1892.

En esos inicios de los años ochenta dirigirá la hoja literaria de *La Europa*, cometido este del que apenas si nos ha quedado alguna evidencia<sup>24</sup>. Según González de Amezúa, y como corresponsal de guerra de este periódico y de *El Correo*, acompañó al ejército colonial en la campaña de 1881 contra la insurrección de los jumires, o krumires, en Argelia y Túnez<sup>25</sup>. Y vuelto de África —señala González de Amezúa—, entra como redactor político en *El Progreso*, el diario republicano que representaba la tendencia de Ruiz Zorrilla, Martos y Salmerón, hasta que, al escindirse el partido, Picón, adicto a don Nicolás Salmerón, abandona el diario.<sup>26</sup>

A la altura de 1882, y mientras continúa ejerciendo como crítico de *El Correo*, nuestro autor parece haberse lanzado de manera resuelta a la arena literaria. Escribe media docena de cuentos, que son tantos como había publicado en los seis años anteriores, y hace su primera incursión en la novela con *Lázaro*, obra modesta ya desde el subtítulo, *Casi novela*, pero que le reportará un éxito espectacular, agotándose la primera edición, de dos mil ejemplares, en veinte días, y la segunda, en pocos meses.<sup>27</sup>

Desde entonces se dedicará con preferencia a este género, pero eso no le hará abandonar, ni mucho menos, sus colaboraciones periodísticas, sus artículos de crítica artística y teatral, ni tampoco sus cuentos. Y así, aparte las reseñas de los estrenos que sigue dando a *El Correo*, en 1882 y 1884, respectivamente, fecha sus estudios «Don Tomás Rodríguez Rubí» y «Don Adelardo López de Ayala», que vieron la luz más tarde en el tomo segundo de *Autores dramáticos contemporáneos*<sup>28</sup>. Y en este mismo año de 1884, concretamente el día 5 de marzo, lee en

<sup>24</sup> En nuestro rastreo no hemos logrado hallar más que un número de este periódico que contiene un artículo de Picón: «Tres tipos del teatro antiguo», *La Europa*, I, núm. 120 (30-V-1881), p. 2.

<sup>25</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», p. XIV; J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 13; N. Valis, *Jacinto Octavio Picón, novelista*, p. 32. La expedición debió de producirse en el otoño de 1881, época en la que encontramos habitualmente en *El Correo* informaciones y telegramas de la campaña, siempre sin firmar.

<sup>26</sup> Citamos una vez más, y casi a la letra, a A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», p. XIV, quien toma estos y otros datos de Modesto Sánchez Ortiz, *Apuntes biográficos de la redacción de El Correo*, Madrid, 1883, pp. 39-41, quien a su vez se valió de las noticias proporcionadas directamente por el propio don Jacinto. Lamentablemente, no hemos hallado un solo ejemplar de la obra de Sánchez Ortiz.

<sup>27</sup> Jacinto Octavio Picón, *Lázaro. Casi novela*. Madrid, Fernando Fe, 1882. El éxito se debe en buena parte a su «bien asentada fama de periodista», como trae Noelli [*sic*] Clémessy, «Lázaro. La primera novela de Jacinto Octavio Picón», *Cuadernos Hispanoamericanos*, tomo CVII, núm. 319 (enero 1977), pp. 37-48. Para la contextualización de esta y las restantes novelas de don Jacinto en los movimientos realista y naturalista, remitimos a un posterior artículo de esta misma serie.

<sup>28</sup> *Autores dramáticos contemporáneos y joyas del teatro español del siglo XIX*, vol. II, Madrid: Imp. de Fortanet, 1882, pp. 65-81 y 377-379. A pesar de la fecha del pie de imprenta, la obra debió de aparecer en 1886, que es la que consta en el epílogo «La última hoja», de Pedro de Novo y Colson.

el Ateneo de Madrid, institución de la que era secretario primero de la Sección de Literatura y Artes, su memoria *De el teatro* [sic], con la que obtendrá otro éxito colosal, tanto en su lectura como en la versión impresa, de lo que da fe el que hubiera de ser reeditada de inmediato, hecho del todo infrecuente en esta clase de estudios<sup>29</sup>. Y, del teatro a la pintura, en *El Correo* (del 27 de mayo al 10 de julio) aparecerá una nutrida serie de trece entregas sobre la «Exposición Nacional de Bellas Artes». Al año siguiente, de marzo a mayo, pertenece la breve pero muy importante secuencia de tres artículos en *El Imparcial* sobre «La crisis teatral», donde emite un duro diagnóstico acerca de la escena española del momento.<sup>30</sup>

No obstante, como indicábamos, en esta época se consagrará con preferencia a la novela. Debió de ser en mayo de 1884 cuando apareció *La hijastra del amor*, y a primeros de junio, según el testimonio de Ortega Munilla, ya se vendía la segunda edición, lo que da idea del asombroso éxito que cosechó<sup>31</sup>. Triunfo semejante al

---

Los artículos de Picón están fechados con precisión, el 25 de julio de 1882 y el 9 de abril de 1884, respectivamente.

<sup>29</sup> *De el teatro*. Memoria leída por Jacinto Octavio Picón, Secretario Primero de la Sección de Literatura y Artes del Ateneo de Madrid el 5 de marzo de 1884. Segunda edición. Madrid: Est. Tip. de El Correo, a cargo de Francisco Fernández, 1884. El dato de la aclamación del público asistente a la lectura nos lo proporciona José Ortega Munilla en *El Imparcial* del 10 de marzo: «Este público ha aclamado en el Ateneo la Memoria leída por Jacinto Octavio Picón sobre la literatura dramática [...]. Mucho tiempo hacía que las secciones del Ateneo no escuchaban la lectura de un documento tan gallardamente escrito, pensado con tanta originalidad y tanto acierto».

Por otra parte, cabe consignar que Picón fue un ateneísta activo, al menos en algunas etapas de su vida. Había ingresado en la institución en 1874, con el número 3314 (*Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid... Lista de Señores Socios. Marzo de 1903*. Madrid: Est. Tip. Viuda e Hijos de Tello, 1903), y tras este año de 1884, desempeñó sucesivamente los cargos de vicepresidente de la Sección de Literatura en los cursos 1884-1885 y 1885-1886, de presidente de esta misma Sección en 1895-1896, y de secretario 3.º en 1900-1901, además de los de secretario 4.º de la Sección de Ciencias Históricas y bibliotecario de la Junta de Gobierno en 1898-1899, formada esta con don José Echegaray como presidente, y don Marcelino Menéndez Pelayo y don Santiago Ramón y Cajal como vicepresidentes. La vinculación con la institución se prolongó en su hijo Jacinto Felipe, quien integró la Junta de Gobierno como secretario 3.º entre 1903 y 1905. Véase sobre todo ello, incluido el destacadísimo papel cultural de esta institución, el clásico libro de Rafael M. de Labra, *El Ateneo de Madrid. 1835-1905. Notas históricas*. Madrid: Tip. de Alfredo Alonso, 1906; los más modernos de Antonio Ruiz Salvador, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, London: Tamesis Books, 1971, y de Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid: CSIC, 1985; así como los recientes de Daniel Pacheco, Alejandro R. Díez-Torre y Alejandro Sanz (eds.), *Ateneístas ilustres*, Madrid: Ateneo de Madrid, 2004 (libro que proporciona abundante información sobre varias decenas de miembros de la institución —de Alcalá Galiano a Valle-Inclán, en orden alfabético—, entre los que, desafortunadamente, no encontramos a nuestro don Jacinto), y José Luis Abellán, *El Ateneo de Madrid: historia, política, cultura, teosofía*, Madrid: La Librería, 2006.

<sup>30</sup> Jacinto Octavio Picón, «La crisis teatral», *El Imparcial* (16-III-1885, 30-III-1885 y 4-V-1885).

<sup>31</sup> Jacinto Octavio Picón, *La hijastra del amor*, Madrid: Est. Tip. de El Correo, 1884. Ortega informa en «Los Lunes de El Imparcial» de «el éxito alcanzado en poquísimos días por *La hijastra del amor*, novela del ingenioso y original literato Jacinto Octavio Picón. La primera edición de este conmovedor estudio social ha desaparecido, y ya se está vendiendo la segunda. Es un caso anómalo en

inmediatamente posterior de *Juan Vulgar*, también con dos ediciones dentro de 1885<sup>32</sup>. Y, novedad importante, completaban el volumen trece cuentos, la mayor parte —pero no la totalidad— de los que el joven don Jacinto había publicado hasta entonces en las páginas de la prensa.

En el segundo semestre de 1886 le hallamos enfrascado en la redacción de su nueva novela, repetidamente anunciada como *La sotana* pero que acabará titulándose *El enemigo*. Poco antes encabezaba un curioso disparate novelístico, *Las vírgenes locas*, que verá la luz en el *Madrid Cómico* entre el 8 de mayo y el 11 de septiembre de ese año, perpetrado con Sinesio Delgado, Ortega Munilla, Clarín, y varios autores del círculo de Picón, como Miguel Ramos Carrión, Vital Aza y José Estremera, entre otros<sup>33</sup>. Como colaborador de la entonces joven revista había ingresado Picón en 1883, y a partir de esa fecha y durante casi veinte años se irá asomando a sus páginas con artículos diversos, sátiras y sobre todo cuentos, desde *¡Venganza!*, en enero de 1884, hasta *La cita*, de junio de 1901, completando un total de más de 40 colaboraciones, de las que 21 son relatos breves. Pero quede esto aquí por ahora.

Con *El enemigo*, en marzo de 1887<sup>34</sup>, la carrera literaria de Picón está ya bien asentada, y a ella seguirá volcado en los años inmediatos, dando nuevos frutos con *La honrada* y *Dulce y sabrosa*, que ven la luz en 1890 y 1891, respectivamente<sup>35</sup>. Sigue asomándose con asiduidad, no obstante, a las páginas de la prensa, en especial con las habituales críticas de teatro y de arte: continúa reseñando los estrenos

---

España» (*El Imparcial*, 9-VI-1884). Recogen el dato E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, *Los cuentos de Jacinto Octavio Picón*, pp. 12-13, y Noël Valis en la «Introducción» a su moderna edición de la novela, Barcelona: PPU, 1990, pp. 30-31.

<sup>32</sup> Jacinto Octavio Picón, *Juan Vulgar*, Madrid: Est. Tip. de El Correo, 1885. Se publicó a finales de febrero o primeros de marzo, como sabemos por la reseña, otra vez, de Ortega Munilla, en «Los Lunes de El Imparcial» del 9-III-1885. Por cierto que fueron dos, y no tres como se ha dicho, las ediciones de este año 85, pues la 3.<sup>a</sup>, de La España Editorial, que suele datarse en esta fecha, es algunos años posterior, seguramente de 1892.

<sup>33</sup> Puede leerse el texto del primer capítulo, el redactado por Picón, en el Apéndice 6 de nuestra edición de J.O. Picón, *Cuentos completos* (II, pp. 454-457). Por otra parte, cabe consignar que existen dos ediciones modernas completas de *Las vírgenes locas*, preparadas, respectivamente, por Laura Rivkin (en Leopoldo Alas «Clarín», *Cuesta abajo y otros relatos inconclusos*, Madrid-Gijón: Júcar, 1985, pp. 217-311) y Rafael Reig (*Las vírgenes locas*, Madrid: Lengua de Trapo, 1999. Reeditada en Madrid: Suma de Letras, 2001).

<sup>34</sup> Jacinto Octavio Picón, *El enemigo*, Madrid: Est. Tip. de El Correo, a cargo de F. Fernández, 1887. La obra va fechada al final (p. 488): «Madrid, Junio a Diciembre de 1886».

<sup>35</sup> Jacinto Octavio Picón, *La honrada: novela de costumbres contemporáneas*. Ilustración de José L. Pellicer y José Cuchy. Barcelona: Imp. de Henrich y Compañía, 1890. La obra estaba iniciada, o al menos proyectada, ya en 1885, pues se anuncia, junto a *La sotana* por cierto, en la primera edición de *Juan Vulgar*. Jacinto Octavio Picón, *Dulce y sabrosa*, Madrid: La España Editorial, 1891. De esta última, hay edición moderna al cuidado de Gonzalo Sobejano, Madrid: Cátedra, 1976 (Letras Hispánicas, 51).

teatrales en *El Correo*, publica una importante «Revista de teatros» en cuatro entregas en la *Revista de España* (de enero-febrero del 88 a marzo-abril del 89)<sup>36</sup>, y una serie de nueve artículos sobre la «Exposición de Bellas Artes» en *El Imparcial* (del 6 de mayo al 1.º de junio de 1890).<sup>37</sup>

#### 1.4. La dedicación al cuento en los años noventa

Son los años en que surge imparable *la moda del cuento*, por utilizar la expresión de la época, y a ella contribuirá Picón como uno de sus más señalados adalides<sup>38</sup>. Si entre *Juan Vulgar* y *La honrada*, esto es, de 1886 a 1889, había publicado únicamente tres cuentos, ya en 1890 reedita, en *La Semana Cómica*, de Barcelona, buena parte de los que habían aparecido en el volumen de 1885, y tras *Dulce y sabrosa* se consagrará, en lo que a la creación literaria se refiere, casi en exclusiva al nuevo género. Así, en los diez años comprendidos entre 1892 y 1901 escribirá y publicará la mayor parte de su narrativa breve, unos cien textos, reediciones aparte, muchos de los cuales, tras su aparición en la prensa, irán agrupándose en los volúmenes de *Novelitas* (1892), *Cuentos de mi tiempo* (1895), *Tres mujeres* (1896), *Cuentos* (1900), *La Vistosa* (1901) y *Drama de familia* (1903)<sup>39</sup>, al tiempo que algunos de los antes publicados se reimprimen en *El Cojo Ilustrado* de Caracas (1896) y *Barcelona Cómica* (1898). Los que ahora va componiendo saldrán en *El Liberal* —donde colaborará asiduamente desde 1892—, *Madrid Cómico*, y menos en *Blanco y Negro* y *La Revista Moderna*, entre otros. Todo lo cual hará de nuestro autor, como decíamos, uno de los maestros reconocidos del género.

Es decir, la firma de Picón es solicitada en los principales diarios y revistas, que frecuente en estos años. Y aunque menguan por entonces de modo perceptible los

<sup>36</sup> He aquí los datos respectivos de estos cuatro artículos: XXI, tomo CXIX (enero-febrero 1888), pp. 276-286; XXI, tomo CXX (marzo-abril 1888), pp. 430-438; XXI, tomo CXXI (mayo-junio 1888), pp. 619-624; XXII, tomo CXXVI (marzo-abril 1889), pp. 289-297.

<sup>37</sup> De su importancia da idea el hecho de que ese mismo año fueran reunidos en libro: *Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890*. Texto de Jacinto Octavio Picón. Reproducciones por el conde de San Román. Madrid: Enrique Rubiños, 1890.

<sup>38</sup> Es este un aspecto que desarrollaremos en una próxima entrega de esta serie. Para el lector impaciente, bastará remitir a la clásica —y extraordinaria— obra de don Mariano Baquero Goyanes, *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid: CSIC, 1949; y a la más reciente, también espléndida, de Ángeles Ezama Gil, *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*, Zaragoza: Universidad, 1992.

<sup>39</sup> Estas son las referencias bibliográficas: *Novelitas*, Madrid: La España Editorial, 1892; *Cuentos de mi tiempo*, Madrid: Imp. de Fortanet, 1895; *Tres mujeres*. Ilustraciones de Klong. Madrid: Fernando Fe, 1896; *Cuentos*. Ilustraciones de Saiz Abascal. Madrid: B. Rodríguez Serra, 1900; *La Vistosa*. Ilustraciones de L. Valera. Madrid: Miguel Poveda, 1901; *Drama de familia*, Valencia: F. Sempere y C.<sup>a</sup>, s.a. (1903).

artículos de crítica, aún dará forma a su librito sobre Adelardo López de Ayala<sup>40</sup> y escribirá dos series de artículos acerca de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897 para *El Imparcial* y *La Ilustración Española y Americana*<sup>41</sup>. Será el año en que fallecerá su madre, doña Octavia Bouchet<sup>42</sup>, poco antes de la aparición de las ediciones mexicanas de sus novelas *La hijastra del amor*, *La honrada*, *Dulce y sabrosa* y *El enemigo*.<sup>43</sup>

Es por entonces cuando Picón deja el que hasta entonces había sido su domicilio, en el principal del número 11 de la calle de Villalar, para instalarse en la casa del piso 3.º izquierda del número 2 de la calle del Florín, más tarde Fernanflor, esquina a la Carrera de San Jerónimo, frente a la fachada lateral del Congreso de Diputados. Su nieto la recuerda «repleta de muebles, de cuadros, de libros, de estatuillas, de tapices y cortinajes», y ocupada también por un gato, numerosos canarios y jilgueros, y abundantes macetas de geranios y claveles; animales y plantas que eran más bien asunto de «la Nieves», el ama de llaves que gobernaba la casa<sup>44</sup>. En esta «encantadora casita de rico» es donde le visitará Rubén Darío en 1899; Pío Baroja, en fecha que nos es desconocida pero no muy alejada de la anterior; Eduardo Marquina, en 1909; y Carretero Novillo, *El Caballero Audaz*, en 1914.<sup>45</sup>

<sup>40</sup> Ayala. *Estudio biográfico*, por J. Octavio Picón. Madrid: Compañía de Impresores y Libreros, s.a. (1892).

<sup>41</sup> Son, respectivamente, «La Exposición de Bellas Artes. Impresiones», en *El Imparcial* del 30 de mayo, 7, 13 y 30 de junio, y 6 de julio de 1897; y «La Exposición de Bellas Artes», en los números 21, 22, 23 y 25 de *La Ilustración Española y Americana*, correspondientes al 8, 15 y 22 de junio, y 8 de julio de 1897.

<sup>42</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 11.

<sup>43</sup> *La hijastra del amor*, México: Eusebio Sánchez, 1898; *La honrada*, México: Imp. de El Universal, 1898; *Dulce y sabrosa*, México: Imp. de El Universal, 1898; *El enemigo*, México: Eusebio Sánchez, 1899.

<sup>44</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, pp. 14-15. Picón se mudó a la casa de la calle del Florín en los primeros meses de 1897, antes del 23 de junio, como se deduce de su correspondencia con Menéndez Pelayo a partir de Noël M. Valis, «Una correspondencia académica: cartas de Jacinto Octavio Picón a Marcelino Menéndez Pelayo», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXIII (1987), pp. 255-309. Es la que Mesonero llama «Casa de la marquesa del Valle», sobre la que escribe: «La única [casa] que forma la manzana 270 entre las calles del Turco y del Florín (en que hoy está la Dirección de Minas) perteneció en el siglo XVII a la famosa marquesa del Valle, doña María de la Cerda, descendiente de Hernán Cortés; luego fue de don Luis Spínola, conde de Siruela, y posteriormente creemos que recayó en el duque de San Pedro, que reside en Génova, poseyéndola en su nombre la Hermandad del Refugio, por cierta cláusula testamentaria del antecesor». Citamos (a través de la edición facsimilar de <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=14951>>), a Ramón de Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid: paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*, Madrid: Est. Tip. de D.F.P. Mellado, 1861, p. 233.

<sup>45</sup> Rubén Darío, «Jacinto Octavio Picón», *España contemporánea*, París: Garnier, 1901, pp. 346-355 (de aquí procede la cita, p. 353); Pío Baroja, *Memorias*, Madrid: Minotauro, 1955, p. 527; Eduardo Marquina, «Crónica. Hablando con Jacinto Octavio Picón», *La Actualidad*, IV, núm. 133, (11-II-1909); El Caballero Audaz, «Nuestras visitas: Jacinto Octavio Picón», *La Esfera*, I, núm. 28 (11-VII-

Y es también por entonces cuando el escritor madrileño participa en un proyecto que acabará teniendo una existencia tan breve como intensa en la cultura española del momento. Nos referimos a la célebre revista *Vida Nueva*, de gran importancia para la llamada Generación del 98, y en la que Picón cooperará en primera línea como redactor junto a Eusebio Blasco, Vicente Blasco Ibáñez, Mariano de Cavia, Francisco Fernández Villegas, José Jurado de la Parra, Enrique Lluria, José Nakens, Lluís París, Benito Pérez Galdós, Eugenio Sellés, Felipe Trigo y José Verdes Montenegro. Entre sus colaboradores, además de Maeztu y Unamuno, y sin agotar la nómina, se contarán Leopoldo Alas, Vital Aza, Manuel Bueno, Emilio Castelar, José Echegaray, Pablo Iglesias, Marcelino Menéndez Pelayo y don Juan Valera. Y aunque no es de este lugar entrar en detalles, no queremos omitir la declaración de principios del primer número: «Venimos a propagar y a defender lo *nuevo*, lo que el público ansía, lo *moderno*, lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por miedo de la rutina y tiranía de la costumbre, y con esto queda sentado que *Vida Nueva* no será el periódico de hoy, sino el periódico de mañana».<sup>46</sup>

Pues bien, la contribución de nuestro don Jacinto a la revista se extiende a casi toda la corta vida de esta, desde el número inaugural, con un artículo sobre la guerra de Cuba, hasta el 76, de noviembre de 1899, con una crítica de las narraciones cortas de Ramón Sánchez Díez. Entre uno y otra hay ocho cuentos y una docena de artículos, en su mayor parte de tema político, en la línea regeneracionista recién aludida.

---

1914). Este último acompaña la entrevista con tres fotografías, de Campúa, hechas en el despacho de Picón. También aparece esta misma estancia en el fotograbado que va al frente de «Picón en la Academia», *Blanco y Negro*, X, núm. 477 (23-VI-1900). Tendremos ocasión de volver sobre algunos de estos textos.

<sup>46</sup> *Vida Nueva*, I, núm. 1 (12-VI-1898). Sobre esta publicación, véase el valiosísimo repertorio de María Pilar Celma Valero, *Literatura y periodismo en las revistas del fin de siglo. Estudio e índices (1888-1907)*. Madrid-Gijón: Júcar, 1991, pp. 43-47 y 535-569. Añadamos, de paso y por lo que afecta a las colaboraciones de Picón en otras revistas de estos años, que el trabajo de Celma Valero incluye además —siempre limitados al período 1888-1907— los respectivos estudios e índices de *La Ilustración Española y Americana*, *Madrid Cómico*, *La España Moderna*, *La Caricatura*, *Germinal*, *La Vida Galante*, *La Vida Literaria*, *Revista Nueva*, *Gente Vieja*, *La Lectura*, *Nuestro Tiempo*, *Electra*, *Juventud*, *Revista Ibérica*, *Helios*, *Alma Española*, *La República de las Letras*, *El Nuevo Mercurio* y *Renacimiento*, así como una breve noticia de *Sophia*, *Gedeón*, *La Revista Moderna*, *La Revista Blanca*, *Alrededor del Mundo*, *Revista Contemporánea* y *Hojas Selectas*. Es lástima que, en lo que atañe a nuestro autor, Celma confunda su nombre en varias ocasiones —en el estudio preliminar, no así en los índices, por fortuna—, designándole como José Octavio Picón.

### 1.5. La batalla de la Academia y otras batallas

Es la etapa en que prepara, y finalmente publica, el *Velázquez*, sin duda su obra más importante de crítica pictórica<sup>47</sup>, que aparecerá en junio, pocos meses antes de ser elegido para ocupar la vacante de don Emilio Castelar en el sillón D de la Real Academia Española de la Lengua, uno de los episodios de su vida mejor conocidos, que ha dejado rastro abundante en su epistolario, y que extractaremos aquí por su interés.<sup>48</sup>

Desconocemos si cuando en *Vida Nueva* don Jacinto postulaba, a la muerte de Tamayo y Baus, que no se eligiese para la Academia a políticos, estaba en parte presentando implícitamente su candidatura:

Es preciso reclutar al personal de la Academia entre los prosistas, poetas líricos, dramáticos, autores cómicos, eruditos y críticos; desde los historiadores hasta los saineteros, desde los místicos hasta los periodistas; y sean también de ella recibidos y honrados los que escriban de política... cuando lo hagan bien, pero niéguese la entrada a los que por haber ganado unas elecciones o sido Sanchos de una insula imaginan que pueden guardar y mejorar el lenguaje.<sup>49</sup>

Es posible, decíamos, que pensase en su propia candidatura, de la que se hablaba ya desde 1892, como sabemos por doña Emilia Pardo Bazán<sup>50</sup>, y volvía a sonar en 1897, lo que conocemos a través de don Juan Valera<sup>51</sup>; pero cuando en octubre

---

<sup>47</sup> Jacinto Octavio Picón, *Vida y obras de don Diego Velázquez*, Madrid: Fernando Fe, 1899. La fecha de 1896 que figura en la lista de obras del autor en varios tomos de sus *Obras completas* es errónea. Digamos que el estudio tuvo una larga vida editorial, pues la edición refundida de las *Obras completas* (tomo X, Madrid: Renacimiento, 1925) fue reproducida en Buenos Aires por Emecé, dos veces en 1943 y una más en 1947.

<sup>48</sup> Véanse Sebastián de la Nuez y José Schraibman, *Cartas del archivo de Pérez Galdós*, Madrid: Taurus, 1967, pp. 159-179, y N.M. Valis, «Una correspondencia académica...», cit.; y para la historia de la Academia, Alonso Zamora Vicente, *Historia de la Real Academia Española*, Madrid: Espasa Calpe, 1999. Por cierto que el propio Zamora Vicente ocupó hasta su fallecimiento (1967-2006), como don Jacinto, este sillón D de la institución. Entre uno y otro se sucedieron don José Francos Rodríguez (1924-1931), don Niceto Alcalá-Zamora (1931-1949) y don Melchor Fernández Almagro (1951-1966) (A. Zamora Vicente, «Silla D», *Historia de la Real Academia Española*, pp. 122-129). Recientemente ha sido elegido don Darío Villanueva Prieto, quien ha tomado posesión en junio de 2008.

<sup>49</sup> Jacinto Octavio Picón, «El sillón vacante», *Vida Nueva*, I, núm. 6 (17-VII-1898).

<sup>50</sup> Estos rumores se inscriben en una curiosa anécdota: a raíz de la vacante producida a la muerte de Manuel Cañete (1891) fue elegido Pujol y Camps frente a Luis Alfonso. Pero Pujol falleció al día siguiente, ni más ni menos, y Alfonso no pudo suceder a uno y otro porque murió también. Y aquí la sorna de doña Emilia ante las nuevas propuestas: «la plaza tiene *jattatura*. Váyanse con tiento Jacinto O. Picón y Federico Balart» (Emilia Pardo Bazán, «Crónica literaria y teatral», *Nuevo Teatro Crítico*, II, núm. 14, febrero 1892, p. 108). Debemos el dato a Pilar Faus, *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, 2 vols. (I, pp. 519-520), si bien el lector dispone ahora, en <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=13160&portal=124>>, de la reproducción facsimilar completa de la revista.

<sup>51</sup> En efecto, en una de las cartas al *El Correo de Buenos Aires* (de 20-VI-1897), informa Valera

de 1898 escribía a Galdós y a Víctor Balaguer pidiéndoles apoyo, el caso era que había ya tres vacantes, y a la de Tamayo se sumaban las de Pedro de Madrazo y Vicente Barrantes. Leemos en carta a don Benito: «Las dos vacantes por muerte de Tamayo y Madrazo están moralmente dadas a Ferrari la primera y a Cotarelo la segunda. La tercera, la de Barrantes, es la que solicito». Y añade, en consonancia con lo que había publicado en *Vida Nueva*: «Tengo entendido que también la pretende don Raimundo Fernández Villaverde, cuyos méritos soy el primero en confesar pero a quien ciertos elementos de la casa no aceptan por considerarle personaje político, esencialmente político, sin bagaje literario».<sup>52</sup>

Sabemos, por el propio don Jacinto, que él tenía entonces seguras —o creía tenerlas— las voluntades de Valera, Sellés, Balaguer, Castelar, Echegaray, Menéndez Pelayo y Manuel del Palacio; probables eran las de Núñez de Arce y Eduardo Benot. Pero ocurrió que la candidatura triunfante acabaría siendo la de Fernández Villaverde, por cierto con casi todos los votos con que contaba Picón, tras llegarse al compromiso, a petición de don Francisco Silvela, de que este y sus amigos votarían a don Jacinto en la próxima vacante que se produjese. Fue lo que sucedió un año más tarde, pero con muchos apuros, pues Mariano Catalina presentó la candidatura de Ángel María Dacarrete, que a punto estuvo de salir vencedora<sup>53</sup>. A no ser por «la oportuna llegada de votos importantes como Galdós y Sellés, es casi seguro que hubiera triunfado el candidato conservador, el eminente anónimo D. Ángel María Dacarrete», como escribe Rubén Darío<sup>54</sup>. Y así fue, si se nos permite una última apostilla. Cuando Picón sepa que don Víctor Balaguer no asistirá a la votación, da por fracasado el empeño: «Juzgo desde ahora perdido el pleito, aunque vengan, como vendrán, Galdós y Sellés: Dacarrete será elegido indudablemente faltándome V. porque las fuerzas están equilibra-

---

del sillón vacante en la Academia tras la muerte de García Ayuso, para el que se hablaba —dice— de Emilio Ferrari, José de Canalejas y Octavio Picón (Juan Valera, *Ecos argentinos*, Madrid: Fernando Fe, 1901). Y en carta privada muy poco posterior (17-VIII-1897) escribe al Doctor Thebussem que para la vacante de Cánovas, frente a Daniel Cortázar, él habría preferido a Picón (Juan Valera, *Correspondencia*, ed. Leonardo Romero Tobar, dir., María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, Madrid: Castalia, 2002-2007, 8 vols. La referencia pertenece al vol. VI, años 1895-1899, último aparecido, p. 308).

<sup>52</sup> S. de la Nuez y J. Schraibman, *Cartas del archivo de Pérez Galdós...*, p. 165. La misiva está fechada el 26 de octubre de 1898. El mismo día escribe a Balaguer: «He visto a Castelar, Benot, Echegaray y M. del Palacio. Los cuatro están con nosotros. He escrito a Galdós, en quien confío, y aunque no he logrado ver a don Gaspar [Núñez de Arce] se me figura que nos será propicio, de modo que si V. y Marcelino [Menéndez Pelayo] logran atraer a alguien más podríamos vencer». Citamos por la edición de Enrique Miralles, *Cartas a Víctor Balaguer*, Barcelona: Puvill, 1995, pp. 418-419. Varios ecos, menos precisos, del episodio, en Valis, «Una correspondencia académica...», pp. 271 y ss.

<sup>53</sup> S. de la Nuez y J. Schraibman, *Cartas del archivo de Pérez Galdós...*, pp. 169-170.

<sup>54</sup> R. Darío, «Jacinto Octavio Picón», p. 347, que trae, por errata, «Decarrete».



das y su voto de V. era el que decidía la contienda»<sup>55</sup>. Pero seis días después, tras un último intento infructuoso, le escribe alborozado una breve carta que nos informa con precisión de «la suerte de la batalla» que casi fue una guerra:

Mi siempre querido don Víctor: Supongo que habrá V. recibido mi telegrama de anoche, puesto a los pocos minutos de sabida la noticia. Faltaron Saavedra y Viñaza: vinieron Pidal (Alejandro), que votó en contra, y Sellés y don Benito, que eran nuestros. La presencia de estos y la ausencia de los dos primeros decidió la suerte de la batalla, que se ganó por un voto. Estoy contento: mi único disgusto consiste en que V. no haya votado.<sup>56</sup>

La batalla aludida se libró a raíz del supuesto radicalismo de Picón. Es posible que la facción más conservadora de la Academia tuviera frescos en su mente algunos de los relativamente recientes *Cuentos de mi tiempo*, el volumen de 1895, pero sobre todo *El enemigo*, su durísima novela contra el carlismo de 1887, que los neos más conspicuos nunca le perdonaron. Léase lo que declaraba a José León Pagano años después sobre aquel acontecimiento:

Es que algunos trataron este tema por la evasiva o por la diagonal: yo lo hice de frente y con la visera levantada. Véase si no mi novela titulada *El enemigo*. Pero [...] bastantes contrariedades me ha costado. Mire usted: el año pasado mismo, al tratarse de mi entrada en la Academia, tuve la última prueba de cuanto vengo afirmando. ¿Querrá usted creer que algunos hasta llegaron a repartir mi obra citada entre los votantes *para que viesan* quién era yo? Y a no ser por Pérez Galdós... y por Sellés...<sup>57</sup>

Lo cierto es que pocos meses más tarde, el 24 de junio de ese año de 1900, pronunciaría Picón su discurso de ingreso, sobre la figura de don Emilio Castelar, el académico al que reemplazaba, todo lo cual constituía doble novedad en los usos académicos:

[...] ha sido costumbre generalmente adoptada en este instituto que los académicos elegidos dejen pasar tres, cuatro, cinco y hasta nueve años para ingresar en sesión pública y pronunciar el discurso de reglamento. Yo pienso hacerlo a principios de año, quizá en el próximo marzo. Y me salgo de la regla por varias razones, y no es la menor que sea don Juan Valera quien tenga que contestarme. Nuestro don Juan está, aunque todavía fuerte, en una edad muy avanzada, ciego: y una enfermedad a

<sup>55</sup> E. Miralles, *Cartas a Víctor Balaguer*, p. 421. Miralles edita o resume, en este epistolario, doce cartas de Picón (pp. 417-424), la mayor parte de las cuales se refiere al episodio. La citada es del 21-X-1899.

<sup>56</sup> E. Miralles, *Cartas a Víctor Balaguer*, p. 423. La carta, del 27 de octubre de 1899, nos muestra cómo la elección tuvo lugar el día 26 de ese mes y año.

<sup>57</sup> José León Pagano, *Al través de la España literaria*, Barcelona: Maucci, s.a., vol. II, p. 193. Trae también el pasaje N. Valis, *Jacinto Octavio Picón, novelista*, p. 156, nota 1.

sus años, por leve que fuera, le impediría ocupar su puesto en mi recepción. Confieso que prefiero salirme de la costumbre académica a privarme de la honra y el placer de que sea Valera quien me reciba al ocupar mi sillón. Además [...] los neos se han portado muy mal conmigo en esta emergencia. [...] Quiero, pues, entrar pronto, y ocupar el puesto que me corresponde entre los de filiación; contribuir a realizar unas cosas y a evitar otras.<sup>58</sup>

Se trasluce en todo el episodio la confrontación ideológica, a pesar de las palabras de Ortega Munilla, en las que, de paso, parecen entreverse ciertos celos mal disimulados:

Si hace algunos años se hubiese dicho que el autor de *El enemigo* iba a entrar en la Academia Española se hubiese tenido por cosa imposible, y el mismo Picón hubiese creído que se trataba de una broma. Pero los tiempos marchan, las cosas cambian, los exclusivismos y las iracundias de escuela se debilitan y apaciguan, y sobre las exageraciones del energúmeno impera el espíritu de justicia.

Así pues, Jacinto Octavio Picón, a pesar de su liberalismo radical y exaltado, a pesar de sus violentas campañas contra el clero, ha ido a ocupar un sitio entre los inmortales sin que le fuese necesario dejar en la puerta de la Academia ni sus libros ni sus convicciones.<sup>59</sup>

De honor en honor: en septiembre de 1901 es el encargado de pronunciar el discurso de los Juegos Florales de Calatayud; lo que no sabemos si se llevó a efecto por haber sido su hija María elegida reina de los Juegos, o, al revés, lo que parece más probable, se escogió a la joven para conseguir dar realce al evento con el con-

---

<sup>58</sup> R. Darío, «Jacinto Octavio Picón», pp. 348-349. Añadamos que la novedad de consagrar por entero el discurso de ingreso al académico sustituido era solo relativa, como el mismo Picón señalará en su escrito de *Blanco y Negro*, X, núm. 477 (23-VI-1900), citando los precedentes de Balart con respecto a Donoso Cortés y del marqués de Valmar respecto a Quintana. Y añadamos, asimismo, que la opinión del don Jacinto maduro sobre las academias distaba entonces bastante, sin duda, de la que había sustentado veinte años antes, cuando escribía que «nunca las academias han tenido la suerte de influir en el arte de una manera directa e inmediata, salvo algunos casos en que han sido autoras o cómplices de las más sensibles decadencias» («París», *El Imparcial*, 2-XII-1878). Un buen resumen de esta batalla académica, en A. Zamora Vicente, *Historia de la Real Academia Española*, pp. 126-127.

<sup>59</sup> José Ortega Munilla, «Picón en la Academia», *El Imparcial* (25-VI-1900), dando cuenta de la ceremonia de recepción de Picón, del día anterior. Por cierto que Ortega Munilla no tardaría mucho (30-III-1902), para su tranquilidad, en ser recibido entre los inmortales, dándose la curiosa circunstancia de que el discurso de contestación de don Juan Valera fue leído por Picón «a causa de la debilidad visual de Valera». La intervención de Ortega, por cierto, versó en su totalidad sobre Campoamor, el autor al que sucedía, continuando así la novedad iniciada, o reiniciada, por Picón. Véase Ruth Schmidt, *Ortega Munilla y sus novelas*, Madrid: Revista de Occidente, 1973, pp. 36-37. Picón, además, fue uno de sus valedores ya desde un intento anterior no logrado en 1899, como sabemos por una carta, de diciembre de este último año, de don Jacinto a Víctor Balaguer. Puede leerse en E. Miralles, *Cartas a Víctor Balaguer*, pp. 423-424.

curso de una figura nacional de primerísimo orden, como era entonces Picón. Y lo cierto es que el discurso no deja de tener interés en más de un pasaje.<sup>60</sup>

Y de academia en academia: el 9 de noviembre de 1902 es recibido en la de Bellas Artes de San Fernando, donde cubre la vacante del marqués de Valmar con un discurso, acerca del desnudo en el arte, en que tanto como el contenido destaca la forma misma, como vio González de Amezúa cuando dictaminaba que en él «brillan los más briosos y gallardos trozos que Picón escribió en castellano».<sup>61</sup>

A esas alturas de su carrera ya había escrito numerosos prólogos, epílogos o introducciones a muy diversas obras, hecho que resulta esclarecedor, tanto de la consideración en que era tenida su figura, como de su carácter accesible, comprensivo y condescendiente: desde el lejano de Martín Lorenzo Coria (1884) hasta el de Juan Valero de Tornos (1901), pasando por otros a obras de Luis Taboada (1892), Miguel Ramos Carrión (1894), Tomás Luceño (1894), Enrique Gómez Carrillo (1895), José López Silva (1896), Salvador Canals (1896), Felipe Pérez y González (1898), Ricardo Sepúlveda (1898), Cándido Rodríguez Pinilla (1899), Alejandro Larrubiera (1899), Vital Aza (1900), Emilio Rancés (1900), los hermanos Álvarez Quintero (1901) y el estudio sobre el poeta José Zorrilla (1901).<sup>62</sup>

<sup>60</sup> *Juegos Florales de Calatayud. Discurso leído en el Teatro de esta ciudad por D. Jacinto Octavio Picón el día 14 de septiembre de 1901*. Calatayud: Est. Tip. de La Justicia, s.a. (1901).

<sup>61</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», p. xvii. Alude a «Observaciones acerca del desnudo y su escasez en el arte español», que se publicó en *Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del señor don Jacinto Octavio Picón el día nueve de noviembre de 1902*, Madrid: Imp. de Fortanet, 1902.

<sup>62</sup> Van a continuación las referencias bibliográficas, de las que suprimimos la mención del prólogo para evitar repeticiones (es casi siempre «Prólogo de don Jacinto Octavio Picón»), pero no las páginas en que se encuentra:

Martín Lorenzo Coria, *Ángel caído*, Madrid: Escuela Tipográfica del Hospicio, 1884, 2.<sup>a</sup> ed., pp. i-vii. Este prólogo ha sido estudiado y editado posteriormente por Laureano Bonet, «El naturalismo en España: un texto olvidado de Jacinto Octavio Picón», en Adolfo Sotelo Vázquez (coord.) y Marta Cristina Carbonell (ed.), *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 1989, vol. II, pp. 73-88.

Luis Taboada, *Titirimundi*, Madrid: Tip. de M.G. Hernández, 1892, pp. v-xvi.

Miguel Ramos Carrión, *La Marsellesa. La mamá política. Doce retratos seis reales*. Madrid: Viuda de Hernando y Compañía, 1894, pp. v-xxvii (Teatro Moderno, 1).

Tomás Luceño, *El corral de las comedias. Cuadros al fresco. Ultramarinos. ¡Amén! o el ilustre enfermo. Las recomendaciones. Carranza y compañía*. Madrid: Viuda de Hernando y Compañía, 1894, pp. v-xxiii (Teatro Moderno, 4).

Enrique Gómez Carrillo, *Literatura extranjera. Estudios cosmopolitas*. París: Garnier, 1895, pp. iii-xv.

José López Silva, *Los Madriles*, Madrid: Tip. de los Hijos de M.G. Hernández, 1896, pp. xi-xx.

Salvador Canals, *1895-96. El año teatral. Crónicas y documentos*. Madrid: Est. Tip. de El Nacional, 1896, pp. v-xii.

Felipe Pérez y González, *Chucherías. Fruslerías históricas y chascarrillos de la historia*. Madrid: Hijos de M. Guijarro, s.a. (1898), pp. 9-23.

En 1903, «más por ajenas y filiales sugerencias [las de su hijo Jacinto Felipe] que por propio entusiasmo y convencimiento», si hemos de creer a González de Amezúa<sup>63</sup>, se activa en Picón la pasión política —nunca dormida del todo, y especialmente despierta, según parece, en los últimos años noventa— y se presenta a las elecciones al Congreso del 26 de abril, integrando la candidatura por Madrid de la recién constituida Unión Republicana, junto con Joaquín Costa, Constantino Rodríguez, Manuel de Llano y Persi, Nicolás Estévanez y Miguel Morayta, y que obtuvo un triunfo arrollador<sup>64</sup>. Ocupó su escaño hasta concluir la legislatura, en junio de 1905, pero debió de desengañarse pronto, y, consultado el *Diario de Sesiones*, constatamos que su contribución a las tareas parlamentarias no fue muy relevante: apenas si figura más que para ser adscrito a la Comisión de Corrección de Estilo en junio de 1903 y para integrarse en otra encargada de informar sobre la

---

Ricardo Sepúlveda, *Antiguallas. Crónicas, descripciones y costumbres españolas en los siglos pasados*. Madrid: Tip. de Ricardo Fe, 1898, pp. xv-xx. Hay edición facsimilar en Madrid: Asociación de Libreros de Lance de Madrid, 1991.

Cándido Rodríguez Pinilla, *Cantos de la noche*, Madrid: Agustín Avrial, 1899, pp. v-xiii.

Alejandro Larrubiera, *La virgencita*, Barcelona: Imp. de Pedro Ortega, 1899, pp. iii-vii.

Vital Aza, *Todo en broma*, Madrid: Est. Tip. de Ambrosio Pérez y Cía., 1900, 3.ª ed., pp. 5-12.

Emilio Rancés, *Realidades y novelas*, Madrid: Fernando Fe, 1900, pp. 5-12.

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, *Las flores*. Comedia en tres actos. Madrid: Sociedad de Autores Españoles, 1901, pp. 83-88.

José Zorrilla, *Leyendas*, Madrid: Manuel Pedro Delgado, 1901, vol. I, pp. xi-xliv.

Juan Valero de Tornos, *Crónicas retrospectivas. Recuerdos de la segunda mitad del siglo XIX*. Madrid: Imp. de Ricardo Rojas, 1901, pp. v-xv.

<sup>63</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», p. xviii.

<sup>64</sup> El diario *ABC* del 30-IV-1903 nos ofrece una completa información de los resultados de estas elecciones. Por ella conocemos que los seis candidatos republicanos madrileños fueron los más votados, en número que va desde los 28.395 sufragios obtenidos por Costa, hasta los 27.445 de Morayta. Picón obtuvo 27.539. Los dos escaños restantes por Madrid fueron ganados por José María Garay Rowart, conservador (16.299 votos), y Joaquín Ruiz Jiménez, liberal (16.250 votos), muy lejos ambos, como se ve, de los republicanos, que también colocaron en el Congreso, por diferentes circunscripciones, a Melquiades Álvarez, Gumersindo de Azcárate, Alejandro Lerroux, Rodrigo Soriano y Vicente Blasco Ibáñez, entre otros. No obstante, el triunfo en la capital no se correspondió con el resultado global de España, en el conjunto de la cual los diputados adictos ganaron la mayoría absoluta, con 234 escaños, seguidos muy de lejos por liberales (82) y republicanos (37), y más aún por demócratas (8), romeristas (7), tetuanistas (7), carlistas (7), catalanistas (7), bizcaitarras (2) e integristas (1).

Anotemos de paso que la Unión Republicana era el resultado de la fusión que pudo alcanzar Salmerón, en unas fuerzas muy dispersas, tras los sucesivos fallecimientos de los jefes de las distintas tendencias republicanas: Ruiz Zorrilla (1833-1895), Castelar (1832-1899) y Pi y Margall (1824-1901). Incluía a los republicanos históricos, a los antiguos federales de Pi y Margall, a los progresistas de Lerroux, al recién convertido Joaquín Costa y a otras figuras del mundo científico, cultural y universitario. Un vivo relato de estas vicisitudes, en Maximiano García Venero, *Melquiades Álvarez. Historia de un liberal*. Prólogo de Azorín. 2.ª ed. ampliada. Madrid: Tebas, 1974, pp. 140-146. Véase asimismo Miguel Martínez Cuadrado, *Elecciones y partidos políticos de España (1868-1931)*, II, Madrid: Taurus, 1969, pp. 681-706.

inclusión en el Plan General de Carreteras de una vía entre Madrid y La Junquera, en la frontera francesa.<sup>65</sup>

En 1905 participa en la celebración del tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, colaboración que nos ha dejado como fruto el discurso que leyó en la Academia de Bellas Artes<sup>66</sup>. Es el mismo año en que aparece en Boston una breve antología escolar de cinco relatos de nuestro autor, con abundantes notas y vocabulario, destinada a los estudiantes estadounidenses de español, de lo

---

<sup>65</sup> *Diario de Sesiones de las Cortes*. Congreso de Diputados. Legislatura de 1903. Tomos I-IV. Madrid: Est. Tip. de los Hijos de J.A. García, 1903-1904. Veinte años después escribirá Maura: «Una vez, creo yo que más atraído por afectos personales que impulsado por las ideas políticas que siempre, siempre profesó, le vi aparecer en el Congreso de los Diputados; sentose en aquellos escaños que esta convicción le designaba. Poca perspicacia se necesitó para pronosticar lo que muy luego se cumplía: aquella atmósfera era irrespirable para Picón, y no demoró la determinación irrevocable de redimirse, sin que por ello variase de ideal; quizás se abstuvo a causa de la fidelidad misma que le guardaba» («Necrología...», p. 499). Poco antes, Ortega Munilla recordaba así su desencanto: «Es que él soñaba con un gran partido republicano, con una hueste inspirada en el ansia de la democracia, y cuando un día descendió al Parlamento y anduvo en los mítines y las propagandas del ágora, se halló con la triste realidad. Recuerdo aquellos años en que Jacinto Octavio Picón formaba parte de la minoría republicana del Congreso, después de haber sido elegido brillantemente, en lucha fiera con los monárquicos. La figura fina e hidalga del maestro y sus maneras cortesas contrastaban con la mayoría de los batalladores recios y destemplados que, de cuando en cuando, como si un mecanismo les moviera, se agitaban frenéticos, meneaban rudamente sus brazos y proferían frases violentas... Fue para mí un espectáculo curioso este de las sesiones durante las legislaturas en que Picón formaba en el batallón revolucionario. Él quería la revolución en las ideas. Sus compañeros, apartadas las debidas y honrosas excepciones, querían la lucha gritadora, el tumulto, la apariencia de la revolución. [...] Y yo, que conocía perfectamente la psicología de Picón, mi amigo bueno, mi maestro, sentía cómo él se iba separando de la falange. Seguía, seguiría siendo tan republicano como siempre, pero ya no podría convivir con aquella tropa inquieta y desapoderada, que imaginaba haber derribado el trono cuando había alborotado un rato... El varón digno, serio, caballeroso, culto, célebre en las letras, respetado en la sociedad, necesitaba otro ambiente... Y un día, al ser disueltas unas Cortes, Jacinto Octavio Picón desapareció del nomenclátor electoral... El gran escritor se había reintegrado a sus amores: las letras y las artes» (José Ortega Munilla, «Los maestros: Jacinto Octavio Picón», *La Esfera*, V, núm. 233, 15-VI-1918).

<sup>66</sup> Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, *Solemne sesión pública celebrada el día 9 de marzo de 1905 para conmemorar el Tercer Centenario de la primera parte del Quijote*, Madrid: Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1905. No parece que la conmemoración de este tercer centenario quedase muy lejos en nada de la que acabamos de vivir en 2005 con la celebración del cuarto. La de 1905 dio lugar también, tanto en España como en América —y hasta en otros lugares del mundo—, a una ingente cantidad de actividades en forma de ediciones de la obra, certámenes, concursos, exposiciones, crónicas, álbumes de homenaje, números extraordinarios de periódicos y revistas, conferencias, discursos, lecciones, memorias, guías, reseñas, adaptaciones teatrales y operísticas, cuadros escénicos, elogios, fiestas y festejos, veladas, estudios muy diversos, y hasta alguna continuación de la obra de Cervantes. En el catálogo de la Biblioteca Nacional de Madrid, las entradas se cuentan por centenares, entre las que nos permitiremos recordar simplemente la *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote* de Rubén Darío (s.l.: s.i., 1905), y *La ruta de Don Quijote* de Azorín (Madrid: Leonardo Williams, 1905). Véase Paul Descouzis, *Cervantes y la generación del 98: la cuarta salida de don Quijote*, Madrid: Ediciones Iberoamericanas, 1970; y, ahora, Francisco J. Flores Arroyuelo, *1905: tercer centenario del Quijote*, Murcia: Nausicaa, 2006.

que se infiere la alta consideración que su obra merecía, elevada nada menos que a la categoría de modelo idiomático.<sup>67</sup>

Fama, honores, política... Lo cierto es que su dedicación a la literatura, incluso su dedicación a la escritura, sin más, decae considerablemente<sup>68</sup>: algunos artículos en *El Imparcial* y varios prólogos (y un epílogo, que vienen a sumarse a los muchos ya antes escritos) a obras de Francisco Arderius (1903), Antonio Álvarez de Estrada (1903), Manuel de Sandoval (1904), Eusebio Blasco (1904), Antonio Casero (1906) y Manuel Fernández Villegas (1906)<sup>69</sup>. Y prácticamente nada más, hasta noviembre de 1906, en que fecha *Desencanto*, relato que inaugurará *El Cuento Semanal*, constituyendo el primer número de la serie —del 4 de enero de 1907—, hecho que habla por sí solo de la relevancia de nuestro autor, que hace tiempo que es ya, para casi todos, uno de los más grandes<sup>70</sup>. En esta serie abrirá también la

<sup>67</sup> *La prudente y otros cuentos* por Jacinto Octavio Picón. Edited with introduction, notes and vocabulary by William Thomas Faulkner, A.M. Professor of the Spanish language and literature in The National Correspondence Institute, Washington, D.C. Boston, Mass.: C.A. Koehler & Co., 1905.

<sup>68</sup> Esto escribe a Menéndez Pelayo en carta del 25-IX-1905, a propósito de haberse olvidado de asistir a la Academia para la elección de senador: «Pasé toda la mañana encerrado en mi casa arreglando libros y papeles que tenía en lamentable desorden, porque durante dos años en que he sido diputado lo tuve todo abandonado» (N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 294).

<sup>69</sup> He aquí las referencias bibliográficas:

Francisco Arderius, *La escuadra española en Santiago de Cuba. Diario de un testigo*. Barcelona: Maucci, 1903, pp. 5-11.

Antonio Álvarez de Estrada y García Camba, *Algo sobre cuestión obrera*, Madrid: Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1903, pp. 223-226.

Manuel de Sandoval, *Aves de paso*, Madrid: s.i., 1904, pp. 5-16.

Eusebio Blasco, *Arpegios. Noches en vela*. Madrid: Librería Editorial de Leopoldo Martínez, 1904, pp. 1-8 (*Obras completas*, X).

Antonio Casero, *Los gatos (Poesías madrileñas)*, Madrid: Sáenz de Jubera Hermanos, 1906, pp. IX-XIX.

Manuel Fernández Villegas, *El palacio de las Brujas*, Madrid: Imp. de los Hijos de M.G. Hernández, 1906, pp. v-xi.

<sup>70</sup> Esta valoración nos la confirman las memorias el propio Eduardo Zamacois, su fundador, quien eligió a Picón —escribe— por el prestigio que había de aportar a la publicación. Sin duda acertó plenamente, pues constituyó un éxito memorable: «Cada número del ya famoso semanario iba acompañado del éxito más rotundo y tenía las resonancias de un estreno. Su autoridad creciente despertó, en el público, la noble inclinación a leer y acrecentó el comercio de libros. Nuestras tiradas variaban según la categoría de la firma. De ciertos autores —Dicenta, Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Pedro de Répide— llegamos a hacer ediciones de cincuenta y sesenta mil ejemplares, y hubo novelas, como *Desencanto*, de Octavio Picón, que —apremiados por los coleccionistas— tuvimos que reimprimir varias veces». Citamos a Eduardo Zamacois, *Un hombre que se va... (Memorias)*, Barcelona: AHR, 1964, pp. 233 y 234.

No parece que haya razones para dudar de la veracidad de lo escrito por Zamacois, pero sepa el lector que este no goza de muy buena memoria, al menos con relación al número aludido de *El Cuento Semanal*, del que da referencias que, con la publicación en la mano, se revelan erróneas. Así, escribe que «apareció el viernes día primero de enero» (cuando en realidad fue el día 4), que las ilustraciones «eran de Medina Vera» (pero su autor fue realmente Andrade) y que «la caricatura del autor la firmaba Manolo Tovar» (lo que tampoco es cierto, pues era obra de J. Montagut).

entrega extraordinaria del *Almanaque 1908*, con su cuento *Narración*, y publicará *Rivales (Cuento fantástico)*, en el número 72, en mayo de ese mismo año.

### 1.6. La edición de las *Obras completas* y los últimos años

Es el momento en que empieza a preparar la edición de sus *Obras completas*, también por el empeño de su hijo Jacinto Felipe, como el propio Picón declarará años más tarde, tras la muerte de aquel<sup>71</sup>, aunque en la «Advertencia para esta edición» podemos leer:

Si creyera que el publicar un escritor sus obras completas implica falta de modestia, no reimprimiría las mías. Lo hago porque están casi todas agotadas; pensando que es deber de padre no consentir que mueran sus hijos, aunque no sean tan buenos ni tan hermosos como él quiso engendrarlos; y también porque considero que el hombre tiene derecho a despedirse de la juventud recordando lo que durante ella hizo honradamente y con amor.<sup>72</sup>

Es en abril de este 1909 cuando da a la imprenta la nueva edición de *Dulce y sabrosa*, su novela más celebrada, que, en justa correspondencia, será la que abra la serie, continuada de inmediato con *La honrada*<sup>73</sup> y *Juanita Tenorio*, la cual, como tomo tercero de estas *Obras completas*, supone el regreso de nuestro autor al género novelístico casi veinte años después, nada menos<sup>74</sup>; precisamente desde 1891, que era la fecha de *Dulce y sabrosa* en su primera edición, no había vuelto Picón a la narración extensa. A ellas debe añadirse, en este año tan productivo en el aspecto editorial, el librito de cuentos *El último amor*, con diez relatos, seis de ellos procedentes del tomo de *Juan Vulgar* y cuatro más sacados de la prensa e inéditos en libro.<sup>75</sup>

El volumen cuarto de estas *Obras completas*, *Mujeres*, impreso en 1911, será el primero de la serie —y único de los publicados en vida del autor— consagrado al cuento, y en él reunirá algunas de sus más acabadas creaciones<sup>76</sup>. A este seguirá

---

<sup>71</sup> En la dedicatoria de *Lázaro. Juan Vulgar*, volumen VI de sus *Obras completas* (Madrid: Renacimiento, 1918). Las supuestas *Obras completas* de Picón a las que alude Unamuno en el «Prólogo» de su novela *Amor y pedagogía* (Barcelona: Henrich y Cía., 1902, pp. 14-15) son puramente imaginarias, pero la referencia no carece de interés para la valoración implícita de nuestro autor, al situarlo junto a Galdós, Pereda, Valera y Palacio Valdés.

<sup>72</sup> Jacinto Octavio Picón, *Dulce y sabrosa. Obras completas, I*. Madrid: Victoriano Suárez, 1909. Citamos por la edición moderna de G. Sobejano ya mencionada, p. 65.

<sup>73</sup> Jacinto Octavio Picón, *La honrada. Obras completas, II*. Madrid: Victoriano Suárez, 1910.

<sup>74</sup> Jacinto Octavio Picón, *Juanita Tenorio. Obras completas, III*. Madrid: Victoriano Suárez, 1910.

<sup>75</sup> Jacinto Octavio Picón, *El último amor*, Barcelona: Sociedad General de Publicaciones, 1910.

<sup>76</sup> Jacinto Octavio Picón, *Mujeres. Obras completas, IV*. Madrid: V. Prieto y Compañía, 1911.

*Sacramento*, en 1914, nueva novela, que marcará su despedida del género<sup>77</sup> y casi de la escritura: apenas si salen de su pluma unos pocos artículos, más o menos circunstanciales, para *El Imparcial* o *El Liberal*, y, cómo no, varios prólogos o introducciones a obras y autores diversos, que unen a Luis Taboada (1910) con Tomás Luceño (1917) a través del cronista barroco Francisco Manuel de Melo (1912) y de varios contemporáneos: Emilio Román Cortés, Manuel del Palacio, Miguel Ramos Carrión y Valentín Torras (los cuatro, de 1916).<sup>78</sup>

Pero crece, y mucho, su fortuna editorial. En Argentina aparecen sucesivamente nuevas impresiones de cuatro de sus volúmenes de cuentos: *Juan Vulgar*, en la que será ya la cuarta edición; *Doña Georgia*, reedición de *Novelitas* con un leve cambio; *Drama de familia*, que también agrega un relato a la edición valenciana original; y *Los triunfos del dolor*, que reproduce los textos de *Cuentos de mi tiempo*<sup>79</sup>. Y en las *Lecturas Populares*, suplemento literario de *El Tiempo* de Bogotá, se imprimen cuatro de los cuentos más destacados de don Jacinto. Por entonces, en noviembre de 1915, fecha el que será su último cuento original, *Voluntad muerta*, publicado en *Los Contemporáneos*, la misma serie donde poco antes había aparecido una versión teatral, debida a Fernando Periquet, de su ya famoso relato *Después de la batalla*, de 1882 en la edición primera.

La Academia será la principal dedicación de estos años, sobre todo cuando en 1913, a la muerte del padre Miguel Mir (1912), es nombrado bibliotecario perpetuo<sup>80</sup>. Desde ese momento —o quizá algo después, ya en 1915, fecha en que así lo

<sup>77</sup> Jacinto Octavio Picón, *Sacramento. Obras completas, V*. Madrid: V. Prieto y Compañía, 1914.

<sup>78</sup> Detallamos las referencias bibliográficas:

Luis Taboada, *Pellejín: historia de un diputado de la mayoría*, Madrid: Administración de El Imparcial, 1910, pp. 5-6.

Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, Madrid: Sucesores de Hernando, 1912, pp. v-LXIII.

Emilio Román Cortés, *Carne y espíritu*, Madrid: R. Velasco, 1916, pp. v-XIII.

Manuel del Palacio, *Poesías escogidas*, Madrid: Real Academia Española, 1916, pp. v-XLIII.

Miguel Ramos Carrión, *Prosa escogida*, Madrid: Renacimiento, 1916, pp. v-XV.

Valentín Torras, *Un español prisionero de los alemanes (21 meses de cautiverio)*, Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1916, pp. 7-18. El libro reproduce además, bajo el epígrafe «Antecedente» (pp. 187-197), el artículo que Picón, «el primero que habló en la prensa del calvario de Torras», publicó en *El Liberal*, 1-VIII-1916. Alcanzó un estimable éxito, como lo prueba la reedición del año siguiente (Madrid, Artes Gráficas Mateu, 1917).

Tomás Luceño, *¿Cuántas, calentitas, cuántas? La Novela Cómica*, II, núm. 18 (21-I-1917), pp. 1-9.

A ellos debe añadirse aún Eusebio Blasco, *Cuentos aragoneses*, Barcelona: Maucci, s.a., pp. v-IX, del que desconocemos la fecha.

<sup>79</sup> Los cuatro fueron publicados en Buenos Aires: Imp. de La Nación, 1913, 1914, 1915 y 1915, respectivamente.

<sup>80</sup> En realidad, sustituía a don Emilio Cotarelo Mori, quien había ocupado interinamente la vacante del padre Mir durante unos meses de 1913. Este había sido bibliotecario desde 1899, y a la muerte de Picón ocuparon sucesivamente el cargo Francisco Rodríguez Marín (1923-1941), Joaquín Álvarez



documentamos en su epistolario—, se muda a la sede de la institución, en el número 2 de la calle de Felipe IV, donde habitará un «amplísimo piso» en sus últimos años de vida.<sup>81</sup>

En octubre de 1916 viaja a Francia formando parte de un grupo de intelectuales invitados por el gobierno francés para visitar el frente de guerra y los pueblos destruidos por los alemanes. El periplo le deparará la oportunidad de leer un discurso en la Sorbona, en francés, «que mereció los aplausos del selecto auditorio, así como los elogios de la prensa parisina»<sup>82</sup>, y de recibir la encomienda de la Legión de Honor.

De regreso sufre la que será su última, y terrible, desgracia familiar: su hijo Jacinto Felipe, quien le había acompañado también en el viaje, muere en enero de 1917, a los 40 años, tal vez por «rotura de un aneurisma», como cree recordar Ortiz Picón, o más probablemente de tuberculosis, como conjetura Valis<sup>83</sup>. Lo cierto es que ello supondrá para Picón un durísimo golpe, del que se hace eco en una de las pocas páginas que desde entonces salieron de su pluma, el prólogo a un libro de cuentos del periodista Alberto Mar, que tenía comprometido desde hacía años: «Así dejamos pasar el tiempo; usted esperando bondadosamente mis humildes

---

Quintero (1941-1943), Ricardo León (solo unos días de 1943, pues murió enseguida), Vicente García de Diego (1943-1971), Alfonso García Valdecasas (1979-1986), José García Nieto (1986-1989), Gregorio Salvador Caja (1989-1999), Emilio Lledó (1999-2006) y José Manuel Sánchez Ron (desde 2006). Tomamos los datos de A. Zamora Vicente, *Historia de la Real Academia Española*, p. 412, que actualizamos con las informaciones de la prensa de los últimos años.

<sup>81</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, pp. 41-42.

<sup>82</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», p. XIX. Según J.G. López-Valdemoro («De mis memorias...», p. 250), «La mujer francesa y la guerra» fue el tema del discurso de don Jacinto, quien dejó sus impresiones del viaje en «La embajada intelectual» (*El Liberal*, 13-XI-1916). La información más detallada nos la proporciona Manuel Azaña, en su artículo «Nuestra misión en Francia» (*Bulletin Hispanique*, XIX, 1917, pp. 26-42), que va seguido de un amplísimo informe, extraído sobre todo de la prensa española del momento, y que ilustra bien la situación de la opinión pública de nuestro país ante la guerra. Por el artículo conocemos, entre otros muchos datos, que la misión salió de Madrid el 21 de octubre, integrada por José Gómez Ocaña, Ramón Menéndez Pidal, Miguel Blay, Gonzalo Bilbao, Américo Castro y el propio Manuel Azaña; Picón y Odón de Buen los esperaban en la frontera francesa, y en París se les unieron también Rafael Altamira y Rafael Vehils. Fueron recibidos por los más altos dignatarios del país vecino, incluyendo al presidente de la República, Raymond Poincaré, y al presidente del Consejo, Aristide Briand; visitaron los frentes de Chalons, Verdun y Reims, y después las ciudades de Toulouse y Burdeos, aunque con el grupo ya muy mermado, pues algunos de sus miembros se habían separado antes. El viaje duró dos semanas y en él Picón tuvo otras intervenciones públicas. En su artículo de *El Liberal* (donde es presentado como «el más ilustre de los escritores españoles que acaban de viajar a Francia»), destacó don Jacinto las visitas a las fábricas de municiones de Renault y Citroën, a las ruinas de Verdun y a la «mutilada catedral de Reims», en estos términos: «En las fábricas se ve el esfuerzo por lograr el triunfo; en Verdun se revela el orgullo de haber contenido y rechazado la invasión; en Reims, el patriotismo toma forma de sagrado rencor, porque lo que allí insulta a los ojos y ofende a la conciencia es la crueldad inútil, la saña estéril, el daño hecho a mansalva por el dañar de hacerlo».

<sup>83</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 30; N. Valis, «Más datos...», p. 224. La inscripción en la lápida del panteón familiar nos enseña que el fallecimiento ocurrió el 20 de enero.

cuartillas; yo, pensando en lo que había de decir en ellas para contribuir a que los lectores apreciaran las facultades de observador y de literato que revelan los cuentos. Después, sobrevino mi horrible desgracia, la muerte de mi hijo, y no he vuelto a escribir: no puedo trabajar».<sup>84</sup>

Coincidiendo en el tiempo con la muerte de Jacinto Felipe Picón aparecerá, en la *Revue Hispanique*, el artículo sobre su tío José Picón y los avatares de la prohibición de la zarzuela *Pan y toros* (1864) en 1867 por motivos políticos.<sup>85</sup>

Desconocemos si la tragedia que zarandeó a don Jacinto truncó el que tal vez iba a ser un regreso a la literatura tras las novelas *Juanita Tenorio* y *Sacramento* y el relato *Voluntad muerta*. Porque el caso es que, fuera de estos tres textos, desde 1901 —fecha en que aún compone varios cuentos— no había escrito más que las narraciones *Desencanto* en 1906, y *Narración* y *Rivales* en 1908. Muy poca cosa, sin duda, calidades aparte. No ignoramos que su dedicación a la política le hurtó el tiempo y el sosiego necesarios para la creación, pero creemos que se da también una crisis creativa que no sabemos medir del todo. Quizá los nuevos movimientos literarios, con los que fue tan crítico, contribuyeron a ello, pero lo indudable es que a la altura de 1909, y a punto de publicar *Juanita Tenorio*, declarará a Eduardo Marquina no ya su prevención ante el juicio de los lectores por lo escabroso del asunto de esta novela, sino el temor de quien, al final de su carrera, se siente abrumado al insertarse en una historia literaria tan gloriosa como la española. Y duda de su valía, de sus propias facultades de escritor: «Además, cada día me da más miedo escribir; me satisface menos lo que hago... ¡Se ha escrito tan bien en castellano!».<sup>86</sup>

Sea como sea, son años de retiro total, con el leve consuelo de algunas visitas de amigos, sobre las que insistiremos, volcado en las tareas académicas, entre las que destaca su contribución a la revisión de la nueva edición del *Diccionario* —la 14.<sup>a</sup>,

---

<sup>84</sup> Prólogo a A. Mar, *Solaces de un periodista*, Madrid: Mateu, 1920, p. XII. Maura escribirá que «la muerte de su hijo le anonadó; desde entonces le vimos desmoronarse; pero se consumó la catástrofe en la intimidad de su espíritu, y, sin, descaminarse, traía consigo la tribulación» («Necrología...», p. 498). Añadamos una prueba más, que casualmente cae en nuestras manos cuando redactamos estas líneas: la carta de felicitación que dirige a don Mariano Ordóñez, con un membrete que reza *Real Academia Española. El Bibliotecario Perpetuo*, y una orla negra de medio centímetro. En ella, aparte encabezamiento y despedida, escribe: «Reciba U. mi más sincera y cariñosa enhorabuena. ¡Con qué alegría se la hubiera dado también mi hijo!». Dos años y medio después de su muerte (va fechada la misiva el 29 de julio de 1919), no parece que don Jacinto pueda olvidarle ni por un momento. Agreguemos que apenas si han trascendido noticias biográficas de don Mariano Ordóñez García, político conservador que fue sucesivamente ministro de Gracia y Justicia con Dato (1920) y con Allendesalazar (1921), y de Gobernación con Sánchez Guerra (1922). Véase Germán Bleiberg (dir.), *Diccionario de Historia de España*, III, Madrid: Alianza, 1979, p. 123.

<sup>85</sup> J.O. Picón, «Prohibición de *Pan y toros* en tiempo de Isabel II», cit.

<sup>86</sup> E. Marquina, «Crónica. Hablando con Jacinto O. Picón», cit.

que aparecería en 1914— y en los varios cargos que desempeñará: era Picón entonces secretario de la Junta de Iconografía Nacional, vicepresidente del Patronato del Museo del Prado —desde su constitución, en julio de 1912, bajo la presidencia del duque de Alba— y vocal de la Comisión Permanente Central de Monumentos Históricos y Artísticos, de la Liga Antigermanófila y del Patronato de Voluntarios Españoles.<sup>87</sup>

Concluida, como decíamos, su obra literaria original, aún asomarán anteriores escritos suyos a las páginas de algunas series; así en los casos de las reediciones de *Confesiones* y *La prueba de un alma*, publicadas respectivamente en *Los Contemporáneos* y *La Novela Corta* en 1918, y, sobre todo, en los nuevos volúmenes de las *Obras completas*, que se reemprenden también en 1918 con *Lázaro* y *Juan Vulgar* formando el tomo VI<sup>88</sup>, edición, por cierto, que se abre con estas sentidas palabras, fechadas el 5 de diciembre de 1917, pocos meses después de su tragedia familiar: «A la memoria de mi hijo Jacinto Felipe Picón y Pardiñas, muerto a los cuarenta años, dedico esta edición de mis obras, la cual comencé a publicar por gusto suyo». Seguirán *La hijastra del amor* y *El enemigo* (ambas en 1921), y, ya póstumas, *Vida y obras de don Diego Velázquez*, *Desencanto*, *Cuentos de mi tiempo* (las tres en 1925) y *Novelitas* (1928), completando así los trece tomos que acabaron conformándolas.<sup>89</sup>

---

<sup>87</sup> La Liga Antigermanófila se constituyó a raíz de la visita a Francia en otoño de 1916 del grupo de intelectuales antes citada. Fue su presidente de honor don Benito Pérez Galdós, y entre sus vocales estaba también Unamuno, además de Picón. Su fe de vida arrancó con un importante manifiesto en *El Liberal* (6-I-1917), firmado, además de los mencionados, por personalidades del relieve de Luis Simarro, Nicolás Achúcarro, Amadeo Vives, Manuel Azaña, Marcelino Domingo o Luis Araquistáin, y recogió incontables adhesiones: Manuel García Morente, Gumersindo de Azcárate, Indalecio Prieto, Gregorio Marañón, Apeles Mestres, Óscar Esplá, Julio Romero de Torres, Santiago Rusiñol, Ignacio Zuloaga, Américo Castro, Pompeyo Gener, Antonio y Manuel Machado, Enrique Gómez Carrillo... Picón dará cuenta de su postura pocos días después en ese mismo diario («Por propio decoro», *El Liberal*, 21-I-1917). Véase el informe «La main de l'Allemagne en Espagne (Coupures de Journaux)», *Bulletin Hispanique*, XIX (1917), pp. 49-84 (reproduce el manifiesto en pp. 52-54); y el libro de Francisco Villacorta Baños, *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*. Madrid: Siglo XXI, 1980, p. 132.

El Patronato de Voluntarios Españoles nació en mayo de 1918 como rama autónoma del Comité de Aproximación Franco-Española. Tenía como objetivos ayudar material y moralmente a los españoles que luchaban en la Legión Extranjera de Francia y difundir su labor. Fue su presidente el duque de Alba, Rafael Altamira su vicepresidente, y entre los vocales figuraban, además de Picón, Américo Castro, Manuel Azaña y Gonzalo Bilbao, que habían integrado dos años antes la embajada de intelectuales a Francia. Véase José Subirá, *Los españoles en la guerra de 1914-1918*, I, Madrid: Pueyo, 1920, pp. 250-252. En el volumen III de esta misma obra (Madrid, Pueyo, 1922, pp. 80 y ss.), reúne Subirá cartas de los voluntarios que muestran su profundo agradecimiento a la labor humanitaria del Patronato. Recoge y comenta estos datos José-Carlos Mainer en «Una frustración histórica: la aliadofilia de los intelectuales», *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*, Madrid: Edicusa, 1972, pp. 162-163.

<sup>88</sup> *Lázaro. Juan Vulgar. Obras completas, VI*. Madrid: Renacimiento, 1918.

<sup>89</sup> Consignamos las respectivas referencias bibliográficas: *La hijastra del amor. Obras completas, VII-VIII*. Madrid: Renacimiento, 1921, 2 vols.; *El enemigo. Obras completas, IX*. Madrid: Renaci-

Pudiera pensarse que la culminación del proyecto se debiera a la lógica intención de los editores de coronar un plan ya bastante avanzado, cuando no a la voluntad de rendir un último tributo al escritor recién desaparecido. Es posible, pero examinando los datos no debe desecharse en absoluto la pura y simple rentabilidad comercial del empeño, esto es, el aprecio y la demanda de los lectores; lo que parece confirmarse cuando comprobamos que *Sacramento* fue reeditada en 1922, lo mismo que *Juanita Tenorio*; *La honrada*, por dos veces, en 1916 y 1924, y *Dulce y sabrosa*, hasta en tres ocasiones, en 1915, 1921 y 1927; todo ello sin salir de las *Obras completas*.<sup>90</sup>

Esto es también aplicable a los cuentos. Siempre dentro de las *Obras completas*, el volumen de *Mujeres* fue reimpresso dos veces: una en 1916, corregido por el autor, y otra hacia 1928. Y al margen de esta colección, *Drama de familia* conoció tres reediciones, todas ellas en vida de Picón: una en 1915 y las dos restantes en fechas no consignadas, pero que muy probablemente sean este mismo 1915 y 1922, respectivamente<sup>91</sup>. Más aún: desde noviembre de 1922, la revista barcelonesa *Lecturas* iba publicando cuentos de don Jacinto en bastantes de sus números, hasta completar un grupo de trece relatos aparecidos antes y después de su muerte, que se concluye en enero de 1928. Es decir, en sus últimos años, Picón fue un escritor retirado, pero no olvidado. Tendremos oportunidad de volver sobre ello.<sup>92</sup>

Justamente cuando revisaba algunos de estos cuentos para su publicación, y sobre todo su *Velázquez*, que estaba rehaciendo para las *Obras completas*, le sorprendió la muerte, en la madrugada del lunes, 19 de noviembre de 1923, «al cabo de una dolencia que se juzgó pasajera», señala González de Amezúa; «tras breve en-

---

miento, 1921 (pero 1922 en la cubierta); *Vida y obras de don Diego Velázquez. Obras completas, X*. Segunda edición refundida. Madrid: Renacimiento, s.a. (1925); *Desencanto. Obras completas, XI*. Madrid: Renacimiento, 1925; *Cuentos de mi tiempo. Obras completas, XII*. Madrid: Renacimiento, s.a. (1925); *Novelitas. Obras completas, XIII*. Madrid: Renacimiento, s.a. (1928).

<sup>90</sup> Todas estas reediciones fueron publicadas en Madrid por Renacimiento. Por cierto, no hay una segunda edición de *Juanita Tenorio* en 1912, como trae N. Valis («Una primera bibliografía...», p. 173); sin duda se trata de una mala lectura del 1922 de la portada, que presenta la tercera cifra defectuosa o rota, y eso hace que parezca un 1. Véase ahora nuestro artículo «Tres notas bibliográficas sobre Jacinto Octavio Picón: la supuesta segunda edición de *Juanita Tenorio* (1912), la fecha de *Drama de familia* y las novelas no publicadas» (febrero 2005), en <[http://www.bibliotecamiralles.org/Originales/Notas\\_Gu.doc](http://www.bibliotecamiralles.org/Originales/Notas_Gu.doc)>.

<sup>91</sup> Para los datos de estos libros, así como para los pormenores de su publicación, remitimos a una posterior entrega de esta nuestra serie.

<sup>92</sup> Obviamente, los datos no indican un éxito de público avasallador en estos años, pero sí suficiente como para rebatir el supuesto olvido en que yacía la obra de Picón. No insistiremos más por ahora, pero baste el apunte para corregir lo que habíamos escrito en este sentido en «Jacinto Octavio Picón en la crítica coetánea. Aproximación a un narrador olvidado», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XIX (1982), pp. 253-268 (p. 268).

fermedad», apunta Ortiz Picón<sup>93</sup>. «¡Hasta en el trance de morir no parece sino que se ausentó caminando de puntillas, para librarnos del amargor de la despedida!», escribe don Antonio Maura.<sup>94</sup>

Por disposición testamentaria, el entierro, celebrado al día siguiente, fue muy modesto, pero con el acompañamiento y el tratamiento que merecía una gloria de las letras. A él asistieron los directores de las Reales Academias, Maura y Benlliure, respectivamente; el presidente del Patronato del Museo del Prado, duque de Alba, y un buen número de personalidades del mundo de las letras, del arte, la cultura, el periodismo, la política...: Antonio Machado, Azorín, Cavestany, Linares Rivas, Pérez Nieva, Francos Rodríguez, José Francés, Pedro Mata, Ossorio y Gallardo, Rodríguez Marín, Julio Casares, Bonilla San Martín, Menéndez Pidal, Coullaut Valera, Luis Morote, Luis Araquistáin, Rodrigo Soriano, Vázquez de Mella, Gustavo Pittaluga, Millán Astray, entre muchos otros<sup>95</sup>. La prensa madrileña del día destacaba la noticia, indicando que con Picón desaparecía una de las mayores figuras de la intelectualidad española de la segunda mitad del XIX.<sup>96</sup>

A las pocas semanas del fallecimiento —escribe su nieto—, el Centro de Hijos de Madrid acordó solicitar al Ayuntamiento madrileño que diera el nombre de Jacinto Octavio Picón a una calle de la villa, lo que no prosperó merced al nuevo régimen político surgido del entonces reciente golpe de estado de Primo de Rivera, solo unas semanas anterior a la muerte de nuestro autor, quien, por cierto, hacía responsable de ese suceso político a Alfonso XIII, con una clarividencia en verdad extraordinaria cuando sabemos su opinión de que «el Rey había incurrido en grave falta anticonstitucional, lo que traerá lamentables consecuencias»<sup>97</sup>. No alcanzaría, sin embargo, a vivir esas consecuencias, el advenimiento de la República, que sin duda tanto le hubiera complacido. En fin, retomando el hilo de nuestra exposición, lo incuestionable es que hoy seguimos sin tener, incomprensiblemente, una calle consagrada a la memoria de quien no solo fue el único narrador de la generación realista-naturalista nacido en Madrid, sino uno de los principales escritores madrileños de la época contemporánea.<sup>98</sup>

<sup>93</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», p. xx; J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 44.

<sup>94</sup> A. Maura, «Necrología...», p. 498.

<sup>95</sup> «Entierro de D. Jacinto Octavio Picón», *El Sol* (21-XI-1923); *El Liberal* (21-XI-1923).

<sup>96</sup> E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, *Los cuentos de Jacinto Octavio Picón*, p. 19. Véanse las referencias bibliográficas de la prensa del día en el mismo Gutiérrez, «Para la bibliografía de Jacinto Octavio Picón», p. 154; y en N. Valis, «Una primera bibliografía...», pp. 200-201, y «Más datos...», p. 237.

<sup>97</sup> La recoge J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 44.

<sup>98</sup> Si la tiene, sin embargo, en Málaga, desde el 29 de abril de 1930 (información que nos facilita amablemente el servicio del callejero del ayuntamiento malagueño), bajo el nombre de Octavio Picón, en la zona de Pedregalejo, en que las vías públicas se rotulan con nombres de escritores de esta época:

A su muerte, Picón dejó escasos bienes pecuniarios, pero muy valiosos muebles antiguos, cuadros y sobre todo libros, lo que no será ocioso dar a conocer aquí, siempre de la mano de su nieto, don Juan Manuel Ortiz Picón. La familia —hija, yerno, un nieto y dos nietas— conservó algunos muebles, cuadros y libros, pero las mejores pinturas, de Madrazo, Rosales, Sorolla y Villegas, las legó don Jacinto al Estado en su testamento, y aunque podía conservarlas hasta el fallecimiento de su hija y heredera, la familia Ortiz Picón dispuso su entrega inmediata a la Dirección General de Bellas Artes. Eran diez o doce cuadros, que fueron en parte expuestos más tarde en el llamado «Museo de Arte Moderno» de la Biblioteca Nacional hasta 1936, de los que solo quedaron dos o tres después de la guerra.

Más valiosa era la biblioteca, integrada por unos 15.000 volúmenes, una dimensión imposible para que la familia pudiera darle cabida en su limitado piso del paseo de Recoletos —siempre según Ortiz Picón—, por lo que dispuso venderla antes de desalojar la vivienda que había ocupado Picón en la Academia. Su yerno, don Manuel Ortiz Angulo, invitó a don Francisco Rodríguez Marín, el sucesor de Picón en el cargo de bibliotecario de la institución y a su vez director de la Biblioteca Nacional, a que escogiese los libros que estimase conveniente que pasaran a ambas bibliotecas al precio que determinasen las entidades compradoras. Así se hizo, y antes de vender el resto, el tantas veces aquí citado Agustín González de Amezúa adquirió entre otros —recuerda Ortiz Picón— una edición de *La Celestina* de comienzos del XVI, un ejemplar de la *princeps* del monumental *Viaje de España* de Antonio Ponz, varias ediciones antiguas de *La Dorotea*, un *Quijote* inglés del siglo XVIII, y todas las obras acerca de la Inquisición que don Jacinto había ido reuniendo «quizá con propósito distinto al que guiaba a Amezúa —ferviente católico— en su elección», apunta Ortiz con fina ironía.<sup>99</sup>

## 2. GALERÍA DE RETRATOS

La estampa de Jacinto Octavio Picón nos acerca su figura a otra que él mismo tantas veces proyectó en sus novelas y cuentos, la del hidalgo manchego de Cervantes, «seco de carnes, enjuto de rostro», y recio, si no de complexión, sí de carácter; pues en Picón, «con valer tanto el escritor, valía aún más el hombre», escribe Amezúa en su detallada descripción:

---

Pereda, Valera, Menéndez Pelayo, Manuel del Palacio, Mariano de Cavia, Bernardo López García, Conde de las Navas, Manuel de la Revilla, Ricardo León, Ángel Guimerá, Gabriel y Galán... Aquí mismo, por cierto (concretamente en la calle Mariano de Cavia, 55), nuestro autor da nombre indirectamente a la Residencia Octavio Picón, establecimiento para ancianos que sin duda debe su denominación a la calle contigua más que a la figura del narrador madrileño.

<sup>99</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, pp. 45-46.

La cabeza fina y bien plantada denota energía y posesión de sí; la frente, noble y desembarazada, inteligencia y ensueño. Los bigotes, crecidos y peinados al uso de su tiempo en enhiestas y afiladas guías, no consiguen ocultar el *rictus* amargo y desengañado de su boca. Álzanse hacia arriba los ojos claros, azules, penetrantes y vivos, con aspiración insatisfecha, y por eso los rodea un livor de tristeza, una sombra de pesar, como si buscasen el más allá perdido en el lejano firmamento donde la virtud se premie, triunfe el bien y se respete la verdad, tantas y tantas utopías generosas como derramó en sus libros. Hay en el conjunto de su persona, con ser de complexión desmedrada y casi esquelética, todo lo que fue su estilo: dignidad, sencillez y elegancia, juntamente.<sup>100</sup>

Lo que nos confirma su nieto:

Mi abuelo Picón era de mediana estatura y sumamente delgado; tenía ojos azules bajo una frente espaciosa, y usaba —como un mosquetero del siglo XVII— largos bigotes y mosca. Vestía siempre de oscuro y con sencilla elegancia. Era muy versado en literatura, historia y crítica pictórica; era, además, muy sociable y un excelente conversador no exento de cierta fina ironía. Como hijo único, vivió muy vinculado a su madre francesa, por lo que hablaba y escribía con igual perfección español y francés, idiomas simultáneamente aprendidos en su infancia.<sup>101</sup>

Permítasenos rastrear algo más para enfocar la figura desde diferentes ángulos. Un anónimo nos lo presenta así en 1889: «Estudioso e inteligente, artista hasta la médula de los huesos, y dotado de un exquisito buen gusto, Picón es uno de los escritores contemporáneos que de más reputación goza»<sup>102</sup>. Y otro anónimo, que debió de conocerle muy de cerca, nos ofrece este bien perfilado retrato con ocasión de su ingreso en la Academia:

En los saloncillos de los teatros muchas veces, acompañando otras a una señorita bellísima, que es su hija, en la librería de Fe algunas tardes, en un rincón del café de Londres por las noches —formando amenísima tertulia con varios escritores distinguidos—, es conocida la figura de un caballero, de estatura más que mediana, enjuto de carnes, elegante sin afectación, serio sin arrogancia, reservado sin esquivéz.

Tiene el cabello de un rubio pálido y juvenil, el bigote fino y de guías atusadas al desgaire, los ojos azules, a los cuales da viva expresión de sagacidad observadora un ligero frunce oblicuo de los párpados y de las cejas.

El tono de su voz es apagado, un poco gutural cuando se eleva. Su palabra, sin ser fluida, es brillante. Sus frases, llenas de jovialidad, adquieren cierta melancolía al vibrar en labios contraídos por ese gesto de irónica amargura que pocos hombres dejan de tener cuando llegan a la madurez de la vida: es decir, al ocaso de las ilusiones y a la plenitud de los desengaños.

<sup>100</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», pp. XXXVIII-XXXIX.

<sup>101</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 12.

<sup>102</sup> «Galería nacional. Jacinto Octavio Picón», *El Resumen* (26-V-1889).

Cuando habla se le escucha con atención. Los más ilustres literatos le tratan de igual a igual; los que pudieran ser sus iguales, con cariñosa deferencia, y la gente joven, con el respeto que inspira el mérito eminente y la confianza que despierta la afabilidad de sus maneras, la hidalguía de su condición y la lealtad de su consejo.<sup>103</sup>

Pocos meses antes le había visitado Rubén Darío, nada menos, quien recibe una impresión muy favorable:

Yo no le conocía personalmente; no obstante, un académico siempre tiene ante nuestra imaginación cierta gravedad doctoral: así, mi sorpresa al ser presentado no pudo disimularse: nada de lo imaginado, ¡ni siquiera anteojos! En su *garçonnière*, donde preside el más discreto y elegante gusto en el arreglo y decoración, vive entre libros y obras de arte: viudo que parece más joven que sus hijos ya hombres. Hidalgo antiguo con el aspecto de un clubman moderno: dedicado a sus libros viejos para saber y decir cosas nuevas. Al mirar, los ojos finos parece que registran las intenciones; el ademán es franco y noble, el apretón de manos da la sensación de la sinceridad. Es afectuoso y varonil, sin melosidades falsas ni chinerías de fórmulas. A poco, ya estamos viendo una nueva edición del *Quijote* hecha en Inglaterra; y con tal causa admiro su conversación erudita, su pericia de bibliófilo y su seguridad crítica. Me muestra buena parte de sus libros raros, de sus ejemplares preciosos, con orgullo de buen artesano que supiera la calidad de sus útiles, con el aire de un maestro de armas que enseñase sus mejores espadas y floretes. Ya es un curiosísimo libro de refranes, ya un Quevedo que tuvo entre sus manos la censura de la Inquisición, con versos y estrofas tachados, que en las ediciones posteriores, o están reemplazados por puntos suspensivos, o suprimidos; o por mostrar lo que es el lujo aristocrático de la tipografía española, volúmenes de Monfort, de la Imprenta Real, o de Sancha.<sup>104</sup>

En ese mismo lugar, el despacho de su casa de la calle del Florín, le visitará diez años después Eduardo Marquina, quien anota en su crónica: «He visto —y con el gusto que proporciona siempre unos minutos de *causerie* con un hombre amable y culto— a don Jacinto Octavio Picón. [...] Picón es un hombre correcto, mundano, intachable, plácido, que me hace pensar, involuntariamente, en los mundanos novelistas de París»<sup>105</sup>. Y detalla en el número siguiente de *La Actualidad*:

El ilustre académico me ha recibido en su despacho, atestado de *bibelots* de arte. Picón aborrece el frío. Su magnífica «Salamandra», a todo fuego, en uno de los rincones de la sala, muestra el rojo de estampa japonesa de su hornilla.

<sup>103</sup> «En honor de Castelar, Picón y Valera», *El Español* (24-VI-1900). Lo recoge N. Valis, *Jacinto Octavio Picón, novelista*, pp. 20-21.

<sup>104</sup> R. Darío, «Jacinto Octavio Picón», pp. 347-348.

<sup>105</sup> Eduardo Marquina, «Crónica», *La Actualidad*, IV, núm. 132 (4-II-1909).



La mesa del atildado escritor ocupa el centro de esta sala confortable, y unas tapicerías de fondos grises muy discretos, caen, pesadas, sobre los huecos de las puertas.

Sobre la mesa, un tintero con la imagen, en bronce, de Voltaire...

Otro bronce con el busto de la República y un retrato de Castelar.

[...] Peregrinamos a través de la sala; entramos en la contigua. Picón saca de este estante de su librería, y de ésta, y de ésta, y de este otro, libros, libros, pergaminos, volúmenes dorados y curiosos, llenos de señales, apuntes, notas y recuerdos.

Picón ama a sus libros... Raro es el volumen de donde no salta, al revolver las hojas, una flor, una tarjeta, un sobre viejo... Diríase que Picón quiere de este modo ir compartiendo, por medio de estos recuerdos materiales, su vida con sus libros... Así me explico, por ejemplo, la inoportunidad de esta tarjeta, con una punta doblada todavía, que salta bruscamente de entre las hojas de un libro de sermones. Es una cartulina amarillenta, grande, y en su centro, una letras muy pequeñas dicen: Eleonora Duse...<sup>106</sup>

Añadirá en este mismo lugar: «Jacinto Octavio Picón habla muy llanamente. Es, además, un hombre cordial, sin aparecer efusivo. Ni empalaga, ni intimida». Y una curiosa anécdota en la despedida sirve a Marquina para iluminar otro aspecto de la personalidad humana, y literaria, de don Jacinto:

Pasando, sobre una mesa antigua, y entre dos bargueños admirables, vi un jarrito de cristal, dentro del cual, en un poco de agua, un brote de yedra parecía echar raíces.

Me acerqué, curioso.

—Sí; dijo Picón, con aire de triunfo... ¡por fin lo he conseguido!... No sabe usted la paciencia y la constancia que esto exige!... Pero vea usted; lo he conseguido.

Efectivamente, en aquel vaso de cristal ha conseguido Picón que un brote de yedra, arrancado por él, de la planta, en un paseo, echara raíces y germinara sobre la mesa antigua y entre los dos bargueños, sin más tierra de cultivo que agua clara.

Este trazo me completa la figura de don Jacinto Octavio Picón y por él se me ilumina su espíritu de una gracia nueva.

Picón, que ama las flores y los libros, mete en las hojas de los pergaminos tarjetas de actrices y obliga a las plantas muertas a que echen raíces en el agua...

¿No hay un mismo ferviente deseo de animar lo muerto, de eternizar lo bello por la vida, en ambos casos?...

---

<sup>106</sup> E. Marquina, «Crónica. Hablando con Jacinto O. Picón». Digamos, de paso, que la italiana Eleonora Duse (1858-1924), fue una de las actrices más importantes de su tiempo, intérprete de obras de Dumas hijo y de Ibsen, y estuvo unida sentimentalmente a Gabriele d'Annunzio, quien escribió para ella *La ciudad muerta* (1898) y *La Gioconda* (1899). Retirada de la escena en 1909 —justamente el año de esta crónica de Marquina—, volvió en triunfo a ella en 1921.

De todos modos este ferviente deseo es bien suyo y resume para mí lo mejor y más puro de su arte.<sup>107</sup>

En este mismo despacho recibirá poco más tarde, en 1914, a José María Carretero Novillo, *El Caballero Audaz*:

En los estantes, los volúmenes aparecen colocados con escrupulosa simetría y lujosamente encuadernados. Se enfilan todos los lomos, sin que ni uno siquiera sobresalga un milímetro más que los otros. Hemos de pensar, viendo esta habitación, que D. Jacinto es un hombre exquisitamente ordenado... Sobre su mesa aparecen todos los papeles recogidos en montoncitos... Ni una sola cuartilla se ha escurrido de la cartera o de los pisapapeles [...].

Don Jacinto Octavio Picón es un hombre menudo, seco y nervioso. La mirada escrutadora de sus ojos azules inquieta un poco [...]. Usa largo bigote de mosquetero, y una gran mosca colgada del labio inferior. Pocas canas tiene en sus lacios cabellos, que peina hacia atrás. Su mandíbula inferior se adelanta a todas sus facciones, dándole al rostro ese gesto especial que caracteriza a los *Austria*.

Viste impecable, hasta el detalle del cuello alto de frac y la pequeña corbata de lazo. Usa grandes quevedos de concha, que le dan a su rostro seco y huesudo un gran parecido con el archiduque Alberto de Rubens.<sup>108</sup>

Con poca simpatía, cosa habitual en él, le vio el joven Baroja, quien en sus *Memorias* cree recordar haber ido a visitarle con Azorín:

Me pareció que tenía una idea muy elevada del papel del escritor y una gran consideración entre los periodistas. Vivía en un piso muy alto, muy cómodo y muy bonito, en una de las calles laterales que limitan el Congreso de los Diputados.

Parecía un hombre hecho de alambre, con unas piernecitas delgadas, unos pantalones estrechos y unos bigotes largos y negros.<sup>109</sup>

Coincide en esta impresión, y hasta en su enfoque caricaturesco, José Moreno Villa, que hacia 1913 le veía «menudo como un muñeco armado de altos bigotes»<sup>110</sup>. Pero casi nadie dejó de reconocer sus virtudes personales: la modestia, la

<sup>107</sup> E. Marquina, «Crónica. Hablando con Jacinto O. Picón», cit.

<sup>108</sup> El Caballero Audaz, «Nuestras visitas: Jacinto Octavio Picón», cit.

<sup>109</sup> P. Baroja, *Memorias*, p. 527. El lector interesado en el conocimiento *directo* de don Jacinto puede consultar las ilustraciones que se incluyen en nuestro trabajo *Edición crítica y estudio...*, I, pp. 827-854, así como las referencias del posterior apartado de Iconografía, en la presente serie, que completa el que Valis insertó en sus artículos «Más datos...», pp. 242-243, y «Suplemento bibliográfico...», p. 563.

<sup>110</sup> José Moreno Villa, *Vida en claro: autobiografía*, México: El Colegio de México, 1944, p. 81 (impresa de nuevo en México: Fondo de Cultura Económica, 1976; y reeditada ahora en Madrid: Visor, 2006).

discreción, la cortesía, la afabilidad, la sinceridad, la tolerancia, la generosidad. Así le presenta Francisco Flores García, *Sansón Carrasco*:

Como *particular*, Octavio Picón es un hombre incompleto. Inmejorable como amigo, tiene como enemigo cualidades perfectamente negativas.

Flaco de memoria (cuando de recordar ofensas se trata) y sobrado de generosidad —hasta para quien no la merece— no da cabida en su alma a odios ni rencores. Perdona y compadece, o lo que es igual, no sirve para enemigo.

Elegante sin afectación y distinguido naturalmente, modesto sin hipocresía y afable y cariñoso, de amena y sabrosa conversación, es simpático a cuantas personas tienen la fortuna de tratarle.<sup>111</sup>

Precisamente de su autoridad en tertulias y reuniones, de su oportunidad y poder de seducción con la palabra, escribe Juan Gualberto López-Valdemoro: «Hablaba poco, pero con singular encanto; escuchaba mucho, y cuando, sin interrumpir, con gran cortesía, sin escucharse, y oportuna y brevemente siempre, usaba la palabra, daba en la cabeza misma del clavo, recreando a los oyentes y dejando en seguida la vez para que otro volcase el cántaro»<sup>112</sup>. Es este un aspecto que, entre otros, también pone de relieve González de Amezúa:

Dentro del más acendrado casticismo español, Picón parecía un temperamento francés, no solo por el estilo pulido, terso y elegante de sus obras, sino por su misma privada condición. La sangre francesa que corría por sus venas le había regalado una cualidad de que tanto se precian nuestros vecinos: era un decidor, un conversador admirable. Yo no olvidaré nunca en el curso de mi vida aquellas gratas horas desgranadas en la penumbra y quietud de su despacho, donde su buen gusto había repartido con profusión encantadora cuadros, grabados y libros viejos, que mudos escuchaban su charla confiada, ora picante, ora humorística, ora grave y melancólica, natural y fluida siempre, sabiendo colocar en la descripción del caso o en la pintura del personaje aquella pincelada genial que Anatolio France denominaba el *adjetivo calificativo y de contraste*, el que nos da el rasgo inconfundible y peculiar de cada uno, sirviéndose para ello de su memoria fidelísima (aunque él se doliese a menudo de no tenerla), la cual, sin titubeos ni tropiezos evocaba episodios, anécdotas y dichos oportunos, no con la prontitud de la fecha y del nombre, que es memoria de bajo y servil linaje, sino con aquella retentiva del artista a quien un rápido instante basta para sacar de su paleta el modelo elegido. Con dos brochazos rápidamente dados abocetaba inconfundiblemente a una persona. Parece que le veo la última tarde que le hablé, ágil y animoso al parecer, pero herido ya de muerte, tan ajenos los dos a que con un

<sup>111</sup> Sansón Carrasco, «Nuestros literatos. Jacinto Octavio Picón», *Blanco y Negro*, I, núm. 27 (8-XI-1891), p. 424.

<sup>112</sup> J.G. López-Valdemoro («De mis memorias...», p. 244), quien se detiene a continuación en su natural friolento que acabamos de leer en Marquina: «En agosto, a las doce y al sol, se encontraba Picón como el pez en el agua; para él no hizo nunca demasiado calor». Véase también A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», p. XLIII.

apretón de manos nos despedíamos hasta la eternidad, apoyado en el quicio de su puerta, haciéndome la semblanza de un literato y arqueólogo fallecido también: «¡Valía mucho, sí —decíame irónicamente—; pero ni le gustaban las ostras ni escuché de sus labios nunca el nombre de una mujer...!». <sup>113</sup>

Quien escribe más adelante:

No conoció jamás la envidia, prenda nobilísima de su carácter y reveladora de la sanidad de su entendimiento y de la bondad de su corazón. En sus críticas y en el comercio de las gentes, tuvo fácil el perdón para todas las flaquezas humanas, pero no transigió jamás con dos lacras sociales: la petulancia y la hipocresía. En cambio, la sencillez y la sinceridad, antítesis suyas, fueron siempre los más limpios timbres de su espíritu. Amplio y generoso en su trato, llevó también esta virtud al campo de las letras, donde tan raras veces se da [...].

Quien esto escribe recibió de él, sin tasa, estímulos y afectos que no olvidará jamás. Aquel dulce sentimiento de la amistad, don amable de los dioses, que tantas páginas hermosas arrancó a la antigüedad clásica, empobrecido y desvirtuado hoy en brazos del egoísmo imperante, pocos hombres me lo han dado en la vida tan noble y liberalmente como Picón. <sup>114</sup>

Testimonios como este, de personas de ideología muy alejada de la de nuestro autor, resultan tan esclarecedores como indubitables. Es también el caso de don Antonio Maura, quien alude a «su condición modesta y apacible», con la que «guardó acordada correspondencia toda su vida», para añadir:

De cuanto se diga con intento de trazar su retrato nada podrá causaros novedad, porque Picón no tenía repliegues ni reservas; era la personificación sencilla y diáfana de la modestia, de la rectitud, de la más afable cortesía. Al revés de los que propenden a individualizarse y destacarse, parecía tener prurito de postergarse y esfumarse. Su fisonomía aguileña, exenta de rasgos vigorosos o peregrinos, reproducía el tipo que nos es familiar de los hidalgos de antaño. En su apacible trato ninguno de vosotros habrá rozado nunca una arista ni una aspereza. Cuando discrepaba del ajeno dictamen, había que augurarle por su semblante y su mudez. <sup>115</sup>

Baste agregar, en esta misma línea, el comentario anónimo que aparecerá en la nota necrológica de *ABC*, el diario monárquico, glosando las virtudes del republicano radical y heterodoxo. Tras considerarlo «una de las figuras más relevantes de

---

<sup>113</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», pp. XXXIX-XLI. Apostillando lo recién transcrito, anotemos que de los refinados gustos gastronómicos de Picón da indicio la «Tortilla Jacinto Octavio», que doña Emilia Pardo Bazán cita en *La cocina española moderna*, como trae Sobejano en su «Introducción» a la edición de *Dulce y sabrosa*, p. 18 (título que, dicho sea de paso y sin ánimo de forzar las cosas, no deja de tener algo de revelador en este aspecto).

<sup>114</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», pp. XLII-XLIII.

<sup>115</sup> A. Maura, «Necrología...», pp. 497-498.

la literatura contemporánea», añade: «Caballero muy afable en su trato, dotado de raras cualidades de laboriosidad y de talento, el maestro Picón poseía además la rara virtud de la modestia —que es la verdadera ejecutoria del mérito—, y ello le hizo ser estimadísimo por cuantos cultivaron su amistad»<sup>116</sup>. O las palabras que le dedica Díez-Canedo:

Al morir, a los setenta y un años, Jacinto Octavio Picón, hacía ya muchos que estaba virtualmente alejado de las contiendas literarias. En su grata penumbra académica era, sin embargo, el de siempre: un espíritu generoso en sus amistades, aferrado a sus opiniones, distinguido en sus preferencias. La temprana muerte del hijo único varón puso en sus últimos años un velo de melancolía. Pequeño de cuerpo, descarnado, conservaba todavía una silueta juvenil.<sup>117</sup>

Así es, pues no se trata del elogio *post mortem* más o menos abultado. Gómez Carrillo, el polifacético modernista guatemalteco, no solo señala a don Jacinto como uno de los poquísimos amigos que hizo en su etapa madrileña, sino que escribe en 1921:

¡Picón...! ¿Quién no guarda de él un recuerdo delicioso? Yo le conocí en la librería de Fernando Fe y me parece que de entonces ahora apenas ha variado. Me refiero a lo material y a lo espiritual de su personalidad. Tal cual le vi cinco largos lustros ha en la carrera de San Jerónimo, cuando me ofreció uno de sus libros juveniles, tal le acabo de dejar en Madrid, con unos cuantos pelos blancos más en el bigote, pero con la misma esbeltez, con la misma ligereza, con la misma elegancia juvenil. ¿Cuántos años puede contar? No lo sé. Un bibliotecario de la Real Academia tiene, por fuerza, que haber pasado el cabo de los sesenta... En la tertulia de la docta tiendecilla la gente sería complaciase en discutir con él sobre el valor de las novedades extranjeras. Muy enterado de lo que se escribía en Francia, recuerdo que hablaba, cuando le conocí, de los cinco discípulos de Zola que, rebelándose contra el naturalismo, acababan de fundar el cenáculo de los refractarios.

—¿Habéis leído a Paul Margueritte? —preguntaba a los que se mostraban hostiles a todo naturalismo ultramontano.

Y a los que le contestaban que no, exponía los principios de una escuela de verismo pulcro, clásico, cristiano, casi conservador.<sup>118</sup>

<sup>116</sup> Anónimo, «Fallecimiento del maestro Picón», *ABC* (20-XI-1923), p. 23.

<sup>117</sup> Enrique Díez-Canedo, «Jacinto Octavio Picón», *España*, 8-XII-1923. Reproducido en sus *Conversaciones literarias. Segunda serie: 1920-1924*. México: Joaquín Mortiz, 1964, pp. 220-222, por las que citamos (p. 220), y más recientemente en Enrique Díez-Canedo, *Obra crítica*, introducción y selección de Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, Madrid: Fundación Santander Central Hispano, 2004, pp. 429-430.

<sup>118</sup> Enrique Gómez Carrillo, *Treinta años de mi vida*, Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra, 1974, p. 431. Pertenece al interesantísimo capítulo «La tertulia de los grandes literatos», dentro de «La miseria de Madrid. Libro tercero» [1921], pp. 425-436.

De fecha para nosotros desconocida, seguramente anterior, es el curioso retrato en verso de otro modernista, Eduardo Marquina, quien escribe en pareados de alejandrinos, al modo de Rubén Darío, con excelente captación del personaje:

Tiene una comedia reticencia de abate,  
 un punto florentino de notario y magnate;  
 lo vulgar manipula con un arte exquisito  
 y, a fuerza de cuidados, su realismo es bonito.  
 De sus antiguos viajes nos ha traído aquí  
 los caprichos —no el ansia— de madame Bovary;  
 y en sus libros la vemos acudir a una cita;  
 oronda en su mantilla de sabrosa viudita.  
 Conserva un cierto dejo de castellano empaque;  
 ama el pecado, pero no quiere que destaque  
 y en su estilo atenúa las ascuas femeninas,  
 como Velázquez las líneas de sus Meninas.  
 Gran señor de los libros, los de alcornica venera  
 y ama los pergaminos con sus sellos de cera...  
 Cabría su alma dentro de este amable diseño:  
 un guante de mujer sobre un viejo bargeño...<sup>119</sup>

Mucho tiempo después, en 1950, un Agustín González de Amezúa casi anciano, rememoraré en la prensa «aquellas tardes de mis viejas y añoradas pláticas» con quien fue «literato famoso, crítico de arte con autoridad indiscutida, académico por derecho propio, periodista insigne, honrado político», y, por encima de todo, hombre irrepetible, en un retrato que no ha perdido con los años emoción ni afecto:

Yo tuve la fortuna de tratar a Picón, ya en las postrimerías de su vida, con gran intimidad; y su cariñosa confianza para conmigo me hizo conocer que con valer mucho el escritor, tanto o más valía el hombre. Separábanme de Picón hondas diferencias en cuestiones religiosas, que por tácito y elegante acuerdo nunca tocábamos los dos; pero, en cambio, teníamos por nuestro y común un campo vastísimo donde departir y recrearnos: el de la literatura y el del arte, enriquecido con sus recuerdos personales, que pródigamente evocaba para mí. En mis largas charlas con él tuve ocasión de disfrutar de un Picón inédito, que no había pasado a sus libros; la sangre francesa que llevaba en sus venas hacía de él un admirable y amenísimo conversador. Tardes admirables aquellas en que con su palabra disertada, impregnada de un amargo escepticismo, rememoraba figuras desaparecidas, sucesos curiosos, casos y anécdotas de peregrino interés, mien-

---

<sup>119</sup> Eduardo Marquina, «A Jacinto Octavio Picón». En «Poesías. Evocaciones y dedicatorias», *Obras completas, VIII. Teatro. Poesía. Prosa*. Madrid: Aguilar, 1951, p. 361. Parece, por la preposición que encabeza el título, una dedicatoria, sobre la que no hemos sabido averiguar nada más. La ha reproducido recientemente Andrés Amorós en su edición de la *Correspondencia a Eduardo Marquina*, Madrid: Castalia, 2005, pp. 38-39.

tras que en la estancia donde nos hallábamos, sumida en la penumbra del crepúsculo, iban entrando mansamente las sombras de la noche.<sup>120</sup>

Nos hallamos, en suma, ante un hombre de gran nobleza, entereza y dignidad, marcado por una personalidad en la que el equilibrio se revela como aspecto determinante de su carácter: modesto pero distinguido, sencillo pero refinado, reservado pero afable, franco pero cordial, meticuloso pero tolerante. Así es Picón y así lo veremos en su actuación y en sus relaciones personales.

### 3. RELACIONES PERSONALES: MAESTROS Y AMIGOS

A través de las noticias, los datos y sobre todo las cartas, intentaremos ahora una aproximación a la poco conocida esfera de las relaciones humanas de don Jacinto, que presenta un indudable interés. Y si bien con frecuencia lo estrictamente privado se disuelve en lo más o menos público —literario, intelectual, académico, estético, político...—, no por ello parece razonable renunciar a este enfoque.

Un apunte previo sobre la vida familiar nos lleva a recordar, junto a la estrecha relación que le unió a su madre y a su tío José en los años de juventud<sup>121</sup>, la «liberal y bondadosa tutela» ejercida sobre su nieto, ahora ya en la vejez, durante algunos veranos de la vida de este en su etapa de estudiante<sup>122</sup>. Entre una y otra edad, cabe reseñar la proximidad, el cariño y los desvelos que envuelven la relación con sus hijos: por ejemplo, su intranquilidad ante el segundo parto de María en 1904<sup>123</sup>, o su derrumbamiento definitivo tras la muerte de Jacinto Felipe en 1917<sup>124</sup>, también, algunos pormenores del trato con ellos y de la educación que les dispensó.<sup>125</sup>

Desde luego, su larga estancia en París tras enviudar no debe ser interpretada como una dejación de sus deberes paternos<sup>126</sup>. Una curiosa carta, exhumada por Noël Valis, de Jacinto Felipe Picón niño de once años, en 1888, nos informa entre líneas de al menos dos aspectos de relieve: uno es que el todavía joven don Jacinto

<sup>120</sup> Agustín G. de Amezúa, «Contornos madrileños: Jacinto Octavio Picón», *La Vanguardia Española* (1-XII-1950), p. 5.

<sup>121</sup> Ya apuntadas más arriba, en 1.1.

<sup>122</sup> Véase J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 39.

<sup>123</sup> «Mi hija está para parir de un día a otro, y yo muy intranquilo», escribe a Menéndez Pelayo el 12 de julio de este año (N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 290).

<sup>124</sup> Véase antes, 1.6.

<sup>125</sup> Muchos años después (concretamente el 14 de junio de 1951), María Picón recordaba a don Jacinto como «padre amante y cariñoso» en la entrevista que celebró con ella (y con su marido, don Manuel Ortiz Angulo) Concha Bretón, de la que esta da cuenta en su tesis doctoral, *Jacinto Octavio Picón, novelista*, Madrid: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, 1951, p. 75.

<sup>126</sup> Recuérdese que al quedar viudo, a los veinticinco años, marchó a París como corresponsal de *El Imparcial* (véase más arriba, 1.2).

(treinta y cinco años) se queda en casa algunas noches jugando con sus hijos, y otros que el niño (con su padre, como es natural) ya ha estado, a su edad, «en Amberes y en París y en otras partes»<sup>127</sup>. Lo que corrobora su nieto cuando, quizá refiriéndose a una época algo posterior, escribe que Picón viajó «acompañado por su madre doña Octavia y sus dos hijos, ya adolescentes, por varios países de Europa al objeto de visitar monumentos, museos y bibliotecas; principalmente de Francia, Países Bajos e Italia».<sup>128</sup>

De su epistolario deducimos que los veraneos con sus hijos eran habituales antes del casamiento de María. Así, pasa parte del estío de 1898 con ella en el balneario de Ontaneda, Cantabria, en un viaje que parece acostumbrado de estos años. También la acompaña a Calatayud, donde será reina de los Juegos Florales, y quizá antes a Cestona, en 1901. Todo el período veraniego de 1900 lo vive en París con sus dos hijos, así como quince o veinte días en septiembre-octubre de 1902. Y, una vez casada María, un verano (el de 1907) renunciará a salir de Madrid para no dejar solo a Jacinto Felipe<sup>129</sup>, que es ya un hombre de treinta años hechos y derechos.

### 3.1. Los maestros: Valera y Galdós

Fuera ya de lo familiar, será la literatura la que fundamentará la relación del autor madrileño con quienes son sus maestros reconocidos, Valera y Galdós. Con ellos mantuvo un trato que no parece muy íntimo, pero sí próximo y cargado de afecto, como expondremos.

En el caso de don Juan Valera (1824-1905), contamos con el testimonio cercano de Maura, cuando escribe:

El respeto cariñoso y la admiración que Picón tributó siempre a Valera eran extremados; recordemos la manera de expresarse aquél siempre que de este o de sus escritos se hablaba; advirtamos, además, las afinidades que entre ambos existieron, unas veces más declaradas que otras, pero innegables siempre, a pro-

---

<sup>127</sup> Noël M. Valis, «De la educación y la vida privada decimonónica: una carta desconocida del hijo de Jacinto Octavio Picón», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXXII, núm. 3 (julio-septiembre 1979), pp. 593-598. La cita, en p. 597. Además, en el breve estudio que introduce la edición de la carta, Valis recoge estas palabras de un suelto de *El Imparcial* (21-I-1917) que se hace eco de la muerte de Jacinto Felipe y que resultan del todo pertinentes a nuestro propósito: «al perder para siempre a su hijo pierde también a su mejor amigo —de tal modo estaban identificados—» (p. 596).

<sup>128</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 13.

<sup>129</sup> Todas las referencias anteriores proceden de las cartas a Menéndez Pelayo editadas por N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 269 (carta de 4-VII-1898), p. 282 (carta de 23-IX-1901), pp. 278-279 (20-IX-1900), pp. 285-287 (26-IX-1902 y 7-X-1902) y p. 301 (22-VIII-1907). En esta última escribe: «Mi hija está en Biarritz con su marido y sus niños: Jacinto no ha podido salir de Madrid y con él me he quedado por no irme ni dejarle solo».



pósito de conceptos trascendentales, informadores obligados de una gran parte de la ideación que consta en los respectivos escritos.<sup>130</sup>

Opinión que corroboran los calificativos que Picón dedicó respectivamente al autor («nuestro insigne don Juan Valera») y a su principal novela («su incomparable *Pepita Jiménez*»)<sup>131</sup>, y que se sustancia con mayor fuerza aún en el interés del narrador madrileño en conseguir que fuese el egabrense quien contestase a su discurso de ingreso en la Real Academia Española, como declara paladinamente a Rubén Darío en unas palabras que no será ocioso recordar:

Le pregunto algo sobre su recepción en la Academia y cuándo se verificaría. «Vea V. —me dice—, ha sido costumbre generalmente adoptada en este instituto que los académicos elegidos dejen pasar tres, cuatro, cinco y hasta nueve años para ingresar en sesión pública y pronunciar el discurso de reglamento. Yo pienso hacerlo probablemente a principios de año, quizá en el próximo marzo [de 1900]. Y me salgo de la regla por varias razones, y no es la menor que sea don Juan Valera quien tenga que contestarme. Nuestro don Juan está, aunque todavía fuerte, en una edad muy avanzada, ciego: y una enfermedad a sus años, por leve que fuera, le impediría ocupar su puesto en mi recepción. Confieso que prefiero salirme de la costumbre académica a privarme de la honra y el placer de que sea Valera quien me reciba al ocupar mi sillón».<sup>132</sup>

Asimismo, todo apunta a que fue don Juan el principal valedor del ingreso de Picón en la Academia, como revelan las cartas que de don Jacinto conservamos a unos y otros, y las del propio Valera al Doctor Thebussem, Menéndez Pelayo y Rodríguez Marín. «En la vacante que deja Castelar en la Academia Española — escribe a aquel— deseo yo que entre D. Jacinto Octavio Picón, pero no sé si llegaré a conseguirlo. Tal vez se interponga algún personaje político como D. José Canalejas y Méndez»<sup>133</sup>. De su ascendiente sobre nuestro autor dan fe las palabras de este a Menéndez Pelayo en relación con el anterior, y fallido, intento de ingreso de

<sup>130</sup> A. Maura, «Necrología...», p. 502.

<sup>131</sup> Jacinto Octavio Picón, «Al lector», *Juanita Tenorio. Obras completas, III*. Madrid: Renacimiento, 1922, p. 5. En otro lugar —el prólogo a la novela de Martín Lorenzo Coria *Ángel caído* (Madrid: Escuela Tipográfica del Hospicio, 1884, 2.<sup>a</sup> ed.)— alude a «la admirable *Pepita Jiménez*, de Juan Valera, el primero de nuestros prosistas». Citamos por L. Bonet, «El naturalismo en España: un texto olvidado de Jacinto Octavio Picón», cit., p. 84.

<sup>132</sup> R. Darío, «Jacinto Octavio Picón», pp. 348-349. El discurso de Valera fue leído por Menéndez Pelayo, tal como anuncia el propio Picón en *Blanco y Negro*, X, núm. 477 (23-VI-1900).

<sup>133</sup> Carta de 27-V-1899, que puede leerse en Cyrus C. DeCoster (ed.), *Correspondencia de don Juan Valera*, Valencia: Castalia, 1956, p. 260, y ahora en J. Valera, *Correspondencia*, VI, cit., núm. 3166, p. 479. Otras referencias al asunto, en este mismo volumen, en las cartas núm. 3007, 3100, 3120, 3124, 3126 y 3129, en pp. 307-308, 408, 432-433, 437, 438-439 y 441-442, respectivamente.

1898<sup>134</sup>. Y no hay duda de que existió entre ambos una relación personal de una cierta proximidad, cuando menos, como observamos en una carta de 1902 en que Valera invita a Picón a una lectura teatral del entonces jovencísimo Eduardo Marquina en la casa madrileña del propio don Juan.<sup>135</sup>

Vista desde el otro lado, parece clara la estima literaria de Valera por Picón. En un contexto tan neutro, por decirlo de algún modo, como el de las mil batallas sobre el naturalismo, contestará a Pardo Bazán: «Jamás he afirmado yo que las novelas de Zola, Daudet, Goncourt, Tolstoi, Ibsen, etc., sean malas. Al contrario, he dicho que tal vez sean tan buenas y tan excelentes, que cuanto escribimos la misma doña Emilia, Pereda, Galdós, Jacinto Octavio Picón, Armando Palacio Valdés y otros varios, sin que yo me excluya, serán obrillas insustanciales, *epidémicas* y absolutamente desprovistas de enseñanza y trascendencia»<sup>136</sup>. En ese mismo contexto, había escrito mucho antes: «Me consuela, además, que se cuente en el número de los naturalistas una pléyade brillante y numerosa de novelistas españoles». Para añadir: «El señor Alberto Savine ha escrito un librito, *El naturalismo en España*. En él se elogia, como naturalistas más o menos inconscientes o conscientes, a Pérez Galdós, a la misma doña Emilia Pardo Bazán, a Leopoldo Alas, a Armando Palacio Valdés, a Pereda, a Ortega Munilla, a Picón y a Oller. Sea, pues, mil veces enhorabuena, no por el naturalismo de dichos autores, sino porque son buenos y muchos»<sup>137</sup>. O, en otra situación, sobre el auge de la nueva novela: «Después, Alarcón y yo, antes de que apareciesen y brillasen Pérez Galdós, Jacinto Octavio Picón, Armando Palacio Valdés, Emilia Pardo Bazán y tantos otros, compartimos, sin disputárnosla, la honra de cultivar con éxito cierta

<sup>134</sup> «Don Juan Valera me ha dicho que piensa como V.: que no debo retirar la candidatura». En N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 272 (carta de 3-XI-1898).

<sup>135</sup> En la carta, fechada el 31 de octubre de 1902, invita a Picón a la lectura de *La monja Teodora*, drama de Marquina, de quien escribe Valera, con la sorna que le es habitual, «que viene ahora de Barcelona muy corregido de sus pasados devaneos sociológico-nebulosos». Le remite además «un ejemplar de un conocido cuentecito mío del que he hecho edición con monos para complacer a un novel dibujante de mi propia ciudad natal». Citamos de A. Amorós, *Correspondencia a Eduardo Marquina*, pp. 22-23. El libro aludido debe de ser *Garuda o la cigüeña blanca y La Padmini*, con ilustraciones de Ángel Hernández (Madrid: Viuda e Hijos de Tello, 1902). Para las cartas de Valera a Picón, si es que las hay, habrá que esperar aún a los dos últimos volúmenes de la magna edición de su *Correspondencia*, ed. L. Romero Tobar, M.A. Ezama Gil y E. Serrano Asenjo, cit.: en los seis tomos hasta ahora aparecidos (2002-2007), correspondientes al período 1847-1899, figuran varias referencias, como veremos, pero ninguna carta.

<sup>136</sup> Juan Valera, *Del progreso en el arte de la palabra* [1897], que tomamos de *Obras completas*, II, Madrid: Aguilar, 1961, 3.<sup>a</sup> ed., p. 935.

<sup>137</sup> Juan Valera, *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* [1886-1887]. Citamos por la edición de *Obras completas*, I, Madrid: Aguilar, 1942, p. 615. El libro al que alude es el de Albert Savine, *Le naturalisme en Espagne. Simples notes*. Paris: Nouvelle Librairie Parisienne, E. Giraud & Cie, 1885, que podrá conocer el lector en la edición bilingüe, actualmente en prensa, que hemos preparado.

clase de novela, poco cultivada antes en España, y que podemos llamar novela psicológica de costumbres contemporáneas». <sup>138</sup>

En esta línea, son varios los ecos que resuenan en las colaboraciones de Valera en la prensa. Y nótese el tenor. En relación con las preferencias del público, escribe a *El Correo de España* el 28 de agosto de 1896: «Después de Castelar, los novelistas son los que tienen en España más lectores y compradores. Independientemente del mérito de cada uno, tal vez en lo tocante a la aceptación de sus obras por parte del público, puedan los principales colocarse en este orden: Pérez Galdós, Pereda, Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés, Jacinto Octavio Picón y Leopoldo Alas» <sup>139</sup>. Y acerca de la *moda del cuento* opina en carta a *La Nación* del 4 de abril de 1900: «Entre los que escriben ahora cuentos en España descuellan, a mi ver, D. Jacinto Octavio Picón, D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán, D. Armando Palacio Valdés y el joven malagueño D. Arturo Reyes». <sup>140</sup>

Tres meses después, dando cuenta de su recepción en la Academia, Valera presenta a Picón como «entendido crítico de obras de arte, según lo demuestran su *Historia de la caricatura* y su libro sobre Velázquez, y autor ingenioso de cuentos y de novelas, entre las cuales se distingue *El enemigo*, admirable y bien trazada figura del clérigo fanático que toma las armas, enciende la guerra civil y combate fiera y obstinadamente por los antiguos y teocráticos ideales de la intolerancia religiosa». <sup>141</sup>

Ocasión esta, la del ingreso en la Real Academia, en la que el mismo don Juan había escrito en su discurso como valoración final:

En suma, y sin entrar en un detenido examen que fatigaría a mi ilustrado y benévolo auditorio, yo me atrevo a sostener que las novelas y cuentos de Picón, sin ofender a Dios ni perjudicar al prójimo, deleitan o interesan con su lectura y son y deben ser grato pasatiempo y solaz para todo sujeto culto. Los hay que a las novelas prefieren los cuentos, ingeniosos y ligeros todos, desenfadados y alegres algunos de ellos, aunque siempre velada su desenvoltura en las pleguerías del más recatado aticismo. Lo que es yo, reparto por igual el lauro entre cuentos y novelas, sin acertar a decidir dónde brillan más la inventiva del autor y el primor y la facilidad de su estilo. Por tales dotes aplicadas a producir la amenidad y la belleza, sin que se rebajen o deslustren por ponerse al servicio de doctrinas que con razón pueda condenar nadie, el escritor que va a tomar ahora asiento entre nosotros, tendrá a mi ver muy distinguido lugar en la historia literaria de España durante el siglo XIX. <sup>142</sup>

<sup>138</sup> Juan Valera, «Carta a la *Revista Ilustrada de Nueva York*» (23-VIII-1891). Recogida en sus *Obras completas*, III, Madrid: Aguilar, 1947, p. 419.

<sup>139</sup> J. Valera, *Ecos argentinos*, p. 14.

<sup>140</sup> J. Valera, *Ecos argentinos*, pp. 308-309.

<sup>141</sup> J. Valera, *Ecos argentinos*, p. 346.

<sup>142</sup> *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Jacinto Octa-*

Había sido precisamente a raíz de la lectura de *El enemigo*, y por iniciativa de don Jacinto, como Valera había descubierto años antes a Picón. Así se lo cuenta al Doctor Thebussem en carta de 6-IX-1888:

Poco antes de salir de Madrid [a finales de agosto], me vino a ver un novelista a quien yo no conocía ni de vista, ni por lectura de nada suyo. Me dio una novela suya, que he leído con grandísimo placer, porque los caracteres todos son reales y bien pintados, el estilo es sencillo y natural, y el enredo está bien desenvuelto y produce y excita vivo interés. No sé yo si Vd. es *político* y, si lo es, si es más progresista que conservador, o más conservador que progresista; pero supongo que le sucederá como a mí: que en obras de entretenimiento lo que Vd. buscará será lo ameno, lo ingenioso y lo discreto, y aplaudirá, si lo halla, lo mismo al que defienda la Inquisición que al que propenda al liberalismo más libre y más racionalista. Lo digo porque esta novela que me ha gustado y cuyo título es *El enemigo*, su autor Jacinto Octavio Picón, es de lo más progresista y librepensador que puede imaginarse. Yo, sin embargo, le recomiendo a Vd. que la lea.<sup>143</sup>

Desde entonces, no hay duda, tuvo a Picón entre sus escritores preferidos. Un año más tarde, y trazando un panorama de la novela española del momento, se refiere a «un lucido estol, grupo o tropa de novelistas, en actividad floreciente y fecunda, a cuya cabeza me parece que van, no un capitán, sino dos, y, además, una gallarda capitana», aludiendo con ello a Galdós, Pereda y Pardo Bazán. Para agregar: «La hueste que sigue es bastante numerosa. Yo no quisiera equivocarme. Mi juicio comparativo puede depender del lugar desde donde los veo; pero sea como sea, me parece que descuellan en esta hueste Alas, Picón, Palacio Valdés, José Navarrete y Ortega Munilla. Y esto sin hablar de los novelistas catalanes, cuyo jefe es Narciso Oller».<sup>144</sup>

Benito Pérez Galdós (1843-1920), como decíamos, es el otro maestro de Picón. Así lo reconoce este en sus cartas<sup>145</sup>, que suele encabezar con el tratamiento

vio Picón el día 24 de junio de 1900, Madrid: Est. Tip. de Fortanet, 1900, pp. 63-64.

<sup>143</sup> J. Valera, *Correspondencia*, V, ed. cit., carta núm. 2178, p. 107. Si esto es así, como parece, la referencia a Picón de los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* que hemos transcrito más arriba es gratuita o de segunda mano.

<sup>144</sup> J. Valera, «*El gusano de luz*, novela andaluza de Salvador Rueda» [1889], en *Obras completas*, II, p. 780. Es una valoración que mantuvo el resto de su vida, como en cierto modo hemos visto en referencias anteriores y podemos ver aún en otras como esta, en la que, presentando novelas de autores jóvenes (López Roberts, Ortiz de Pinedo, José Joaquín Domínguez, Luis Montoto y otros), escribe: «De los novelistas ya muy populares y acreditados, de los veteranos, digámoslo así, no he de decir aquí palabra. Ni Pérez Galdós, ni Pereda, ni Picón, ni el mismo padre Coloma, que publicó hace poco un nuevo e interesante libro, ni menos aún de la señora doña Emilia Pardo Bazán, necesitan que nadie llame la atención del público sobre sus escritos» («*Novelas recientes*» [1902], en *Obras completas*, II, p. 1092).

<sup>145</sup> Se trata de un conjunto de dieciocho cartas publicado por S. de la Nuez y J. Schraibman, *Cartas del archivo de Pérez Galdós*, cit., pp. 157-179. En las citas sucesivas integramos en el texto, entre paréntesis, las referencias de este epistolario.

de «maestro y amigo» (o «amigo y maestro»), dentro de una relación personal que no parece continuada («nos vemos de tarde en tarde», escribe Picón en 1910, p. 178), pero que sí es cercana y muy afectuosa. Prueba de ello es que Galdós encarga a Picón una gestión relacionada con la traducción al francés de *Doña Perfecta* (17-XI-1888, p. 162), o le pide un dato sobre Fernández de los Ríos para sus *Episodios* (que Picón le suministra, 4-I-1908, pp. 176-177). Prueba de ello es también que Menéndez Pelayo encomiende a don Jacinto que ruegue al escritor canario su asistencia a un banquete en honor de Arturo Farinelli (en fecha que nos es desconocida, p. 171), o que Picón pida a Galdós que hable a Pereda en favor de él para la Academia (16-XI-1898, p. 168), o que intente que don Benito figure en el *Comité de Patronage*, junto a otras destacadas personalidades, para erigir una estatua a Renan en la Bretaña francesa (sin fecha, p. 172), o que aparezcan juntos en una foto de estudio del célebre Kâulak por esos años del cambio de siglo.<sup>146</sup>

Son éstas algunas de las muchas ocasiones, por cierto, en que Picón y Galdós participan en empresas comunes, unidos casi siempre por su afinidad ideológica liberal y progresista, desde las votaciones en la Academia —empezando por los intentos de Picón de ser recibido en ella, y por la elección misma—, hasta su participación conjunta en la Liga Antigermanófila, de la que Picón fue vocal y Galdós presidente de honor<sup>147</sup>, pasando por la idea de este de crear una asociación de novelistas («¿Y nuestro proyecto de asociación de novelistas?», pregunta don Jacinto en carta de 25-IX-1905, p. 173), o por la protesta compartida a causa de la inevitable entrada de Coloma en la tantas veces mencionada Academia de la Lengua («Como usted decía, por lo menos hagamos algo en son de protesta contra la invasión de lo negro», escribe Picón, 28-I-1908, p. 177).

No solo en la esfera privada, sino también en la pública ensalzó Picón a Galdós. En su reseña de *La de Bringas*, en *El Imparcial* del 14 de julio de 1884, escribe: «Soy de los que, no para imitarle servilmente, sino para estudiarle sin cesar, consideran a Galdós como maestro». Antes y después asistiría tanto al homenaje multitudinario del 26 de marzo de 1883<sup>148</sup>, como al celebrado a raíz del éxito de la versión

<sup>146</sup> Nos permitirá el lector que llamemos la atención sobre esta fotografía, que solo había sido publicada, en tamaño minúsculo, en el libro *150 años de fotografía en la Biblioteca Nacional*. Guía-inventario de los fondos fotográficos de la Biblioteca Nacional coordinada y dirigida por Gerardo F. Kurtz / Isabel Ortega. Madrid: Ministerio de Cultura-Ediciones El Viso, s.a. (1989), p. 92. Nosotros la reproducimos en la sección de «Ilustraciones» de nuestra tesis doctoral, *Edición crítica y estudio...*, I, p. 835, ilustr. 23. En cuanto a Kâulak, es uno de los varios seudónimos que empleó el gran fotógrafo Antonio Cánovas del Castillo y Vallejo (1862-1913).

<sup>147</sup> M. García Venero, *Melquiades Álvarez...*, p. 335.

<sup>148</sup> Como recogen los periódicos del día siguiente. Véase, por ejemplo, *La Época* (27-III-1883).

teatral de *El abuelo* en 1904<sup>149</sup>; y entre aquel y este había escrito muy elogiosamente sobre el estreno de otra versión teatral: la de *Realidad*<sup>150</sup>. También Picón redactó un breve artículo o nota, en julio de 1907, que Galdós le agradece<sup>151</sup>. Agradecimiento éste que viene a ser una de las escasas reacciones de don Benito hacia nuestro autor, pero no única, pues conocemos que Picón se contó entre los pocos elegidos por el narrador canario para participar en el periódico que pensaba fundar en 1885: «Será —escribe Galdós— un periódico en el que solo podrían colaborar la Pardo Bazán, Picón, Pereda, Galdós, Clarín, Armando Palacio y Menéndez Pelayo, si quiere. Y podríamos llamarle *La República de las Letras*»<sup>152</sup>. Asimismo, a la petición de voto de Picón para la Academia en su intento fallido del 98, Galdós responderá con una «cariñosa carta que es para mí una verdadera honra», escribe don Jacinto sin ocultar su alborozo (9-XI-1898, p. 166). Y para la que será su definitiva elección del año siguiente, y ante lo reñido de las previsiones, Galdós viajará ex profeso desde Santander para votar a Picón. Será su respuesta explícita a la petición que le hará el madrileño en su carta del 7 de octubre de 1899 (pp. 169-170). Nobleza obliga.

Todo ello sin olvidar lo que a veces se omite: que fue don Jacinto quien encabezó la controvertida candidatura de Galdós al Premio Nobel de Literatura que en enero de 1913 presentó en nombre de la Real Academia Española, y que firmó junto con José Echegaray, Eugenio Sellés y José Rodríguez Carracido, siendo refrendada por más de 500 escritores y artistas españoles<sup>153</sup>. Y sin olvidar tampoco lo que apenas es sabido: que fue también Picón una de las personalidades a quienes correspondió el honor de llevar (en representación de las Reales Academias) una de las cintas del féretro de don Benito en su entierro el 5 de enero de 1920.<sup>154</sup>

<sup>149</sup> Juan Antonio Hormigón, *Valle-Inclán: biografía cronológica y epistolario*, Madrid: Asociación de Directores de Escena de España, 2006, 3 vols. (I, p. 356).

<sup>150</sup> Jacinto Octavio Picón, «Estreno de *Realidad*, drama en tres actos y en prosa, original de D. Benito Pérez Galdós», *El Imparcial* (16-III-1892).

<sup>151</sup> Se trata de una «cuartilla», que apareció en *La República de las Letras* (carta de 22-VIII-1907, p. 175), y que debe de coincidir con la colaboración de Picón en el número extraordinario de la revista publicado un mes antes, justamente el 22 de julio. Da referencia de ella don Pedro Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, Barcelona: Crítica, 1996, p. 654 (nuestros intentos por conseguir reproducción del texto han sido hasta ahora infructuosos). Sobre esta publicación, y tantas otras de esos años, véase el utilísimo repertorio, ya citado, de M.P. Celma Valero, *Literatura y periodismo en las revistas del fin de siglo. Estudio e índices (1888-1907)*, que prescinde, no obstante, de los números publicados en una segunda época, a partir del 24 de abril de 1907.

<sup>152</sup> Tomamos el pasaje de Juan Antonio Cabezas, «*Clarín*»: *el provinciano universal*, Madrid: Espasa-Calpe, 1962, p. 130, quien no da su procedencia. El proyecto no cuajaría hasta veinte años después, en 1905, con colaboradores diferentes, entre los que no se contó Picón, salvo en la «cuartilla» citada en la nota precedente.

<sup>153</sup> P. Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, pp. 716 y 731-732.

<sup>154</sup> Junto a otros representantes de la prensa (Francos Rodríguez), de los escritores (uno de los hermanos Álvarez Quintero), del Ayuntamiento madrileño, de los diputados canarios y de los obreros (P. Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, p. 818).

No mucho más conocemos de las relaciones de nuestro autor con otras personalidades de generaciones anteriores, que se dan en dos ámbitos principales, el de las letras y el de la política. Escribió con elogio sobre don Emilio Castelar (1832-1899), de quien se proclamó amigo y se reconoció discípulo,<sup>155</sup> como se colige del retrato que del ilustre tribuno tenía don Jacinto sobre la mesa de su despacho<sup>156</sup>. Mostró también su admiración y fidelidad a don Nicolás Salmerón (1838-1908)<sup>157</sup>, con quien colaboró de cerca en su aventura como diputado en 1903, y se aproximó igualmente en su juventud a don Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895), como ya quedó señalado<sup>158</sup>. Asimismo, y por lo que tiene de significativo, conviene mencionar la dedicatoria de su primer libro impreso, *Apuntes para la historia de la caricatura* (1879), «en testimonio de respetuoso cariño», a don Antonio Romero Ortiz (1822-1884), quien siendo ministro de Ultramar (1874) debió de ayudar, cabe suponer, al joven Picón en su primer destino, pronto abandonado.

Entre los literatos, tuvo una alta consideración del «insigne Pereda», como escribe en 1906<sup>159</sup>, y una relación ocasional con él, en la que nos detendremos un momento. A propósito de su frustrada elección para la Academia en 1898, Picón escribió una carta muy respetuosa al montañés —inédita, por lo que sabemos, y en la que da la impresión de que, más que buscar el voto de don José María, el madrileño debió de querer asegurarse la abstención de aquel, esto es, que no apoyase a su contrincante en la liza—, respondida por este en términos que evidencian la lejanía ideológica entre ambos, pero la estima literaria de Pereda hacia don Jacinto:

Santander, 19 de noviembre de 1898.

Señor don Jacinto Octavio Picón.

Mi distinguido amigo y compañero: Sin aceptar las respetuosas salvedades con que se dirige usted a mí, en su grata carta del día 16, y no porque yo dude de su sinceridad, sino porque no me conceptúo digno de tan señalada consideración, respóndole, con la llaneza que gasto, que carecen de fundamento sus temores de que no me sea agradable la candidatura de usted para la Academia, por la «diferencia de ideas que nos separa», si esto de las ideas se refiere a las políticas. Otras son, de muy distinto linaje y de más altos vuelos las que, en determinados compromisos de la vida, harían inútiles los mayores esfuerzos de voluntad, por estrellarse contra repugnancias de mi conciencia.

<sup>155</sup> Véase su artículo «De un discípulo» (*El Liberal*, 28-V-1899), además de su discurso de ingreso en la Academia (*Discursos leídos en la Real Academia Española...*). Consúltese también a R. Darío, «Jacinto Octavio Picón», p. 350.

<sup>156</sup> E. Marquina, «Crónica. Hablando con Jacinto O. Picón», cit.

<sup>157</sup> Jacinto Octavio Picón, «Nicolás Salmerón», *El Correo* (29-VIII-1881).

<sup>158</sup> Véase antes, 1.2.

<sup>159</sup> Se reproduce la carta, que después transcribiremos, en el folleto *En memoria del homenaje que al eximio novelista Armando Palacio Valdés dedicaron el jueves 5 de abril de 1906 los alumnos de la Universidad de Oviedo*, Gijón: Compañía Asturiana de Artes Gráficas, s.a. (1906), p. 12.

Pero ni de estas ni de aquellas hay que tratar afortunadamente, ni tampoco debe ponerle a usted en cuidado mi actitud en el asunto que motivó su mencionada carta, porque, aparte de que yo no votaría jamás contra un candidato presentado por el señor Menéndez Pelayo, aunque careciera de los grandes merecimientos literarios que reconozco y admiro en usted, no pienso asistir a esa elección.

Esté, pues, tranquilo por lo que a mí toca, y vea usted si en otro asunto puede tener la fortuna de servirle de algo útil este su affmo. amigo y arrumbado compañero, q.e.s.m.,

J.M. de Pereda.<sup>160</sup>

Por lo demás, una mención a Campoamor (1817-1901) en carta de Clarín parece implicar cercanía por parte de Picón, quien escribió varias veces sobre don Ramón y tuvo su obra en muy alta estima<sup>161</sup>. Reseñemos además su amistad con Víctor Balaguer (1824-1901), casi treinta años mayor que él, pero con quien se cartea en diversos momentos de su vida, y sobre todo, como se vio, en relación con el episodio de su elección para la Academia, aunque no solo<sup>162</sup>. También en las batallas académicas aparecen siempre a su lado, entre los mayores, José Echegaray (1832-1916) y Eugenio Sellés (1844-1926), uno y otro, en especial aquel, objeto frecuente de las reseñas teatrales del Picón crítico de *El Correo*<sup>163</sup>; don José, compañero en la

<sup>160</sup> Anónimo, «Desde Peñas arriba. Correo de D. José M. Pereda [sic] con académicos, políticos e hispanistas», *La Estafeta Literaria*, I, núm. 13 (25-IX-1944), p. 3.

<sup>161</sup> Clarín se hace eco, en carta a Picón de 4-II-1885, de la opinión de don Ramón favorable a *La Regenta*, que sin duda debió de conocer nuestro autor directamente de este. Véase Andrés Amorós, «Doce cartas inéditas de Clarín a Jacinto Octavio Picón», *Los Cuadernos del Norte*, II, núm. 7 (mayo-junio 1981), pp. 8-20 (la carta, en p. 12). Por otra parte, Picón publicó artículos sobre Campoamor en *El Correo* (9-III-1884 y 15-VI-1884, éste a propósito de su retrato por Emilio Sala), y, tras su muerte, una valoración muy elogiosa en *Blanco y Negro*, en la que ensalza su complejidad, riqueza y variedad, a pesar de sus contradicciones, que disculpa como hijas de la época y que conduce con habilidad hacia «sus versos empapados en llanto y burla», para terminar: «Fue lo bastante filósofo para que su poesía hiciera pensar, y tan gran poeta, que empleó la filosofía para hacernos sentir» («Campoamor. En honor del poeta», *Blanco y Negro*, XI, núm. 512, 23-II-1901. Se trata de un homenaje a don Ramón, pocos días después de su fallecimiento, que recoge, a más de la de Picón, valoraciones sobre su obra de Manuel del Palacio, Ramos Carrión, Palacio Valdés, Vital Aza, Romero Robledo y Núñez de Arce).

<sup>162</sup> Véase E. Miralles, *Cartas a Víctor Balaguer*, pp. 417-424.

<sup>163</sup> Don Jacinto escribió sobre numerosos estrenos de Echegaray, siempre en *El Correo*, donde publicó reseñas sobre *La muerte en los labios* (1-XII-1880), *El gran galeoto* (20-III-1881), *Haroldo el normando* (2-XII-1881), *Los dos curiosos impertinentes* (9-IV-1882), *Conflicto entre dos deberes* (15-XII-1882), *Un milagro en Egipto* (25-III-1883), *Piensa mal... ¿y acertarás?* (6-II-1884), *La peste de Otrento* (13-XII-1884), *Vida alegre y muerte triste* (8-III-1885), *El bandido Lisandro* (14-II-1886), *De mala raza* (5-III-1886), *Dos fanatismos* (16-I-1887), *La realidad y el delirio* (13-IV-1887), *El hijo de hierro y el hijo de carne* (15-I-1888), *Lo sublime en lo vulgar* (14-XI-1888), *Los rígidos* (20-XI-1889) y *Sic vos non vobis o la última limosna* (8-IV-1892). A Sellés dedicó artículos acerca de *Las esculturas de carne* (2-II-1883), *Las vengadoras* (11-III-1884) y *La vida pública* (7-III-1885), además de «Sellés y su libro» (2-II-1893) y «Sellés en la Academia» (2-VI-1895). Por otra parte, Sellés, Echegaray y Picón, a principios del novecientos, se contaban entre los habituales de «el saloncillo del Teatro Español», dentro de un nutrido grupo en el que figuraban, entre otros, Eusebio Blasco, Ricardo



Mesa de la Sección de Literatura del Ateneo en el curso 1884-85 y en la Junta de Gobierno en 1898-99<sup>164</sup>, y don Eugenio, amigo desde las tertulias del Café Suizo en los primeros setenta<sup>165</sup>. Añadamos a todo ello que don Jacinto tenía al menos un cierto grado de familiaridad con Isidoro Fernández Flórez, *Fernanflor* (1840-1902), y con Luis Vidart (1835-1897).<sup>166</sup>

Por último, la dedicatoria autógrafa de un ejemplar de la segunda edición de *Lázaro*, que conservamos, al maestro Francisco Asenjo Barbieri (1823-1894) nos lo muestra próximo al músico, firmando, cercano, solo con su nombre de pila («A su ilustre amigo el maestro Barbieri.—Jacinto»). Lo que no es de extrañar, si recordamos que el citado don Francisco era el compositor de *Pan y toros*, la célebre y controvertida zarzuela con libreto de su tío José Picón.<sup>167</sup>

## 3.2. Los amigos

### 3.2.1. Clarín

De las amistades con sus coetáneos más o menos estrictos, situaremos en primer término la relación con Clarín (1852-1901), no solo por la importancia objetiva del personaje, sino también por el gran interés que presentan estos encuentros y desencuentros, de los que ofrecemos aquí algunos aspectos hasta hoy poco o nada conocidos.<sup>168</sup>

Al margen de algún escaqueo de escasa importancia, 1875 es el año en que se inician las carreras, de momento solo periodísticas, de estos dos jóvenes licenciados en Leyes, ambos de 22 años cuando se asoman a las tribunas respectivas de *El Solfeo*, en el caso del asturiano, y de *El Globo*, en el del madrileño. Y así, Leopoldo

---

de la Vega, José de Laserna, Ricardo J. Catarineu y Ramiro de Maeztu (J.A. Hormigón, *Valle-Inclán: biografía cronológica y epistolario*, I, p. 332).

<sup>164</sup> Véase F. Villacorta Baños, *El Ateneo Científico...*, pp. 223 y ss.

<sup>165</sup> Como antes indicamos siguiendo a J.G. López-Valdemoro, «De mis memorias...», p. 243.

<sup>166</sup> Se deduce la familiaridad aludida, en el caso de Fernanflor, a través de una de las cartas de Picón a Menéndez Pelayo (3-XII-1898), en la que, tras haber recibido una tarjeta de don Isidoro, don Jacinto va a visitarle a su casa (N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 271). Por cierto que, si se nos permite la anécdota, *Fernanflor* pasó a ser, en 1902 (a la muerte de Fernández Flórez), el nombre de la calle del Florín, en la que Picón vivió hasta mudarse a la Real Academia. En cuanto a Vidart, aparte algunas referencias de este a Picón de las que ahora prescindiremos, conservamos un ejemplar de la primera edición de *El enemigo* con dedicatoria autógrafa de Picón («Al ilustre publicista don Luis Vidart.—Picón») que perteneció a aquel.

<sup>167</sup> Debíó de ser amigo de la familia, como antes indicamos (apartado 1.1) siguiendo a Ortiz Picón.

<sup>168</sup> Véase nuestro artículo «Clarín y Picón: del desencuentro a la amistad», *Revista de Literatura*, LXVII, núm. 134 (julio-diciembre 2005), pp. 441-462, que extractamos y a la vez ampliamos en algún extremo. Por otra parte, sorprende el olvido de Picón y de estos avatares en el monumental trabajo de Yvan Lissorgues, *Leopoldo Alas, Clarín, en sus palabras (1852-1901)*. Biografía. Oviedo: Nobel, 2007.

do Alas, firmando con su nombre, publica en aquel periódico un artículo en el que escribe:

Me propongo, con la intención más sana, dedicar de vez en cuando algunas cuartillas a la literatura en estado de *canuto*, en connivencia con la Guardia Civil que persigue allá en los montes a los malhechores. Acción patriótica y desinteresada, que tal vez mis contemporáneos no estimen en todo lo que vale; pero yo me atengo... a la posteridad, tribunal de alzada para todos los genios ocultos.

Y hago bien porque la plaga va tomando proporciones alarmantes, y no habrá varita de las siete virtudes que pueda concluir con ella si se la deja tomar alas (esto es, llegar al estado de mariposa).<sup>169</sup>

Y pasa a la acción, con un «Primer caso» en el que vapulea sin piedad a un autor que no nombra, pero que es nuestro también jovencísimo don Jacinto, en su escrito titulado *La torre de la Vela*<sup>170</sup>. Se mofa en él de la que es una fantasía ciertamente trasnochada, mezclando apreciaciones justas con otras caprichosas y hasta falsas, retorciendo y manipulando más de una vez el texto para acomodarlo a sus chispazos de ingenio.<sup>171</sup>

Picón respondió indirectamente con un suelto sin firma en el que, «respetando el derecho que ejerce tan noblemente el crítico», ruega a este que «no incurra en la insignificante falta, sin duda involuntaria, de trastornar el orden de las palabras, cortar el sentido de las oraciones y atribuir al criticado frases que no aparecen impresas».<sup>172</sup>

No pasarán muchos días sin que Clarín toque a rebato para lamentarse de los «dimes y diretes» en que, muy a pesar suyo —escribe—, se ve metido «por un señor Picón que ha tomado a mal ciertos inocentes desahogos de mi pluma novel y un poco maliciosa»<sup>173</sup>; para protestar por el apelativo de «miserable crítico (el señor Picón me lo llama)», lo que es rigurosamente falso; designarle, chanceándose, «ilustre poeta», y, zumba va zumba viene, afearle dos errores de un artículo posterior<sup>174</sup>. Picón no respondió y Alas no volvió a ocuparse de él.

<sup>169</sup> Leopoldo Alas, «Los pentacrósticos. Primer caso», *El Solfeo*, I, núm. 15 (13-VI-1875). Tomamos el texto de nuestra edición en el Apéndice 2 de J.O. Picón, *Cuentos completos*, II, pp. 443-444.

<sup>170</sup> Jacinto Octavio Picón, «La torre de la Vela», *El Globo*, I, núm. 68 (7-VI-1875), pp. 269-270. Lo editamos también en nuestro artículo «Clarín y Picón...», pp. 456-461, y en el Apéndice 2 recién citado, pp. 439-443.

<sup>171</sup> Véase el detalle pormenorizado en E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, «Clarín y Picón...», pp. 443-444.

<sup>172</sup> *El Globo*, I, núm. 77 (16-VI-1875), p. 308.

<sup>173</sup> Leopoldo Alas, «Cartas provincianas. Los pentacrósticos (continuación)», *El Solfeo*, I, núm. 17 (27-VI-1875). Puede leerse en Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, V. Artículos (1875-1878)*. Ed. Jean-François Botrel e Yvan Lissorgues. Oviedo: Nobel, 2002, pp. 103-106.

<sup>174</sup> Las referencias, en E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, «Clarín y Picón...», p. 445.

No obstante, cuando el madrileño publica *Lázaro*, su primera novela, en 1882, envía a Clarín un ejemplar<sup>175</sup>, sobre el que Alas guardará silencio, al menos en público. Y no parece que su opinión sobre Picón se haya modificado, pues por entonces escribe a Yxart aconsejándole colaboradores para *Arte y Letras*: «Respecto de Arte declaro que yo no entiendo, y debe Ud. escoger mucho en esta materia, porque por desgracia en España no hay escritores que sepan hablar con originalidad de tal asunto. Hay aquí varios jóvenes (los Picón, Mourelo [?], Peña y Goñi, etc.) que unos de música, otros de pintura, escriben copiando o disparatando lindamente: huya Ud. de ellos»<sup>176</sup>. Lo que, más que un juicio, es un prejuicio del Clarín más caprichoso y atrabiliario, pues de ningún modo puede incluirse a Picón entre los que copian o disparatan.

Al margen de alguna otra opinión desdeñosa<sup>177</sup>, y a pesar de ella, lo cierto es que don Jacinto escribió a Alas (11-XII-1884) para mostrarle su pesar por el fallecimiento del padre de este, lo que conmovió al asturiano, quien no dudó unas semanas más tarde en recabar la opinión de Picón a propósito de *La Regenta*: «Mucho quisiera que Ud. se tomase el trabajo de leer el tomo, y si después de leído juzgaba que merecía decir algo de él, que lo dijese, o bien a mí, en particular; o, lo que yo preferiría, al público. [...] Tengo motivos especiales para desear conocer la opinión de Ud. Primero, el buen concepto que me merece su juicio, 2.º el saber lo que opina quien en tal materia profesa teorías muy parecidas a las mías. De las controversias ya supongo yo lo que puedo esperar». Y añade: «Tengo seguridad de que Ud. escribirá algo, si cree que *La Regenta* lo merece, sin acordarse de descuidos míos antiguos y de frialdades recientes».<sup>178</sup>

Y así fue. De la posterior carta de Alas deducimos que el madrileño publicó un suelto en *El Correo*, sin firma, que no puede ser sino este, del 26 de enero de 1885, una de las primeras reseñas, por cierto, de la novela:

*La Regenta*. Entre la gente de letras se sabía que una casa editorial de Barcelona tenía en su poder para publicarla una novela de Clarín, y la obra era esperada, por unos, con curiosidad, por otros, con verdadera impaciencia. La novela, que se titula *La Regenta*, se vende ya en las librerías y ha de ser objeto de gran-

<sup>175</sup> «He recibido varios libros en estos días, y de todos diré a ustedes algo, pero tomándome el tiempo necesario para leerlos. [...] He recibido *Lázaro* [...], por Octavio Picón», en Clarín, «Palique», *El Progreso* (11-VI-1882), reproducido ahora en Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, VI. Artículos (1879-1882)*. Ed. Jean-François Botrel e Yvan Lissorgues. Oviedo: Nobel, 2003, p. 1050.

<sup>176</sup> La carta, no fechada, debe de ser de julio de ese año 1882. La publicó Sergio Beser, «Siete cartas de Leopoldo Alas a José Yxart», *Archivum*, X (1960), pp. 385-397 (pp. 389-390; el interrogante es del transcriptor).

<sup>177</sup> E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, «Clarín y Picón...», p. 446. No volveremos a citar este artículo, en el que desarrollamos o fundamentamos buena parte de lo resumido a continuación.

<sup>178</sup> A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», p. 12.

des discusiones entre los literatos. El asunto del libro, su desarrollo, las costumbres que en sus páginas se reflejan, la tendencia que acusa y su estilo, han de proporcionar a *La Regenta* un éxito real y legítimo, pero que no sorprenderá seguramente a los que conocen a fondo las facultades de Clarín. Leopoldo Alas, al lanzarse al escabroso campo de la novela, demuestra el mismo talento e iguales condiciones de observador y de buen prosista a las que le han conquistado su envidiable reputación de crítico. Cuantos aquí siguen con interés el movimiento literario, saborearán con delicia *La Regenta*, y aun los que no se hallan conformes con su escuela ni con sus ideas, se verán obligados a rendir un tributo de admiración a la inteligencia y al ingenio de su autor. Ofrecemos a nuestros lectores ocuparnos detenidamente de este libro.<sup>179</sup>

Clarín le agradecerá no solo los elogios, sino «su noble y cariñosa conducta», se mostrará halagado por varias opiniones favorables que Picón le transmitía por carta, y conmovido cuando, dos meses después, lea en *El Correo* la que será una de las pocas críticas públicas de auténtico valor sobre la novela, la de Picón. En ella alaba el «talento extraordinario» del autor y sus dotes de observación, su alta originalidad y sobre todo la impecable arquitectura de la obra: «La novela surge del contacto de unos personajes con otros sin visible artificio, pero artísticamente planeada, tejida lenta y minuciosamente, a semejanza de esos chales de la India en que lo cuidadoso de la labor, hecha a menudos trozos, atrae primero las miradas y luego, cuando la tela se despliega, muestra un solo dibujo al cual todas las líneas secundarias se enlazan y todos los detalles obedecen como dispuestos armónicamente para dar realce a lo principal»<sup>180</sup>. Una de las pocas críticas, decíamos, porque, aunque no faltaron, Clarín se lamentó amargamente del silencio de los Pereda, Galdós, Menéndez Pelayo, Ortega Munilla, Pardo Bazán y Palacio Valdés. Ahora Alas escribirá radiante a Picón: «¿Necesito decirle lo muy agradecido que le estoy? [...] Su artículo de Ud. está hecho con amor, se ve allí la parcialidad del amigo, pero disimulada con el talento del crítico que al exponer un asunto sabe mejorarlo. El análisis es fino, penetrante, y los elogios, que son excesivos, hiperbólicos, están condimentados con cierto aire de imparcialidad que produce ilusión. Pero imparcialidad no la hay. Es artículo de amigo, diga Ud. lo que quiera. Quéjese quien deba, a mí me toca agradecerse de todo corazón».<sup>181</sup>

<sup>179</sup> «Al menudeo», *El Correo* (26-I-1885). Lo reproducen A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», p. 9, y María José Tintoré, «*La Regenta*» de Clarín y la crítica de su tiempo, Barcelona: Lumen, 1987, pp. 119-120.

<sup>180</sup> Jacinto Octavio Picón, «*La Regenta*. Novela de Leopoldo Alas (Clarín)», *El Correo* (15-III-1885). Reproducen el texto A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», pp. 17-20; Noël M. Valis, «Dos artículos olvidados sobre *La Regenta* de Clarín», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, XXXVII, núm. 109-110, (mayo-diciembre 1983), pp. 625-652 (el texto de Picón, en pp. 648-652), y M.J. Tintoré, «*La Regenta*» de Clarín y la crítica de su tiempo, pp. 120-126.

<sup>181</sup> Carta de 19-III-1885 (A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», pp. 12-13).

Desde este momento, la consideración de Alas hacia Picón comienza a variar. Es verdad que, en carta a Galdós, aún mostrará prevenciones: «Y Picón, gran alma, gran entusiasmo... es un sectario y... en fin, habría que tener cuidado con él»<sup>182</sup>. Pero leemos por entonces elogios —tibios y poco convincentes, pero elogios al fin y a la postre— de *Juan Vulgar*, la tercera de las novelas de don Jacinto (1885),<sup>183</sup> y de su autor<sup>184</sup>, así como diversas menciones más o menos favorables<sup>185</sup>; hasta el punto de que a comienzos de 1886 la relación personal parece incluso cálida. Escribe Clarín: «Tengo grandes deseos de darme una vuelta por ahí, y gran parte de mi ansiedad es por apretar una mano tan experta como leal y charlar con Ud. y otros pocos de tantas y tantas cosas».<sup>186</sup>

En todo caso, la alta opinión que don Jacinto tiene de Clarín no ha variado. Y así, en su esporádica sección de «Libros» de *El Correo*, hablará en mayo de 1888 de *Mis plagios*, o más bien de la segunda parte del volumen, *Un discurso de Núñez de Arce*, no solo para elogiar con calor la defensa que hace Alas del naturalismo, compartiendo sus puntos de vista, alabando su erudición al argumentar sobre la novela como género y su fortuna al tratar sobre la prosa y el verso, sino para calificar de admirable su exposición y concluir con estas palabras tan favorables como clarividentes: «Clarín es al mismo tiempo un crítico notabilísimo y un escritor satí-

<sup>182</sup> Se refiere a los posibles colaboradores de *La República de las Letras*. La misiva, en Soledad Ortega, *Cartas a Galdós*, Madrid: Revista de Occidente, 1964, p. 233. A pesar de que la editora da la fecha del 3 de julio de 1883, parece indudable, como vio Amorós, que en el año debe de haber errata, y tratarse de 1885, pues tanto el orden de las cartas como el contenido de esta así lo abonan.

<sup>183</sup> Carta de 21-V-1885 (A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», p. 13).

<sup>184</sup> En una modestísima nota al pie que, para su edición en libro (*...Sermón perdido*), añade en su reseña de *El idilio de un enfermo*, de Palacio Valdés. En ella, y tras citar en el texto a Ortega Munilla y al propio Palacio como «los dos únicos [jóvenes] que hasta ahora han dado pruebas de ser novelistas verdaderos», apostilla: «Después de escrito este artículo, ha publicado J.O. Picón, reputado crítico, dos novelas muy bien recibidas por el público, *La hijastra del amor* y *Juan Vulgar*, revelando dotes muy dignas de aprecio. Vaya esto como rectificación de lo que se lee en el texto. Y no digo más, porque no crea la malicia que pago aquí deudas de gratitud». Citamos a Clarín (Leopoldo Alas), *...Sermón perdido*, Madrid: Fernando Fe, 1885, p. 237, ahora reproducido en Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, IV. Crítica (Primera parte)*. Ed. de Laureano Bonet, con la colaboración de Joan Estruch y Francisco Navarro. Oviedo: Nobel, 2003, p. 598.

<sup>185</sup> En su reseña de *Le naturalisme en Espagne, La Ilustración Ibérica*, III, núm. 143 (26-IX-1885), p. 614, y núm. 144 (3-X-1885), pp. 631 y 634, luego reproducido en *Mezclilla (crítica y sátira)*, Madrid: Librería de Fernando Fe, 1889, pp. 319-328; en este texto, decimos, se muestra de acuerdo con la opinión favorable que de Picón expresa Savine. Se ha publicado modernamente en la edición de *Mezclilla*, prólogo de Antonio Vilanova, Barcelona: Lumen, 1987, pp. 267-273, y en Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, IV. Crítica (Segunda parte)*. Ed. de Laureano Bonet, con la colaboración de Joan Estruch y Francisco Navarro. Oviedo: Nobel, 2003, pp. 1280-1285. Por otra parte, en un «Palique» de *Madrid Cómico*, VI, núm. 154 (30-I-1886), da cuenta de lo que escriben por entonces Palacio Valdés, Pereda, Galdós y Picón, lo que supone implícitamente alinear al autor junto a los grandes. Véase el texto en Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, VII. Artículos (1882-1890)*. Ed. Jean-François Botrel e Yvan Lissorgues. Oviedo: Nobel, 2004, pp. 562-565.

<sup>186</sup> Carta de 23-I-1886 (A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», p. 16).

rico de primer orden: confieso que me gusta más cuanto es mayor en cada uno de sus trabajos la separación que establece entre ambas personalidades»<sup>187</sup>. Lo mismo unos años después, en 1894, cuando la publicación del libro *Literatura extranjera*, de Enrique Gómez Carrillo, vuelve a unirlos. El joven escritor guatemalteco dedicó la obra a Clarín, razón por la cual este juzgó que no debía ser él quien escribiese el prólogo. Así lo revela don Jacinto, que será al fin el encargado de redactarlo: «Al dedicar V., amigo Gómez Carrillo, *Literatura extranjera* a Leopoldo Alas, creyó este que no debía escribir el prólogo, acordando ambos que yo lo hiciera; a lo cual me presté gustoso por ver mi nombre honrado en compañía de los suyos». Y continúa con un encendido elogio de Clarín que evidencia una vez más la admiración que Picón le profesa:

Quien sale perdiendo es V., porque el literato que se ampara de otro debe procurar que tenga gran prestigio, y el de Leopoldo es indiscutible. Con su autoridad, y a propósito de V. y su libro, hubiera escrito unas cuantas cuartillas llenas de ideas hondas, propias del caso, y cuajadas de esos rasgos de ingenio merced a los cuales expresa cuanto quiere en la medida que se lo propone. Su ilustración, su facultad de exponer claramente lo mucho que sabe y su poderoso talento para defender lo que patrocina o atacar lo que condena, le han creado la reputación que tiene. Porque no solo es excelente novelista y pintor de costumbres —díganlo *La Regenta* y ¡Adiós, Cordera!— sino que además de las cualidades que para ello hacen falta, posee el arte maravilloso de descubrir y analizar las condiciones e índole de los escritores, determinando el parentesco intelectual que hay entre ellos. Es de los afortunados que saben buscar en el pensamiento ajeno, estudiando, con sujeción a ideas propias, lo que otros discurren; de suerte que casi siempre persuade, y cuando no lo consigue deleita con lo que dice y por el modo de decirlo. En él la sensibilidad del artista no merma la serenidad del crítico: percibe la belleza conservando calma para meter en ella el escalpelo.<sup>188</sup>

Por entonces la amistad parece ya por fin encauzada, como lo muestran las alusiones relativamente abundantes —y relativamente elogiosas— de Picón hechas por Alas. Así lo comprobamos en la mención de los críticos relevantes que han escrito en los periódicos sus artículos de teatros —a propósito del estado de la literatura en la prensa—, entre los que cita a Picón junto a Balart, Revilla, Cañete, Larra, García Cadena y Sánchez Pérez<sup>189</sup>, y, sobre todo, a raíz del fracaso de su

<sup>187</sup> Jacinto Octavio Picón, «Libros. Folletos literarios. Mis plagios», *El Correo* (6-V-1888).

<sup>188</sup> J.O. Picón, «Prólogo» a E. Gómez Carrillo, *Literatura extranjera. Estudios cosmopolitas*, cit., pp. III-IV. El texto de Picón va fechado en octubre de 1894.

<sup>189</sup> «Palique», *Madrid Cómico*, XVIII, núm. 626 (16-II-1895). Reproducido en Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, IX. Artículos (1895-1897)*. Ed. Yvan Lissorgues y Jean-François Botrel. Oviedo: Nobel, 2005, pp. 68-72. Por otra parte, la revista *Madrid Cómico* (1880-1923) ha sido digitalizada re-

*Teresa* (20-III-1895), que tanto encorajinará al asturiano, y del que conservamos una referencia privada y varias públicas, todas ellas en la misma línea.

En efecto, y por un lado, una carta de Clarín a Lluís París nos muestra a don Jacinto no solo entre quienes apoyaron al asturiano, sino formando parte de su círculo de amistades y del selecto grupo de personas cuyo juicio es estimado por Alas: «Yo vuelvo al teatro, por supuesto. A los ocho años ya hacía comedias; las hice hasta los 22; las dejé y ahora *vuelven ellas solas* con gran fuerza, juicio, plan, propósito firme y hondo y precisado. Me animan Echegaray, Galdós, Balart, Picón, etc., etc. ¿Por qué no?»<sup>190</sup>. Por otro lado, en varios artículos de estas fechas repite el argumento —y el lamento— de que los críticos que se ocuparon del estreno fueron «los ilustres Arimón (de *El Liberal*), *Un cualquiera* (de *La Justicia*), *P.* (de *El País*), *P. Pitín* (de no recuerdo qué periódico conservador) y otras eminencias que no he leído». Por el contrario:

Figurémonos que en los periódicos hubieran hablado en vez de Arimón... Balart; en vez de *P. Pitín*... Menéndez Pelayo; en vez de *P.*... Pérez Galdós; en vez de *N.*... Picón; en vez de *Y.*... Echegaray. Pues el público hubiera ido a la segunda representación y hubiera ido mejor orientado.

Y en todo caso, me hubiera quedado el consuelo de que si a ciertas gentes no, *Teresa* habría agradado a los primeros hombres de nuestra novela, de nuestro teatro.

Y... bien mirado, este consuelo me queda. Porque algo suenan Echegaray, Menéndez y Pelayo, Balart, Picón, Lucinda Simoes, María Guerrero, grandes actrices, grandes dramaturgos, grandes críticos.<sup>191</sup>

En términos parecidos se expresa en sendos artículos o cartas que publicó en *El Imparcial* (1-IV-1895), *Heraldo de Madrid* (10-IV-1895), *Madrid Cómico* (13-IV-1895), *El Liberal* (14-IV-1895), *La Publicidad* (24-IV-1895) y *Las Novedades* (25-IV-1895), en todos los cuales cita a Picón con elogio, explícito o implícito —con tanto elogio como interés, si hemos de ser sinceros—, y que vienen a dar fe, por su vehemencia y su abundancia, de la herida que el fracaso había abierto en su orgu-

---

cientemente en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de Madrid: <<http://hemerotecadigital.bne.es/>>.

<sup>190</sup> Carlos Clavería, «Una nueva carta de Clarín sobre *Teresa*», *Hispanic Review*, XVIII, núm. 1 (january 1950), pp. 163-168 (p. 165). Reproduce la misiva, en el contexto del estreno de *Teresa*, Guillermo Guastavino, «Algo más sobre Clarín y *Teresa*», *Bulletin Hispanique*, LXXIII, núm. 1-2 (janvier-juin 1971), pp. 133-159 (p. 136). Va fechada el 6-IV-1895, 17 días después de la puesta en escena de la obra.

<sup>191</sup> «Carta de Clarín», *El Comercio* (28-III-1895). Citamos de Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, IX. Artículos (1895-1897)*, pp. 103-105. Lucinda Simoes (1850-1928), como anotan Lissorgues y Botrel, fue una célebre actriz portuguesa que representó con éxito en los escenarios madrileños del momento.

llo<sup>192</sup>. Valdrá la pena reproducir el pasaje más significativo de la «Revista literaria» de *Las Novedades*, en el que pide justicia para su drama:

Y para este recurso de alzada no tengo malos abogados.

Echegaray, que desde el primer día apadrinó mi *Teresa*, de la que hace elogios que ni yo puedo creer que merece; Galdós, que asegura ver en mi obra *cada vez más cosas buenas*, como agua que se va aclarando más cada día (son sus palabras); Balart, que después de ver un ensayo me abrazaba y me decía: «No sé lo que dirá el público, pero yo le aseguro que esto es dramático y es muy hermoso; mi enhorabuena; usted sirve para el teatro»; Picón que me escribía: «Vengo del ensayo; no sé lo que hará el público, pero quisiera ser el autor de esta obra en que hay tan buen naturalismo unido a tanto sentimiento»; Lucinda Simoes, la ilustre actriz portuguesa, que no quería, en el ensayo, que se quitase nada y elogiaba con calor «la delicadeza y el sentimiento hondo y fino de la obra»; María Guerrero, que la representa con entusiasmo y me escribía: «Lo que yo veo en *Teresa*... ¡Oh, si pudiera expresarlo!».

Con tales abogados y otros así que no cito ¿cómo he de rendirme ante los ataques de leguleyos que firman: Arimón, *Don Cualquiera*, *P. Pitín*, P.Y.X., etcétera, etcétera?<sup>193</sup>

Por tanto, a mediados de los noventa Clarín considera positivamente a Picón en dos aspectos: como amigo y como crítico relevante. Lo que resulta recíproco —tal vez no haga falta indicar—, pues a las alabanzas de don Jacinto al crítico y al escritor ya leídas, cabe añadir las palabras de un artículo de *El Imparcial* del 31 de agosto de 1896, en que de manera incidental se refiere a «mi amigo Leopoldo Alas»<sup>194</sup>.

La relevancia del Picón crítico menudea relativamente en los escritos periodísticos del Clarín de estos años. Y si bien el juicio no es constante, en el sentido de que da la impresión de que Alas no lo sitúa entre los primerísimos<sup>195</sup>, sí parece colocarlo entre los primeros, como se desprende de un «Palique» de marzo de 1896 en que se lamenta de que los mejores críticos se cansen y dejen la labor, y cita a Valera, Balart, Pardo Bazán, Palacio Valdés, Picón y Cavia<sup>196</sup>; o de una «Revista literaria» de abril de 1899, en la que, dentro de su crítica de *La alegría del capitán Ribot* de

<sup>192</sup> *Obras completas*, IX. *Artículos (1895-1897)*, cit., pp. 109-115, 115-118, 118-124, 125-126, 132-137 y 141-145.

<sup>193</sup> «Revista literaria», *Las Novedades*, núm. 685 (25-IV-1895), que citamos por la edición de Lis-sorgues y Botrel en *Obras completas*, IX. *Artículos (1895-1897)*, p. 144.

<sup>194</sup> Se trata del artículo «El último libro de Menéndez Pelayo», que apareció en «Los Lunes de El Imparcial» de esa fecha.

<sup>195</sup> Ello se deriva del examen de los artículos clarinianos de estos años finales de la vida del asturiano (1895-1901), recogidos en los tomos IX y X de sus *Obras completas* que vamos citando y citaremos aún.

<sup>196</sup> «Palique», *Heraldo de Madrid* (3-III-1896). En *Obras completas*, IX. *Artículos (1895-1897)*, pp. 509-512.



Palacio Valdés, hace un excursus para preguntarse: «¿Es que no hay en España críticos capaces de dirigir el gusto, de ilustrar la opinión, imparciales y serios, que no esperan para juzgar a deber favores o adulación al artista?». A lo que se responde, en línea con lo antes apuntado, que los hay, pero no ejercen. Y menciona los casos de Valera, Balart y Menéndez Pelayo, a los que disculpa; y los de Pardo Bazán y Picón, a quienes riñe afectuosamente: «Los que no tienen disculpa son doña Emilia Pardo Bazán y Picón, que en otro tiempo trabajaban con empeño no interrumpido en la crítica del momento y que ahora parecen como renegar de tan ímprobo trabajo»; para agregar, en lo que respecta a don Jacinto, la primera alabanza explícita que leemos de su pluma: «Picón, que tan sereno, perspicaz e imparcial se mostraba siempre, que tanto animaba al compañero con su afectuosa facultad admirativa, Picón escribe hoy cuentos y otras cosas excelentes, pero no sigue el movimiento literario en publicación alguna».<sup>197</sup>

Estos «cuentos y otras cosas excelentes» —donde, conociendo los recovecos del endiablado ingenio de Alas, no acaba de quedar claro si los *cuentos* pertenecen o no también a la categoría de lo *excelente*, o son solo las *otras cosas*, pero vamos a querer creer que sí— constituyen la única mención elogiosa del Picón narrador. Nótese sin embargo que, desde que en 1885 se había referido a sus «dotes muy dignas de aprecio»<sup>198</sup>, las novelas y cuentos de don Jacinto no han merecido ni un mísero rincón de un «palique», «revista mínima», «folleto literario» o reseña a secas, y eso que en este largo período el madrileño ha publicado tres novelas: *El enemigo* (1887) *La honrada* (1890) y *Dulce y sabrosa* (1891), y tres volúmenes de cuentos: *Novelitas* (1892), *Cuentos de mi tiempo* (1895) y *Tres mujeres* (1896). Nada que ver, pues, con la atención que el asturiano presta en su

<sup>197</sup> Todo ello, en «Revista literaria», *El Imparcial* (9-IV-1899), que citamos por Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, X. Artículos (1898-1901)*. Ed. Yvan Lissorgues y Jean-François Botrel. Oviedo: Nobel, 2006, pp. 380-387. Dos años y medio antes, también había asomado Picón en un «Palique» en el que Clarín se aplicaba a fulminar el libro de Salvador Canals *El año teatral* (1896), con prólogo de don Jacinto, como vimos en su momento (nota 62), en el que contrastaba las «herejías» de Canals, su «vulgarísima y superficial doctrina» en «gárrula prosa», con «el hermoso y muy bien pensado prólogo de Jacinto Octavio Picón [...] breve pero sustancioso [...] serio y noble», de un Picón «siempre benévolo, demasiado bondadoso quizá» («Palique», *Madrid Cómico*, XVI, núm. 714, 24-X-1896, ahora en *Obras completas, IX. Artículos (1895-1897)*, pp. 723-729, por las que citamos: pp. 723-724). Volverá Clarín a oponerse a Canals, y a implicar a Picón con su argumento de autoridad, en febrero de 1898 a propósito de la controvertida retirada de Sellés de su *Cleopatra* —asunto en el que no cabe entrar aquí— de la escena del Teatro Español: «La vanidad de ese Canals famoso podía creer muy poca cosa la opinión contraria de Clarín; hasta podía despreciar la de Picón, igual a la mía, y la de casi todos los que trataron el asunto, verbigracia, Fernández Shaw, Laserna, Kasabal, Zeda, Solís, Soriano, Auriolles, y aun Ledesma y Delgado que dejan a salvo el acierto de Sellés; pero ¿se atreverá Canals con Valera, que vota con la mayoría? ¡Ya lo creo que se atreverá! Estos Canales críticos son así, los críticos más frescos». Citamos a Clarín, «Revista mínima», *La Publicidad*, núm. 6944 (9-II-1898), a través de *Obras completas, X. Artículos (1898-1901)*, pp. 93-96 (p. 95).

<sup>198</sup> Véase, aquí mismo, nuestra anterior nota 184.

crítica a las creaciones no ya de Galdós, Valera o Pereda, sino de Pardo Bazán o Palacio Valdés. En este sentido, resulta esclarecedora la visión de conjunto — última, única y definitiva— que Clarín consagra a nuestro autor en su colaboración francesa de 1900 en la *Nouvelle Revue Internationale* —que, una vez más, hemos conocido en la impagable edición de Lissorgues y Botrel de sus *Obras completas*—, y en la que se entreleen los equilibrios de Alas para elogiar al amigo sin traicionar su propio criterio:

Jacinto Octavio Picón est un travailleur persévérant, un écrivain correct, un homme convaincu, un artiste sérieux, et son long labeur de romancier a conquis l'attention et la faveur du public. Il aime la bataille, il s'inspire du mouvement moderne lorsque celui-ci arrive à le convaincre, mais le fait sans imitation servile; et bien que de tous ces écrivains il soit celui qui tient plus à l'école, à la tendance, il n'a d'ennemis dans aucune, parce qu'il possède le don de se faire admirer, sans protestations, par ceux-là même dont il attaque l'idéal.<sup>199</sup>

Todo ello, en un panorama sobre los novelistas contemporáneos, en que trata, en este orden y sobre todo, de Valera, Pereda, Palacio Valdés, Ortega Munilla, Picón, Pardo Bazán, Coloma y Galdós, advirtiéndole que ha dejado a conciencia para el final a «notre premier romancier». Antes, ha esbozado una breve visión de conjunto del cuento, género en el que «nous avons aussi actuellement des pages dignes d'être lues», y va apuntando rápidamente a Pardo Bazán, Valera, Pereda, Galdós, Palacio Valdés, Coloma, Castro y Serrano, Fernanflor, Fernández Bremón, Urrecha, Rodríguez Chaves, Altamira y Valbuena. Junto a Picón, del que escribe: «Picón vient de réunir sous le titre de *Cuartos* [*sic*, por *Cuentos*] *de mi tiempo* des travaux de ce genre très opportuns et très bien écrits». A la que debe añadirse, a propósito del famoso concurso de cuentos de *El Liberal* de 1900, una tan leve como palmaria mención del renombre del Picón cuentista: «¿Qué significaría para la fama de un Echegaray, de un Armando Palacio, de una Emilia Pardo Bazán, de un

<sup>199</sup> Leopoldo Alas (Clarín), «Le mouvement littéraire contemporain», en *L'Espagne*. Numéro spécial encyclopédique de la *Nouvelle Revue Internationale*. Paris (2.º semestre de 1900). Citamos, aquí y a continuación, de *Obras completas, X. Artículos (1898-1901)*, pp. 790-810 (pp. 797 y 798, respectivamente). Redactado mucho antes de su aparición —seguramente en 1898, como parece indicar alguna alusión de la posdata que lo cierra y en la que no nos detendremos—, el artículo presenta, tal como advierten los profesores Lissorgues y Botrel, una traducción muy imperfecta, con una sintaxis castellanizante, que quizá haya advertido el lector, tributaria del original español, hoy perdido. Por cierto que el propio Picón colaboró también en este número especial con dos artículos, «La Patrie et la jeunesse» y «Le Roman espagnol» (véase N. Valis, «Adiciones a una bibliografía de y sobre Jacinto Octavio Picón», p. 168), y sobre este último escrito se detendrá Clarín en su «Palique» del *Heraldo de Madrid* (núm. 3530, 12-VII-1890): «Siento que Picón, en sus notables párrafos acerca de la novela, no haya dicho algo de la nuestra actual, citando nombres propios». Leemos una vez más de *Obras completas, X. Artículos (1898-1901)*, p. 811.

Picón, verbigracia, el premio de *El Liberal*? Poca cosa. En cambio, para un literato novel sería una satisfacción muy grande».<sup>200</sup>

La corta vida de Alas aún alcanzará para dar testimonio de dos de los principales logros de Picón en estos años: la publicación del *Velázquez* y su ingreso en la Academia de la Lengua. De ello escribirá no solo en sus últimas cartas a don Jacinto<sup>201</sup>, sino también en la prensa. Ya antes se había mostrado favorable a la candidatura de Picón<sup>202</sup>, y este, el de la Academia, será el tema único de su carta postrera, del 17 de abril de 1900, en que aplaude la idea del autor de *Dulce y sabrosa* de consagrar todo su discurso a la figura de Castelar, sobre la que se extiende, para esgrimir algún reparo a que sea Valera quien le conteste, por la diferencia de temperamento entre don Juan y don Emilio («Acaso hubiera hecho una cosa más de corazón Echegaray»)<sup>203</sup>. También será el tema de su último artículo dedicado a Picón, al que ahora aplaude sin rodeos.<sup>204</sup>

Lo que nos lleva a una curiosa constatación. Este último artículo no pasa de ser la segunda ocasión en que Clarín, en su dilatadísima obra periodística y crítica, consagraba por entero un escrito a Picón. Desde las inmisericordes sátiras de «Los pentacrósticos», Alas no había ido más allá de la alusión incidental, y ello plantea una singular disimetría, que refleja bien el cambio operado en uno y otro. Ciertamente Picón es ahora mejor escritor —para Alas sólo «correcto», como hemos

---

<sup>200</sup> «Palique», *Heraldo de Madrid* (22-I-1900), que citamos de *Obras completas, X. Artículos (1898-1901)*, p. 616. Clarín aboga, como se ve (y al margen de las bases del concurso), por reservar premios de esta clase para autores desconocidos. Sobre la polémica y el éxito espectacular de este concurso —que ganó José Nogales con *Las tres cosas del tío Juan*, del que quedó finalista Emilia Pardo Bazán con *La chucha*, y al que se presentaron nada menos que 667 originales—, véase simplemente A. Ezama Gil, *El cuento de la prensa y otros cuentos*, pp. 28-30.

<sup>201</sup> A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», pp. 16-17.

<sup>202</sup> En 1898, a raíz de la vacante de Fabié que acabaría ocupando Ferrari, reivindicaba la entrada de algún poeta cómico (Ramos Carrión, sobre todos), sin hablar «de escritores de varios géneros y de mucha más sustancia que Ferrari, como el *decano* Sánchez Pérez, el ilustradísimo y sereno Picón y otros muchos» («Palique», *Madrid Cómico*, XVIII, núm. 807, 6-VIII-1898, ahora en *Obras completas, X. Artículos (1898-1901)*, cit., p. 214). Más tarde, y al hilo de su aprobación de la candidatura de Ortega Munilla: «Como también me pareció de perlas que Picón, el crítico erudito, el escritor correcto y el amigo noble y leal, corazón de oro, que jamás conoció la envidia, ocupase el sillón que dejó vacío la gran desgracia nacional, la muerte de Castelar, *inmortal* de veras» («Candidatos», *El Español*, núm. 384, 16-I-1900, también en *Obras completas, X*, p. 608).

<sup>203</sup> A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», p. 17.

<sup>204</sup> «Aunque sea ya acontecimiento lejano la solemnidad académica en que Jacinto Picón leyó su discurso de ingreso en la Española, el discurso mismo no se ha hecho viejo, ni es tarde para dedicarle, siquiera sea en pocas palabras, el elogio que merece. Está bien escrito, en el tono propio del caso, pero sin amaneramientos hieráticos de ese fetichismo que algunos quieren agregar a la tradición literaria. [...] Bienaventurado Picón, tan noble y sincero como el genial vallisoletano». Citamos su «Revista literaria», *El Imparcial* (16-VII-1900), ahora reproducida en *Obras completas, X. Artículos (1898-1901)*, pp. 815-817.

visto—, pero Clarín es mejor persona, más humano, más comprensivo<sup>205</sup>. La admiración de Picón hacia Clarín, pero sobre todo su generosidad y nobleza, que este experimentará en tres momentos clave de su vida personal y literaria —la muerte de su padre, la aparición de *La Regenta* y el descalabro de *Teresa*—, harán que Alas acabe viendo en don Jacinto al hombre por encima del escritor. No siempre es posible separar vida y literatura. Ni siquiera para Clarín.

### 3.2.2. Menéndez Pelayo

Una de las amistades más intensas y duraderas que alcanzó el Picón adulto fue la de don Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), el sabio montañés, con quien sostendrá una dilatada relación epistolar, que si bien se centra en cuestiones y actividades literarias, intelectuales y sobre todo académicas, se abre en más de una ocasión a la confidencia personal y hasta la efusión sentimental<sup>206</sup>. Se trata de un conjunto importantísimo, considerado sobre todo del lado de Picón, en el que, entre otros aspectos, se evidencia una vez más cómo las diferencias ideológicas, abismales, no constituyen obstáculo para fundamentar no ya la relación personal, sino la amistad, la confianza y el cariño. Es algo parecido a lo que sucedió entre Galdós y Pereda, por citar el caso quizá más conocido. Por otra parte, y ahora desde Menéndez Pelayo, muestran que el tópico que presenta al personaje poco menos que como martillo de progresistas de toda especie, debe ser matizado. Bastaría comprobar cómo en los tejemanejes académicos don Marcelino se alinea prácticamente siempre con el bando liberal: el de Galdós, Picón, Balaguer, Echegaray, Sellés, Fernanflor y otros.

Parece posible que el conocimiento entre Picón y Menéndez se trabase en el Ateneo de Madrid, institución a la que ambos pertenecían en los años ochenta<sup>207</sup>.

---

<sup>205</sup> «Polémiste quinteux et injuste, dont l'esthétique semblait composée plutôt de penchants et d'aversiones que de principes solides» («Polemista caprichoso e injusto, cuya estética parecía compuesta de propensiones y aversiones más que de principios sólidos») dijo de él Albert Savine, *Le naturalisme en Espagne*, p. 27.

<sup>206</sup> Recuérdese que fue don Marcelino quien leyó el discurso de recepción de Picón escrito por Valera. En cuanto al epistolario, debemos su publicación a N. Valis, «Una correspondencia académica...», cit. pp. 255-309. Contiene las 67 cartas de Picón conservadas por don Marcelino (pp. 262 y ss.), precedidas de un breve pero jugoso estudio de la hispanista norteamericana (pp. 255-261); todo ello, del máximo interés para nosotros, habida cuenta de que en el colosal conjunto del epistolario completo de don Marcelino (Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario*, edición al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo, Madrid: FUE, 1982-1991, 23 vols.) se da la referencia de estas cartas y su contenido, pero no siempre el texto.

<sup>207</sup> Y continuarían perteneciendo. De hecho ambos participaron en la Junta de Gobierno o en la Mesa de la Sección de Literatura en varios momentos, especialmente don Marcelino, que fue presidente de la Sección de Literatura (1886-1887), vicepresidente de la Junta de Gobierno en dos largas etapas (1892-1896 y 1898-1903), y frecuente conferenciante y profesor en la institución. Picón, como

De hecho, la primera carta que conservamos es la respuesta de don Jacinto a la invitación de Menéndez Pelayo para dar una conferencia en esta institución a principios de 1887. Pero es desde 1894 cuando se intensifican, para alcanzar a dar cuenta de una relación que solo quedará interrumpida con la muerte del gran polígrafo santanderino en 1912.

Seguir en ellas los tratamientos y las formas de nominación —propias y ajenas: del remitente y del destinatario— resulta esclarecedor. Así, la fórmula de saludo pasa en Picón del «muy Sr. mío y de toda mi consideración» de la carta inicial, al «mi muy querido amigo», «mi querido amigo», «ilustre y querido amigo mío», «mi querido amigo y maestro», «mi siempre querido amigo», «mi muy querido amigo y compañero», y llega hasta el «querido Marcelino», que emplea alguna vez a partir de 1901. Y aunque el tratamiento sea siempre de usted, como era normal en la época fuera de la relación de mucha proximidad, el llamarle a veces sólo con el nombre de pila revela un importante grado de confianza. Asimismo, don Jacinto pasará de firmar «Jacinto Octavio Picón», «J.O. Picón» o «Picón», al «Jacinto» que empleará predominantemente también desde 1901, y a declararse no ya «su invariable amigo» o «su apasionado amigo», sino incluso nada menos que «su mejor amigo».<sup>208</sup>

No entraremos en lo que esta correspondencia tiene de «académica», como indicó Valis —y que en lo concerniente al interés de Picón por ingresar en la de la Lengua ya hemos reseñado más arriba—, salvo para dejar señalado cómo pedirá ayuda a Menéndez Pelayo para poder acceder a la de Bellas Artes en 1901.<sup>209</sup>

A pesar de su juventud —don Marcelino era cuatro años menor—, Picón le consideró su maestro en cuestiones de erudición e historia literaria. Valga este ejemplo, por cierto de la última carta de Picón, solo dos meses antes de la muerte del santanderino:

Por el correo, y certificado, le envío uno de los diez ejemplares que se han impreso en papel fino de la *Guerra de Cataluña*, con introducción mía. Mucho me alegraré de que V. la lea y me señale cuantos errores encuentre en sus páginas, que no serán pocos. Mas tenga en cuenta que es la primera vez que hago un trabajo de esa índole.

---

quedó apuntado, fue vicepresidente (1884-1886), presidente (1895-1896) y secretario 3.º (1900-1901) de la Sección de Literatura, bibliotecario de la Junta de Gobierno y secretario 4.º de la Sección de Ciencias Históricas (ambos cargos en el curso 1898-1899). Véase F. Villacorta Baños, *El Ateneo Científico...*, en especial el Apéndice de pp. 223-239.

<sup>208</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 291 (carta de 12-VII-1904).

<sup>209</sup> Lo que conseguirá, como se expuso antes. Véase la carta 27 de Valis, «Una correspondencia académica...», pp. 279-280. Sobre la Academia de la Lengua —desde el fallido intento de Picón en otoño del 98 hasta, una vez en su seno, recomendaciones para otros e intrigas varias— versan las cartas 13-15, 22, 52-56, 58 y 59.

Como la *Biblioteca de Clásicos* es de vulgarización, y no para sabios, me he atrevido: pero [?] si V. me dice que ni aun así puede perdonárseme, entonces, no lo volveré a hacer. La verdad es que cuesta menos escribir cuentos y novelas.<sup>210</sup>

De hecho, como decíamos, Picón otorga con frecuencia a su corresponsal el tratamiento de *maestro*. Pero no nos hallamos ante una relación estricta entre maestro y discípulo, sino ante otra propia de dos amigos. Comprobamos o intuimos, por ejemplo, cómo en varias ocasiones Menéndez Pelayo acepta peticiones o sugerencias de Picón. Y sobre todo observamos que las referencias familiares y las confidencias personales traspasan con mucho el ámbito intelectual, literario o académico. No solo Picón envía a don Marcelino el pésame con motivo de la muerte de sus padres —en mayo de 1899 y septiembre de 1905—, sino que con frecuencia le encarga recuerdos para su hermano Enrique —y para su madre, en vida de esta—, o de los propios hijos de don Jacinto; otras veces se interesa por su salud —un ataque de reuma en septiembre de 1904—, como en su carta final, que vale la pena transcribir: «Creo inútil decirle cuán grande ha sido mi satisfacción al saber que está V. mejor y que pronto, si ya no lo ha hecho, volverá a su vida ordinaria. Ni un día ha pasado sin que yo preguntase por V. a cuantas personas suponía que podían darme noticias de cómo iba recobrando la salud» (16-III-1912, pp. 308-309). Le confiesa su intranquilidad ante el parto de su hija (12-VII-1904, p. 290) y su alborozo tras el feliz alumbramiento (23-VII-1904, p. 292, y 1-X-1904, p. 293). Y conocemos, a través de estas misivas, que se visitaban: don Jacinto, en sus veraneos, va a ver en más de una ocasión a don Marcelino a su casa de Santander (cartas de 4-VII-1898, 20-VII-1898 y 26-VIII-1899, por ejemplo), o se encuentran en Madrid: «No podemos almorzar juntos el domingo, como yo deseaba y anoche le propuse a V. Queda, pues, aplazado el arroz» (carta de 18-X-1901, p. 283). Ortiz Picón, el nieto de don Jacinto, recuerda en sus memorias, de manera borrosa pero indubitable, cómo don Marcelino «siempre degustaba de sobremesa una copita de ojén».<sup>211</sup>

Amistad, y amistad profunda, sin duda. Un par de confirmaciones finales sobre ella, que proceden, téngase en cuenta, de un hombre mesurado y reservado hasta el extremo. Esto escribe para acompañar el envío de sus publicaciones, que don Marcelino debió de solicitarle:

---

<sup>210</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 309 (carta de 16-III-1912). En adelante, incluimos en el texto, entre paréntesis, las referencias de las páginas de este epistolario. El escrito al que Picón alude es su introducción a Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, cit.

<sup>211</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 31.

Querido Marcelino: Ahí va todo lo que he publicado, con pocos adjetivos en las dedicatorias, porque ni el respeto que tengo al escritor ni el cariño que he tomado al hombre caben en fórmulas cursis y manoseadas.

Ya sabe V. que le quiere su afectísimo

Jacinto.<sup>212</sup>

Y esto para felicitarle el Año Nuevo de 1909:

Mi siempre querido amigo: No vaya V. a creer que porque no le he puesto el día primero el acostumbrado telegrama ni porque no le haya escrito estos días, le he echado en olvido. Esté V. seguro de que al pensar en las personas a quienes más quiero, para desearlas toda clase de venturas, me he acordado preferentemente de V.; pues si de mi voluntad dependiera no habría hombre sobre quien lloviese más salud ni mayor prosperidad. Harto sabe V. que si le admiro como todos le quiero y considero como ninguno.<sup>213</sup>

A ellas podemos agregar aún otra más, indirecta, ahora del lado de don Marcelino, como lo es el hecho de que este regalase a Picón el manuscrito autógrafo del *Tratado de los romances viejos*, correspondiente al tomo undécimo de la *Antología de poetas líricos castellanos: desde la formación del idioma hasta nuestros días*, publicado en libro en 1903.<sup>214</sup>

Hermosa página, esta de la amistad entre el «católico a machamartillo» y el «sectario» que manifiesta «odio ingénito a la tradición y a la autoridad en todas sus fases», por decirlo tan cruda como injustamente con el padre Blanco García.<sup>215</sup>

### 3.2.3. Otros amigos y compañeros: escritores, académicos, pintores...

No sabemos demasiado de su relación —que sin duda existió en mayor proporción de la que nos aparece como evidencia— con otros narradores de su generación, excepción hecha, en parte, de José Ortega Munilla (1856-1922), el famoso director de *El Imparcial* y otro de los novelistas *menores* del momento, según la consideración crítica habitual.

Ortega fue uno de los más firmes defensores de Picón desde su *Lázaro* de 1882, cuando le augura «público y gloria»<sup>216</sup>. Anuncia y reseña repetidamente las novelas

<sup>212</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 282 (carta de 11-IV-1901).

<sup>213</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», pp. 303-304 (carta de 11-I-1909).

<sup>214</sup> Así figura en el anuncio de la subasta del citado manuscrito, de la que encontramos referencia (en marzo de 2006) en <<http://www.duran-subastas.es>>.

<sup>215</sup> Francisco Blanco García, *La literatura española en el siglo XIX*, II, Madrid: Sáenz de Jubera, 1891, p. 551. Por otra parte, añadamos que de la amistad y admiración de Picón hacia Menéndez Pelayo dan buena cuenta los varios escritos periodísticos de don Jacinto que reseñan obras, actividades y honores del polígrafo cántabro y que el lector curioso puede rastrear en los varios artículos bibliográficos ya citados de Noël Valis.

de «uno de los más ilustres jóvenes de la generación nueva»<sup>217</sup>, la que hará que florezcan «al mismo tiempo en el jardín de nuestro Olimpo los Galdós y los Pareda, los Pardo Bazán y Palacio Valdés, Picón y Alas»<sup>218</sup>. Tras *Lázaro* se ocupará de *La hijastra del amor*, *Juan Vulgar*, *El enemigo* y *La honrada*, y también merecerán la atención del prolífico periodista su memoria *De el teatro* y su recepción en la Real Academia Española<sup>219</sup>. Son artículos en los que el elogio y la comprensión, como tantas veces sucede, se nutren de la amistad: «mi amigo bueno, mi maestro», le llamará Ortega en un emocionado texto de 1918.<sup>220</sup>

Por su parte, Picón hizo con *La viva y la muerta*, de Ortega Munilla, una de las pocas excepciones a su norma de no escribir sobre novelas ajenas, y aunque a través de un personaje interpuesto, parece fundarse en la realidad cuando se refiere a «los estrechos e indisolubles afectos que nos ligan», hasta el punto de que «mi amigo y yo vivimos identificados, siendo uno en dos o dos en uno»<sup>221</sup>. Asimismo, apoyó de modo resuelto la entrada de Ortega en la Academia muy pocos meses después de su propio ingreso. Esto escribe a Víctor Balaguer en diciembre de 1899:

Mi siempre querido amigo y maestro: Habrá V. recibido una carta de Rafael Gasset pidiéndole que, para cubrir la vacante de Fabié en la Academia, vote a Ortega Munilla. Yo también se lo pido a V. con el mayor interés. Ortega Munilla, que ha hecho novelas preciosas, dirige hace veinte años *Los Lunes de El Imparcial*, donde se han dado a conocer muchos escritores del elemento joven, es un trabajador infatigable y un literato de verdadero mérito. Si V. no tiene compromiso anteriormente contraído, yo le agradeceré a V. mucho que nos ayude. Han prometido hasta ahora votarle Valera, Sellés, don Benito [Pérez Galdós], Viñaza, Liniers, Echegaray, y Silvela. Alguno con tal de que Dacarrete no insista, pero todos mirándole con simpatía. ¿Contamos con V.? Escríbame V. cuatro palabras.<sup>222</sup>

<sup>216</sup> José Ortega Munilla, «Madrid», *El Imparcial* (26-VI-1882).

<sup>217</sup> José Ortega Munilla, «Madrid», *El Imparcial* (10-III-1884).

<sup>218</sup> José Ortega Munilla, «Madrid», *El Imparcial* (26-IX-1887).

<sup>219</sup> Figuran en los números de *El Imparcial* citados en las dos notas anteriores las reseñas de *Lázaro* y de la memoria *De el teatro*, respectivamente. Las restantes se encuentran también casi siempre en la sección «Madrid», de «Los Lunes de El Imparcial», de las siguientes fechas: 9-VI-1884 y 16-VI-1884 (*La hijastra del amor*), 9-III-1885 (*Juan Vulgar*), 17-I-1887 (*El enemigo*), 21-IV-1890 (*La honrada*), y 25-VI-1900 («Picón en la Academia»). Véanse las referencias particularizadas en los artículos de N. Valis, «Una primera bibliografía...» y «Más datos...», y de E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, «Para la bibliografía de Jacinto Octavio Picón».

<sup>220</sup> J. Ortega Munilla, «Los maestros: Jacinto Octavio Picón», cit.

<sup>221</sup> Jacinto Octavio Picón, «Cartas de una madrileña a una provinciana sobre cosas de la corte», *Madrid Cómico*, XV, núm. 649 (27-VII-1895), pp. 256-258 (p. 256). Picón firma supuestamente por encargo de Ana Grama, que es el personaje interpuesto autor de la carta.

<sup>222</sup> E. Miralles, *Cartas a Víctor Balaguer*, p. 423. En el mismo sentido, de apoyo a la candidatura de Ortega, se manifiesta públicamente Clarín en su artículo «Candidatos», (*El Español*, 16-I-1900). Véase Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, X. Artículos (1898-1901)*, pp. 608-612.



No tuvo éxito esta vez, pero sí poco después, y, como ya anotamos, fue por cierto Picón quien leyó el discurso de recepción, obra de Valera, lo que parece también interpretable como un detalle amistoso por parte de don Jacinto. Pasó Ortega desde entonces a engrosar las filas liberales de la Academia, y así le vemos alineado con Picón, Galdós, Menéndez Pelayo y otros en alguna de las vicisitudes de la casa.<sup>223</sup>

Y si Picón es el valedor de Ortega en la Academia, este lo es de Picón en *El Imparcial*. Léase lo que comunica don Jacinto a Menéndez Pelayo en relación con una reseña suya de los *Orígenes de la novela*: «He escrito enseguida un artículo que hoy mismo envío a Ortega Munilla para los “Lunes”. No sé si está en Madrid, pero si no ha llegado, en cuanto llegue y lo reciba supongo que, como de costumbre, lo mandará a la imprenta. No lo he enviado yo directamente porque aquello está lleno de modernistas»<sup>224</sup>. Y dieciséis meses después: «No he podido hacer el artículo sobre Boscán, ni realmente debía darme gran prisa, no estando aquí Ortega Munilla, por no exponerme a que se quedase guardado en los cajones de la redacción. Ahora que Pepe, la única palanca que me queda en aquella casa, ha vuelto de su propaganda, lo escribiré con el cariño que debe V. suponer»<sup>225</sup>. Añadamos aún, testimonio valioso, que Ortega era uno de los amigos que visitaban a don Jacinto y comían a veces con él en su casa de la Academia, como nos cuenta su nieto Ortiz Picón.<sup>226</sup>

El grado de amistad que hubo entre nuestro autor y doña Emilia Pardo Bazán (1851-1921) es asunto sobre el que debemos aún seguir indagando. No cabe duda de que se trataron, pero lo cierto es que no sabemos mucho más. Conocemos la alta valoración del Picón joven («una escritora distinguidísima»)<sup>227</sup> y su participación en la cena homenaje que se tributó a la escritora coruñesa el 4 de julio de 1885 en el Café Inglés de Madrid<sup>228</sup>. Conocemos la crítica que hizo Pardo Bazán a *Dulce y sabrosa*, sobre la que volveremos<sup>229</sup>, y la particular receta que doña Emilia incluye

<sup>223</sup> Véase, por ejemplo, la carta 56 de Valis, «Una correspondencia académica...», p. 299.

<sup>224</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 302 (carta de 19-IX-1907). Nótese el curioso comentario contra los modernistas, en el que no nos detendremos por ahora.

<sup>225</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 304 (carta de 11-I-1909).

<sup>226</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 31.

<sup>227</sup> L. Bonet, «El naturalismo en España...», p. 85.

<sup>228</sup> Tomamos el dato de P. Faus, *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*, cit. (I, p. 620). Asistieron también al acto, entre otros, Castelar, Echegaray, Núñez de Arce, Campoamor, Menéndez Pelayo y Galdós.

<sup>229</sup> Emilia Pardo Bazán, «Juicios cortos. *Dulce y sabrosa*», *Nuevo Teatro Crítico*, I, núm. 6 (junio 1891), pp. 53-65. Antes (en el número 3 de esta misma revista, de marzo de 1891, p. 92), doña Emilia había señalado el rotundo acierto de su título, a la vez que daba cuenta de que Picón estaba corrigiendo las pruebas de la novela, lo que parece dar a entender indudable cercanía, pues cabe suponer razonablemente que la noticia procediese del propio don Jacinto. Agreguemos que la revista *Nuevo Teatro Crítico* ha sido digitalizada recientemente en <<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=13160>>.

en *La cocina española moderna*, la «Tortilla Jacinto Octavio», que alude al «renombrado literato español», y que de manera indirecta parece implicar una proximidad entre ambos que no sabemos calibrar. Pero nada podemos agregar sobre ello, como no sea que la mentada tortilla, en palabras de la escritora coruñesa, «más que literaria, parece financiera, porque es de lujo»<sup>230</sup>. Y conocemos la sorprendente oposición del don Jacinto ya viejo a la entrada de doña Emilia en la Academia, fundándose, entre otras cosas, «en que [los hombres] estaríamos cohibidos, no podríamos discutir».<sup>231</sup>

Algo más nos ha llegado sobre su relación con Armando Palacio Valdés (1853-1938), de la que apenas si constan datos directos. Sabemos, sin embargo, que fueron amigos y compañeros en la Universidad de Madrid en sus años jóvenes, lo que recuerda Picón en su adhesión al homenaje tributado al asturiano en 1906<sup>232</sup>, y de algún modo también Clarín en una de sus cartas a nuestro autor, cuando le comunica: «estos días estoy ocupado en escribir un programa para la cátedra de Dcho. Mercantil de Madrid a cuya oposición tal vez me presente. Por cierto que entre los libros que estudio están unas lecciones manuscritas de Ud. que me prestó un hermano de Armando»<sup>233</sup>. Carta esta, por otra parte, solo unos días anterior a la de Palacio a Clarín, que también evidencia alguna cercanía entre Picón y aquel, quien escribe: «He visto a Picón ya dos o más veces y me ha prometido solemnemente ocuparse del libro»<sup>234</sup>. Indicio asimismo de esta relación es el hecho de que Picón encargue algo a Clarín para Palacio, como leemos en esta carta de Alas: «Armando está en la aldea. Le haré presente lo que Ud. me dice para él».<sup>235</sup>

En lo literario, no parece que el asturiano corresponda al aprecio de Picón. Este, violentando su norma de no hacer crítica de novelas, reseñará *Marta y María* en 1883, elogiando cumplidamente su realismo, «sus escenas trazadas en un estilo pintoresco y fácil», «la frescura de sus narraciones», «el color vivo y brillante de sus descripciones», los personajes como «figuras que han de interesar vivamente al lector», y situando al autor entre los grandes: «El compañerismo y la amistad me

<sup>230</sup> Emilia Pardo Bazán, *La cocina española moderna*, Madrid: Renacimiento, s.a. (¿1913?). Recogemos la referencia de G. Sobejano, «Introducción» a su edición de *Dulce y sabrosa*, p. 18. N. Valis («Más datos...», p. 225, nota) apunta las tres recetas que Picón ofrece en el *Almanaque de Conferencias Culinarias, 1892*, de Ángel Muro, Madrid: Fernando Fe, 1891: «1.ª Tortilla literaria. 2.ª Pollo fiambre a la Éboli. 3.ª Arropía de naranja»; así como su puntualidad a las comidas en Lhardy. Todo ello da muestra a la vez, de los conocimientos gastronómicos de Picón y de su distinción y refinamiento.

<sup>231</sup> El Caballero Audaz, «Nuestras visitas: Jacinto Octavio Picón», cit.

<sup>232</sup> Véase la carta transcrita a continuación.

<sup>233</sup> A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», p. 12.

<sup>234</sup> Ana Cristina Tolivar Alas, «Once cartas inéditas de Leopoldo Alas Clarín», en *Clarín y su tiempo: exposición conmemorativa del centenario de la muerte de Leopoldo Alas (1901-2001)*, Oviedo: Cajastur, 2001, pp. 229-242 (p. 240).

<sup>235</sup> A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», p. 15 (carta de 3-X-1885).

vedan ser más explícito: el público juzgará lo que yo apenas me atrevo a indicar, colocando a Armando Palacio entre los escritores que como Galdós, Valera, Alarcón, Pereda y Emilia Pardo Bazán, procuran y logran realzar la novela española»<sup>236</sup>. Por el contrario, si bien parece tener en cuenta al narrador madrileño entre los novelistas que destacan en los ochenta, el de Entralgo manifestará sin rodeos su desdén hacia la obra de don Jacinto veinte años después: según cuenta Sebastián Juan Arbó, cuando Baroja publicó *Camino de perfección* (1902), fue a visitar a Palacio para que se ocupara del libro, y pudo oír cómo este hablaba bien de sí mismo y mal de todos los demás, con la única excepción de Blasco Ibáñez: «le habló mal de Valera, de Octavio Picón, le habló peor de doña Emilia, se ensañó con Galdós»<sup>237</sup>. Mucho antes, por el contrario, don Jacinto había sido uno de los valedores del asturiano para su ingreso en la Academia y se había sumado al homenaje tributado por la Universidad de Oviedo en términos inequívocos:

Sr. Presidente de la Comisión Organizadora del Homenaje a Palacio Valdés.

Muy señor mío y de mi consideración: En respuesta a su carta, tengo el gusto de manifestarle que cuanto se haga para obsequiar y enaltecer a Armando Palacio Valdés me parece justo. Fui uno de los primeros amigos que tuvo al llegar a Madrid: juntos hicimos toda la carrera o gran parte de ella: he seguido paso a paso la brillante labor literaria que le ha valido grandes triunfos; nunca he dejado de ser uno de sus más sinceros y entusiastas admiradores: así que al firmar, hace pocas noches, en la Academia Española, en unión de don Marcelino Menéndez Pelayo y don Alejandro Pidal, la propuesta para que Armando ocupe la vacante del insigne Pereda, he cumplido un deber tan grato a mi corazón como a mi conciencia.

Agregue V., pues, mi modesto nombre a los de cuantos ahí se junten para honrar al ilustre novelista asturiano, y disponga como guste de su afectísimo servidor

Q. B. S. M.

Jacinto Octavio Picón.<sup>238</sup>

<sup>236</sup> Jacinto Octavio Picón, «Libros. *Marta y María*, novela de Armando Palacio», *El Imparcial* (24-XII-1883). No hay duda de que por estos años, Picón consideraba a Palacio (junto a Ortega Munilla y Pardo Bazán) uno de los novelistas jóvenes más relevantes, como escribe en su prólogo a *Ángel caído*, de Martín Lorenzo Coria (1884): «bajo la bandera del verdadero y honrado naturalismo que en estas grandes figuras [una larga lista que va de Cervantes a Galdós] se encarna, se agruparon los novelistas jóvenes, Ortega Munilla, Armando Palacio, una escritora distinguidísima, Emilia Pardo Bazán, y algunos otros, como José Ramón Mérida, que ahora empiezan a dar muestras de claro ingenio» (L. Bonet, «El naturalismo en España...», pp. 84-85).

<sup>237</sup> Sebastián Juan Arbó, *Pío Baroja y su tiempo* [1963], Barcelona: Planeta, 1969, 2.ª ed., p. 321. Recoge el dato E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, «Jacinto Octavio Picón en la crítica coetánea...», p. 260. No obstante, tal vez deba considerarse mención positiva de Picón la que se deriva de la relación de «los que actualmente cultivan las novelas», que son «Galdós, Valera, Pereda, Alarcón, Pardo Bazán, Ortega Munilla, Picón, Navarrete» y el propio Palacio (en su artículo «Acerca de *Las vengadoras*», *La Época*, 17-III-1884).

<sup>238</sup> *En memoria del homenaje que al eximio novelista Armando Palacio Valdés...*, pp. 12-13. El

Nada se nos alcanza de su relación con otros narradores del momento, salvo que José María Matheu (1847-1929) escribió un artículo muy elogioso sobre *Dulce y sabrosa* en *El Liberal*<sup>239</sup>, y que la entrada de Luis Coloma (1851-1914) en la Academia provocó su rechazo, como ya quedó expuesto.<sup>240</sup>

Algún apunte podemos aportar también respecto al trato con varios de sus compañeros de estudios o de tertulias de los años jóvenes, que citaba López-Valdemoro, con los que compartió su pasión por el teatro. Nos referimos a Ramos Carrión, Vital Aza y José Estremera, los tres, por cierto —y ello constituye quizá un indicio de esta amistad—, participantes en el disparate novelístico *Las vírgenes locas*, que Picón encabezó en 1886.<sup>241</sup>

La mayor evidencia de la amistad que unió a Picón y a Miguel Ramos Carrión (1845-1915), aun siendo este algunos años mayor, la hallamos en varias de las cartas de don Jacinto a Galdós y a Menéndez Pelayo sobre las elecciones para la Academia. Cuando surge la propuesta de presentar a Ramos frente a Navarro Reverter, un político, escribe Picón a don Marcelino estas palabras, algunas de las cuales traslucen explícita o implícitamente su amistad:

Ha de saber V. que, a pesar de ser ministro, el Sr. Navarro Reverter presenta de nuevo su candidatura en la vacante de Grilo [...]. No hay candidato en contra. En vista de ello, anoche hablamos algunos en la Academia inclinándonos, como puede V. suponer con gran alegría de mi parte, en favor de Ramos Carrión. Estaban presentes y conformes en votarle Catalina, Herranz, Cotarelo y Menéndez Pidal: en el mismo sentido me habló el jueves anterior el marqués de Pidal: Galdós me ofreció votarle hace mucho tiempo. La natural resistencia a que la corporación pase a manos de los políticos profesionales ha de dar más sufragios a Ramos. Después de haber ingresado con Cajal el médico que nos hacía falta, y con Rodríguez Marín, Pastor y Codera una nueva y brillante representación de la investigación y la crítica, no estaría mal que eligiéramos a un autor cómico tan castizo y aplaudido, y tan buen caballero, como Ramos. ¿Querrá V. votarle? Yo sé que ha de mirarle con simpatía: primero, por lo que vale; segundo, porque se trata de un escritor a quien se pone en frente de un político; y tercero, por el interés que me inspira. Esto más tendré que agradecerle a V. ¿Me escribirá V.? ¿Vendrá V. pronto?<sup>242</sup>

---

folleto contiene, además de una carta de agradecimiento de Palacio (pp. 21-24) y la relación de «La velada» (pp. 26-30), escritos de adhesión de múltiples personalidades, entre ellas Miguel de Unamuno, Ramón D. Perés, Ramón Pérez de Ayala, Rafael Altamira, Pedro González-Blanco, Zeda...

<sup>239</sup> José M. Matheu, «*Dulce y sabrosa* (Impresiones y notas)», *El Liberal* (6-VII-1891).

<sup>240</sup> Véase, antes, nuestro apartado 3.1.

<sup>241</sup> Véase más arriba, 1.3.

<sup>242</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», carta de 12-X-1906, pp. 296-297 (a continuación, figura en nuestro texto directamente entre paréntesis la fecha de la carta y la página de este

Disculpará el lector la extensión de la cita, pero interesa en varios extremos; entre ellos, desde luego, el que parece inferirse de las precisiones temporales: fue «anoche» cuando surgió la propuesta, pero «el jueves anterior» el marqués de Pidal estaba conforme en votarle, y Galdós, «hace mucho tiempo». No pecaríamos de osados si sospechásemos que fue Picón el muñidor del asunto, y más cuando no solo insiste, en carta posterior: «Usted sabe el interés grandísimo que por Ramos tengo» (20-I-1907, p. 300), sino que hace causa común con él: «Ni Ramos ni yo, que le estamos agradecidísimos, queremos causarle perturbación» (20-I-1907, p. 301).<sup>243</sup>

Alguna otra evidencia de su camaradería con él la extraemos de este mismo epistolario: «Ramos no puede almorzar con nosotros el domingo porque anda loco con las cosas de la Sociedad de Autores y los preparativos de no sé qué fiesta en el Ateneo en honor de Campoamor» (14-II-1902, p. 284). E indicio inequívoco de esta amistad —no nos engañemos— es la frecuencia con que Picón reseña en *El Correo* los estrenos de Ramos Carrión, más de una vez de obras escritas en colaboración con Vital Aza, por cierto: *El hijo de la nieve* (22-III-1881), *Aída y la tempestad* (12-III-1882), *La bruja* (11-XII-1887), *El rey que rabió* (21-IV-1891); y, más aún, los prólogos con que introdujo dos de los libros de Ramos: *La Marsellesa. La mamá política. Doce retratos, seis reales, y Prosa escogida*<sup>244</sup>. Sabemos además que Picón transmitió a Clarín la opinión de Ramos sobre *La Regenta*<sup>245</sup>, y que el dramaturgo fue representante del malogrado Jacinto Felipe Picón en un litigio con el periodista y escritor Manuel Bueno en 1902.<sup>246</sup>

A este mismo círculo de amistades perteneció José Estremera (1852-1895), del cual también se ocupó en sus críticas de *El Correo*, reseñando los estrenos de comedias o zarzuelas como *Solitos* (30-I-1881), *La cruz de fuego* (9-X-1883), *San Francisco de Sena* (28-X-1883), *El hermano Baltasar* (9-XI-1884), *Mimi* (12-I-1888), y recordándole, tras su muerte, en un artículo necrológico<sup>247</sup>. Este círculo de

---

epistolario). Por cierto que el mismo día y con parecidos argumentos escribirá a Galdós (S. de la Nuez y J. Schraibman, *Cartas del archivo de Pérez Galdós*, p. 174).

<sup>243</sup> La candidatura de Ramos Carrión ya había sido alentada desde 1898 —cuando la vacante de Tamayo que ocupó Ferrari, y en la que se cruzó el propio Picón, como vimos en su momento— por Clarín, quien sostendrá en varias ocasiones, desde agosto de 1898, los méritos de Ramos en particular y de otros poetas cómicos en general (Vital Aza, Javier de Burgos, Ricardo de la Vega, Miguel Echegaray). Así lo hace en un «Palique» de *Madrid Cómico*, XVIII, núm. 807 (6-VIII-1898), pp. 564-565, ahora reproducido en Leopoldo Alas, *Clarín, Obras completas, X. Artículos (1898-1901)*, pp. 212-215.

<sup>244</sup> Publicados respectivamente en Madrid: Viuda de Hernando y Compañía, 1894, y Madrid: Renacimiento, 1916.

<sup>245</sup> A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», p. 12 (carta de 4-II-1885).

<sup>246</sup> Da cuenta del episodio N. Valis, «Más datos...», pp. 221-222.

<sup>247</sup> Jacinto Octavio Picón, «Estremera», *Madrid Cómico*, XVIII, núm. 781 (5-II-1898), pp. 119-

amigos es el que aparece aludido en el cuento *Aventura*, de 1897, del que no será ocioso transcribir su comienzo:

Éramos siete estudiantes, unidos desde el primer año de la carrera por esa simpatía que la juventud convierte pronto en amistad verdadera. Nos facilitábamos mutuamente los apuntes de clase, nos emparejábamos para repasar determinadas asignaturas en abril y mayo, y a todas partes íbamos juntos, pues los mismos gustos e inclinaciones, a que el tiempo ha dado luego dirección distinta, nos llevaban entonces al paraíso del Real, a los clubs revolucionarios, al Ateneo viejo, a los primeros estrenos de Echegaray, a las tribunas de las Cortes Constituyentes, a los conciertos del Circo de Rivas, y hasta a la parada, donde como músico mayor de un regimiento de artillería, y siendo casi niño, comenzó su gloriosa carrera un compositor que hoy es gloria de España; sin que puedan olvidársenos tampoco aquellas noches en que, deseosos de favorecer a un pianista, íbamos a cierto café de tercer orden para oírle tocar, llevando cuantos conocidos teníamos, para aplaudirle, entrando separadamente, sin saludarnos, a fin de que el dueño mirase con consideración y aumentase el sueldo a aquel desdichado, que teniendo instintos verdaderamente artísticos se veía obligado a manotear ante un auditorio grosero, polcas callejeras, valeses cursis y tangos achulados.<sup>248</sup>

Y en él leemos esta transparente alusión a Estremera:

Los que en aquella época íbamos siempre juntos andamos hoy diseminados por esos mundos de Dios: uno está de cónsul en cierto puerto de la América que fue española [...]; otro es magistrado en Filipinas; otro ha sido director en Hacienda; otros, diputados; todos han hecho camino; algunos han ido lejos..., tan lejos, que no volverán jamás, como aquel pobre Pepe, cuyas obras llenas de ingenio y gracia se aplauden todavía en los teatros. Ni los vivos hemos reñido, ni los muertos dejan de ser recordados con cariño...<sup>249</sup>

Como transparente resulta también el Pepe Villena de *Juan Vulgar*, en especial por su rareza de tomar los apuntes en verso<sup>250</sup>. En todo caso, a través del artículo de *Madrid Cómico* contamos con algunos datos sin duda reales: sabemos que no solo fue su compañero en la Universidad, sino el primer amigo que Picón hizo en esta etapa de su vida, con el que llegó a compartir un estudio en el que ambos convivieron, forjándose así una amistad que dio origen al «pequeño grupo de inseparables»

121. El artículo está escrito el 1.º de febrero de 1898, tres años justos después del entierro de Estremera, quien falleció el 31 de enero de 1895.

<sup>248</sup> J.O. Picón, *Cuentos completos*, II, p. 173.

<sup>249</sup> J.O. Picón, *Cuentos completos*, II, pp. 173-174, donde se refiere a amigos reales de Picón. No es nuestro propósito identificarlos aquí, pero digamos, con la ayuda del conde de las Navas («De mis memorias...», p. 244), que ese magistrado en Filipinas es Antonio Pampillón, de quien desconocemos cualquier otro dato que no sea el de frecuentar la ya citada tertulia del Café Suizo en los primeros años setenta.

<sup>250</sup> J.O. Picón, «Estremera», p. 119; *Juan Vulgar*, p. 190.

que se iría formando después. También sabemos que fue Picón, utilizando las influencias de su padre, quien consiguió que Estremera pudiera ver representada su primera pieza dramática, *Pruebas de fidelidad*, en 1873.

Menos referencias tenemos de la amistad con Vital Aza (1851-1912). Una indirecta, pero valiosa por lo que implica, en carta de Clarín, acerca de lo que parece el fallecimiento de un ser querido: «Pobre Vital. Si le ve, dele el pésame de mi parte y un apretón de manos»<sup>251</sup>. Y, claro, las consabidas reseñas de *El Correo*, alguna ya citada en obras en colaboración con Ramos Carrión: *El hijo de la nieve* (22-III-1881), *El sombrero de copa* (18-XII-1887), *El señor cura* (12-XII-1890), *El rey que rabió* (21-IV-1891); y los consabidos prólogos, en los que Picón fue tan generoso: en este caso a los versos de *Todo en broma*, que curiosamente vuelven a reunir a los cuatro amigos.<sup>252</sup>

Fuera del ámbito del teatro, también fue compañero y amigo de los años universitarios el político don Antonio Maura (1853-1925), con quien a pesar de la distancia ideológica mantuvo una estrecha amistad, sobre todo en su última época, en la que colaboró con él en la Real Academia Española, de la que Maura era director. Así se advierte en el emocionado discurso necrológico de don Antonio, que nos ilustra bien sobre sus sentimientos hacia el «amigo queridísimo» que acababa de perder:

La tristeza que se respira hoy en este recinto, y que sé yo cuán verdadera es en el pecho de cada uno de vosotros, se acrecienta de modo singular para mí, que fui condiscípulo y era contemporáneo del finado. Durante más de medio siglo ni la menor sombra se proyectó sobre nuestra amistad, que se avivó con una más frecuente comunicación al hallarnos en esta casa. Las colaboraciones académicas en estos años últimos se hicieron tan asiduas, que se las ha de llamar cotidianas. Así, el aldabonazo ha sonado esta vez en la intimidad más honda de mi alma.<sup>253</sup>

Sentimiento de amistad que es compartido, como leemos en el conde de las Navas, cuando escribe que don Jacinto profesaba «verdadera admiración, y lo procla-

<sup>251</sup> A. Amorós, «Doce cartas inéditas...», p. 14 (carta de 21-V-1885).

<sup>252</sup> Interesa aquí dar la ficha completa: *Todo en broma*. Versos de Vital Aza. Con un prólogo de Jacinto Octavio Picón. Un intermedio de José Estremera. Un epílogo de Miguel Ramos Carrión. ¡Y nada más! Madrid: Est. Tip. de Ambrosio Pérez y Cía., 1900, 3.<sup>a</sup> ed. aumentada. El prólogo, fechado «a 4 días de marzo de 1891 años», ocupa las pp. 5-12. N. Valis («Más datos...», p. 234) cita también el artículo de Picón, «Nuestros escritores: Vital Aza», *Asturias* (junio 1892), que no hemos conseguido ver. Por otra parte, y en relación con la escasa bibliografía reciente sobre este autor, dejemos aquí consignada la edición de sus *Obras selectas*, Oviedo: Hércules Astur de Ediciones, 2005 (véanse algunas otras entradas en <<http://www.bibliotecamiralles.org>>, la imprescindible guía bibliográfica del profesor Enrique Miralles).

<sup>253</sup> A. Maura, «Necrología...», p. 497.

maba, por don Antonio, alabando a todas horas su dirección de la Real Academia Española, en la que le tenía por irremplazable».<sup>254</sup>

También en esta institución, parece, se intensificó la relación, que llegó a ser muy próxima, con el erudito sevillano don Francisco Rodríguez Marín (1855-1943). Se cuenta entre los allegados de Picón que le visitaban en su casa de la calle de Felipe IV, y al que Ortiz Picón recuerda por su «venerable barba blanca y chispeante gracejo andaluz»<sup>255</sup>. Del cariño que don Jacinto le profesaba dan fe sus desvelos a propósito de la operación de laringe que sufrió, a causa de un cáncer, en el verano de 1904, y que, por fortuna, no le impediría vivir aún cuarenta años. A través de sus cartas a Menéndez Pelayo sabemos que va a esperarle a la estación de ferrocarril, a su llegada a Madrid para ser operado, y sigue de cerca los progresos en su curación, entrevistándose incluso con los médicos, de lo que da puntual noticia a don Marcelino.<sup>256</sup> Contamos así con un nuevo ejemplo de cómo el sentimiento de amistad de Picón trasciende con mucho las afinidades más o menos declaradas. En este caso en don Jacinto, ferviente francófilo, no hicieron mella las inclinaciones germanófilas de Rodríguez Marín. Y es que son innumerables las lecciones de tolerancia que obtenemos de la vida de nuestro autor.<sup>257</sup>

Pocas evidencias nos han quedado de las que sospechamos fueron relaciones más extensas e intensas con otros escritores, intelectuales y artistas diversos de su generación. En este aspecto, resulta significativa la reunión que en el «elegante estudio de novelista» de la casa de Picón celebraron el 28 de febrero de 1886 «algunos autores dramáticos, novelistas, críticos y músicos» para fundar «un Círculo artístico-literario al que concurren los autores dramáticos, los maestros compositores, los actores, los pintores y escenógrafos, los novelistas y los críticos»<sup>258</sup>. El

<sup>254</sup> J.G. López-Valdemoro, «De mis memorias...», p. 246.

<sup>255</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 31.

<sup>256</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», pp. 290-292 (cartas del 12, 15 y 23 de julio de 1904). Por otra parte, Picón fue uno de los que apoyaron el ingreso en la Academia del sevillano, como se muestra en la carta a Galdós en que pide a don Benito el voto para Rodríguez Marín (S. de la Nuez y J. Schraibman, *Cartas del archivo de Pérez Galdós*, p. 173, carta de 25-IX-1905), quien, por cierto, sería a la muerte de Picón el nuevo bibliotecario de la institución (véase A. Zamora Vicente, *Historia de la Real Academia Española*, p. 412, y nuestra anterior nota 80).

<sup>257</sup> En tanto que Picón fue uno de los promotores de la Liga Antigermanófila, como quedó expuesto más arriba (1.6, nota 87), Rodríguez Marín —con Benavente, Bonilla y otros intelectuales— suscribirá en 1916 un manifiesto de adhesión a Alemania (M. García Venero, *Melquiades Álvarez...*, p. 335).

<sup>258</sup> José Ortega Munilla, «Madrid», *El Imparcial* (1-III-1886). De este tipo de relaciones da fe la participación de don Jacinto, junto con Emilio Ferrari y Juan Pérez Zúñiga, en la comisión de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles que en 1904 preparó un proyecto para obtener recursos económicos a través de la adquisición de una librería. Trae el dato Antonio Porpetta, «Escritores y Artistas Españoles. Historia de una asociación centenaria. Régimen interno», en <<http://www.aeae.es/histo/1903regin.htm>>.



hecho de que se celebrase en casa de Picón parece abonar, a más de su conocido desprendimiento, la idea de que don Jacinto fuese una persona no solo bien relacionada, sino bien aceptada en varios ámbitos artísticos.

De las muchas amistades con que debió de contar entre pintores de su generación, solo nos han llegado ecos de dos de ellas. En primer lugar, la que mantuvo con Emilio Sala Francés (1850-1910), autor de dos retratos de don Jacinto en 1889 y 1902, de dos más de su hija María (1882 y 1893), otros dos de su madre doña Octavia, y uno de su hijo Jacinto Felipe (1893). Tanto el primero de María Picón (1882) como el de don Jacinto (1889) van dedicados, con palabras tan cercanas que no dejan lugar a dudas; literalmente: «á Picon su amigo / E. Sala 1882», y «á mi amigo intimo Picon / Emilio Sala / Paris 1889». También el segundo de María Picón (1893) se dedica, con expresión familiar, «a mamá Octavia», la abuela de la niña<sup>259</sup>. Por su parte, don Jacinto consagró al menos dos artículos al pintor<sup>260</sup>. Menor es la información que nos ha llegado sobre su relación con Antonio Gomar (1853-1911), otro de los asiduos visitantes de don Jacinto<sup>261</sup>, y sobre el cual escribió a su muerte una sentida necrología.<sup>262</sup>

### 3.3. Al doblar el siglo

Para los autores de la generación siguiente, Picón no solo fue escasamente valorado, sino que llegó a convertirse en uno de los blancos preferentes de los dictionarios de los modernistas. En su *Biografía del 1900* escribe Melchor de Almagro: «Ahora se habla a troche y moche de modernismo. Yo no sé a punto fijo en qué consiste. Para unos es decir pestes de los viejos autores consagrados, especialmente de

<sup>259</sup> E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, «Iconografía», *Edición crítica y estudio...*, pp. 768-771. Los datos expuestos proceden de José Luis Díez y Teresa Posada Kubissa (coord.), y Fernando Villaverde (ed.), *Maestros de la pintura valenciana del siglo XIX en el Museo del Prado*, Madrid: Museo del Prado-Autoridad Portuaria de Valencia, 1997, pp. 168 y 170. Aquí mismo se reproducen los retratos de 1889 de Picón (p. 171) y de 1882 de su hija («María Picón y Pardiñas, con capota blanca», p. 169), y se incluye una breve pero completa nota biográfica de Emilio Sala (p. 165). El retrato de 1902 aparece ahora en *Galería de retratos. Ateneo de Madrid*. Madrid: Ateneo Literario, Científico y Artístico de Madrid, 2004, s.p.

<sup>260</sup> «El retrato de Campoamor» (*El Correo*, 15-VI-1884) y «El cuadro de Sala. La expulsión de los judíos» (*El Correo*, 3-IV-1890).

<sup>261</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 31.

<sup>262</sup> Jacinto Octavio Picón, «Antonio Gomar», *El Imparcial* (22-VI-1911). Muchos años antes se había ocupado en *El Correo* (18-V-1887, «Dibujos de Gomar») de este pintor, quien, por cierto, fue autor del dibujo que aparecía en la cubierta del volumen de *Cuentos de mi tiempo* en 1895. Todo ello parece abonar la amistad referida, de la que contamos con una prueba tan anecdótica como elocuente: el encargo que hace, desde Madrid, a Menéndez Pelayo, en su Santander natal: «Si ve V. a Antonio Gomar dele un abrazo de mi parte» (N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 274. Carta de 16-I-1899).

Echegaray y Jacinto Octavio Picón»<sup>263</sup>. Lo que se corrobora sobradamente en la revista *Juventud*, donde Bernardo G. de Candamo se suelta el pelo ya desde el título, «Nuestras antipatías»:

Hay algo más ridículo que un farmacéutico poeta y que un notario cantante, y es un maestro de obras novelista. Todo es cuestión de equivocar el camino.

Solo una vez ha llegado a convencerme el Sr. Picón, cuando publicó en *El Imparcial* sus artículos a propósito de los techos del Museo. Esos artículos están mucho más inspirados que cualquier página de *Dulce y sabrosa* o de *La honrada*. Como crítico de arte, es un crítico métrico-decimal: en su libro *Velázquez* nos dice las dimensiones de todos los cuadros del gran maestro: pero ¡qué pobreza de observaciones acerca de la obra, de la técnica y del procedimiento artísticos!

Como novelista es mediocre: ni tan malo como Huertas Hervás, ni tan bueno como Matheu. *Jaque a la reina*, de Matheu, vale por todas las novelas de Picón. Los personajes de Picón son vulgares, tipos sin carácter determinado y sin vida propia: el autor los mueve a su antojo y les obliga a marchar según su voluntad. Detrás de cada uno vemos al autor que los guía y conduce; en todas partes está como espía que no supiera ocultarse de aquellos a quienes acecha. Creo que es novelista naturalista, y ser naturalista es como no ser nada. Alguien, equivocadamente sin duda, le comparó a Paul Bourget. Pero Bourget es un estilista y un psicólogo. Picón es a Bourget como la señorita de Antón a doña Emilia Pardo Bazán.<sup>264</sup>

En realidad, es lo que ocurrirá con casi todos los escritores del realismo, incluyendo a Galdós —el «don Benito el garbancero» de *Luces de bohemia*—, y las

---

<sup>263</sup> Melchor de Almagro, *Biografía del 1900*, Madrid: Revista de Occidente, 1943, p. 91. En algún caso, la condena desciende a lo miserable. Esto ocurre con Alberto Guillén, del que nos limitaremos a transcribir —huelga todo comentario— un par de fragmentos de su entrevista al autor, hacia 1921 (la barra indica cambio de párrafo en el original): «Nada tan interesante como acercarse a las ruinas. Enternecen, emocionan, ponen el corazón blando como el de un cordero pascual. Sobre todo si las ruinas están desmoronándose, si comienzan a deshacerse y nadie se acuerda de ellas, ni los perros con su húmeda admiración./ Picón vive solito, disminuido, entristecido, inconsolable y sin quitarse el luto desde hace cuatro años./ —Usted no sabe lo que es perder un hijo de cuarenta años./ Yo no digo nada. ¿Qué he de decir? Ni aun acierto a sonreír. Antes más bien, lamenté no haber llevado un pañuelito para llorar con él enternecidas lágrimas triviales./ [...] —¿Cuántos son los señores académicos?/ —Treinta y seis. Maura nos preside. Cada vez que muere uno.../ —Sí, sí, le reemplaza otro. (Tan imbécil, pensaba interiormente.)» (Alberto Guillén, *La linterna de Diógenes*: Madrid, América, s.a. [¿1921?], pp. 47 y 49). Todavía en 1960 escribirá Ramón Gómez de la Serna, caprichosa pero sintomáticamente, rememorando los años de sus primeras greguerías: «Vivía aún don Jacinto Octavio Picón —secretario perpetuo de la Academia—, y yo estaba harto de don Jacinto Octavio Picón» (Ramón Gómez de la Serna, «Prólogo» a *Greguerías. Selección 1910-1960*, ed. César Nicolás, Madrid: Espasa Calpe, 1990, p. 49).

<sup>264</sup> Bernardo G. de Candamo, «Nuestras antipatías (notas de un lector): Jacinto Octavio Picón», *Juventud*, II, núm. 11 (15-III-1902). Leído esto —permítasenos la beligerancia—, evalúe el lector, por lo que pueda conocer de él, la aportación del señor González de Candamo a la historia o a la crítica literarias.

valoraciones de Baroja, Unamuno y hasta de Blasco Ibáñez —que por tendencia o estética estaría mucho más cerca de don Jacinto— así lo manifiestan<sup>265</sup>. Y es lo que se aprecia en «El dialecto castellano», de Maeztu, quien a raíz de la elección de Picón para la Academia, carga contra ella y contra los académicos en general, acusándoles de «estancar palabras y modismos» y de la «disecación» del idioma, citando expresamente los nombres de Palacio Valdés, Pereda, Valera, Picón y Galdós, a quien achaca haber «escrito sus últimos Episodios nacionales a destajo, mercantil y abominablemente»<sup>266</sup>. Para don Jacinto, sin embargo, Azorín, Maeztu y Baroja están por entonces entre «los jóvenes de gran cultura, de criterio independiente, de espíritu moderno y que escriben muy bien».<sup>267</sup>

No obstante, la generosidad de Picón propició el acercamiento a él de no pocos escritores noveles. Es el caso de Joaquín Dicenta (1862-1917), el celebrado autor de *Juan José*, quien dedicó a Picón su libro *De la batalla* con estas palabras reveladoras:

A Ud., mi querido amigo, dedico este libro, que titulo *De la batalla* porque casi todos los artículos y cuentos en él coleccionados están escritos en una de las épocas más duras que tuvo para mí hasta ahora la lucha por la vida.

En uno de esos días de angustia, el más angustioso de todos ellos, día en que solo negruras y desesperaciones rodeaban mi porvenir artístico y mi presente material, volví los ojos a una y otra parte para ver si encontraba un amigo, y le encontré a Ud.

Ahí va *De la batalla*, y con él el testimonio de una amistad tal y como Ud. me la ofreció entonces, tal y como Ud. la merece: honrada y firme.<sup>268</sup>

También en el mundo del teatro, y también de la ayuda o la defensa de Picón, según parece, nació la amistad con los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero (1871-1938 y 1873-1944, respectivamente). Cuando arreciaron las críticas negativas contra ellos por su comedia *Las flores*, Picón salió a la palestra para defender los valores artísticos de la obra: «Me he permitido hablar de esta obra porque está

<sup>265</sup> Véase E. Gutiérrez Díaz-Bernardo, «Jacinto Octavio Picón en la crítica coetánea...», pp. 263-264. Añádase a las ahí expuestas la opinión de Blasco Ibáñez, quien juzga a Picón «un narcótico», pero adviértase que don Vicente no deja títere con cabeza: condena a Galdós por su falta de universalidad, a Valera por su tono empalagoso y pedante, y por razones diversas a Pereda, Felipe Trigo, Valle-Inclán, Azorín... (véase Alberto Insúa, *Memorias*, Madrid: Tesoro, 1952-1953, 2 vols., especialmente I, pp. 458-459).

<sup>266</sup> Ramiro de Maeztu, «El dialecto castellano», *Las Noticias* (4-XI-1899). Para las muchas matizaciones que cabría hacer a tan juicio radical, véase el estudio introductorio de Emilio Palacios Fernández a su edición de Ramiro de Maeztu, *Obra literaria olvidada (1897-1910)*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, pp. 7-194, y especialmente pp. 68-69, 100-101, 108, 112, 115-119, 140, 155-156 y 160.

<sup>267</sup> Jacinto Octavio Picón, «A propósito de *Las flores*», *El Imparcial* (9-XII-1901).

<sup>268</sup> Joaquín Dicenta, «A Jacinto Octavio Picón», *De la batalla*, Madrid: Casa Editorial de Mariano Núñez Samper, s.a., p. 3.

inspirada en el criterio dramático, en la escuela de naturalidad y sencillez de que soy partidario y que veo en peligro; era para mí deber de conciencia»<sup>269</sup>. A este episodio es al que parece aludir Ortiz Picón cuando señala que los Álvarez Quintero «no olvidaban que Picón —como crítico teatral— les ayudó en sus comienzos como comediógrafos»<sup>270</sup>, para contarse entre quienes le visitaban con asiduidad en sus años postreros, hasta el punto de ser de las últimas personas con quienes nuestro autor conversó muy pocas horas antes de su muerte<sup>271</sup>. Con mayor claridad expone el caso González de Amezúa: «Cuando una crítica envidiosa y rastrera envolvió en un injusto fracaso, pasajero por fortuna, a una de las más poéticas producciones del teatro contemporáneo, al bellissimo cuadro de *Las flores* de los insignes dramaturgos Sres. Álvarez Quintero, y enmudecieron todos, la pluma de Picón fue la única que salió a la liza en defensa de la obra calumniada, y en un cálido artículo de *Los Lunes de El Imparcial* inició la campaña de reivindicación, poniendo patentes y visibles, antes que nadie, sus excepcionales bellezas».<sup>272</sup>

Desconocemos si es también de esta naturaleza la relación que mantuvo con Eduardo Marquina (1879-1946), de la que contamos con algunas evidencias. Nos han llegado tres cartas de don Jacinto al escritor barcelonés, a quien consideraba a principios de siglo entre esos jóvenes «de gran cultura, de criterio independiente, de espíritu moderno y que escriben muy bien» a los que aludíamos antes<sup>273</sup>; cartas de las que deducimos que Marquina visitaba alguna vez a Picón, y que este le puso en contacto con Menéndez Pelayo<sup>274</sup>. Una de ellas, además, nos ha permitido desempolvar la interesantísima crónica que Marquina publicó en *La Actualidad* barcelonesa de 1909, en la que, a más de diversos datos —que hemos ido citando y que aún citaremos—, se refleja la estima indudable que el autor de *Las hijas del Cid* tuvo por la persona y la obra del narrador madrileño<sup>275</sup>. Recuérdese asimismo el cordial retrato en verso que hizo de don Jacinto<sup>276</sup>.

<sup>269</sup> J.O. Picón, «A propósito de *Las flores*», cit.

<sup>270</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 31.

<sup>271</sup> Así lo trae en su «Necrología...» (p. 498) don Antonio Maura: «¡si el domingo, horas antes de su tránsito estuvo departiendo amigablemente con los señores Álvarez Quintero!». Por cierto que Joaquín, el menor, sería como don Jacinto, andando el tiempo (1941-1943), bibliotecario de la Real Academia (véase de nuevo nuestra anterior nota 80).

<sup>272</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», pp. XLII-XLIII.

<sup>273</sup> J.O. Picón, «A propósito de *Las flores*», cit. Los aquí nombrados son, además de Benavente y los Quintero, y en este orden, Martínez Ruiz, Maeztu, Baroja, Marquina, Bueno, Menéndez Pidal, Martínez Sierra, Palomero, Acebal, Carretero, Danvila, Bello «y otros de que mi flaca memoria no se acuerda y para quienes el olvido no es ofensa».

<sup>274</sup> Las ha publicado recientemente A. Amorós, *Correspondencia a Eduardo Marquina*, cit., pp. 40-41. Solo una de las cartas —la segunda de las transcritas— va fechada, el 7 de marzo de 1900, en los días en que Picón está preparando su discurso de ingreso en la Real Academia Española.

<sup>275</sup> Eduardo Marquina, «Crónica. Hablando con Jacinto Octavio Picón», *La Actualidad*, IV, núm. 133 (11-II-1909). En el número anterior (4-II-1909), y bajo el mismo título de «Crónica», que lo es de

Muy clara es también la estima literaria que refleja el diario de otro dramaturgo coetáneo, Jacinto Grau (1877-1958), quien escribe, un 16 de agosto, día de su santo, y citando a «los tres o cuatro Jacintos importantes» que conoce: «Jacinto Octavio Picón, cuyo esmerado estilo llega a envidiables puntos culminantes...¿Leyó *Dulce y sabrosa?*»<sup>277</sup>. Pero desconocemos si hubo entre ambos algún tipo de relación personal.

Nada sabemos tampoco de la cercanía que pudo existir entre Picón y Jacinto Benavente (1866-1954), pero alguna debió de ser si nos atenemos a una información periodística que citaba a Picón como descubridor de este autor teatral<sup>278</sup>. Y si bien es verdad que Benavente niega el hecho, no cabe descartar por ello la posibilidad de una relación fundada en el aprecio, considerando sobre todo el buen concepto que el escritor madrileño se formó de su joven tocayo, como acabamos de ver<sup>279</sup>. Igualmente, por lo que parece, la estima en que tuvo a Gregorio Martínez Sierra (1881-1947)<sup>280</sup> se vio acompañada por la relación personal, como lo prueba la asistencia de don Jacinto a la tertulia de este hacia 1913, y que conocemos por el testimonio indirecto de José Moreno Villa (1887-1955), también asistente ocasional a ella:

Novato en las letras y tímido porque sí, entraba donde había celebridades con verdadero miedo. Así, una noche en la tertulia de Renacimiento, casa editorial fundada por Martínez Sierra. De las muchas personas que estaban allí no recuerdo más que al fundador, al menudo como un muñeco armado de altos bigotes

---

la sección semanal que llevaba Marquina, hay también un breve apunte sobre don Jacinto y noticia de la novela —*Juanita Tenorio*— que está ultimando por entonces. Por cierto que nuestro rastreo a partir de la primera de las cartas que transcribe Amorós nos ha permitido no solo hallar estas crónicas, sino también fechar la carta misma, que es, por tanto, del 13 de marzo de 1909 (A. Amorós, *Correspondencia a Eduardo Marquina*, p. 40). En cuanto a la tercera de las cartas, también sin fechar, parece posterior, tal vez de los primeros años diez, pues lleva membrete con *Fernanflor* como nombre de la calle (en lugar de *Florín*), lo que no es habitual en años anteriores.

<sup>276</sup> Lo reprodujimos, más arriba, en nuestro apartado 2.

<sup>277</sup> Julio Imbert, «Diario de don Jacinto (inédito)», en <<http://www.autores.org.ar/Jimbert/diario.htm>>. Las palabras corresponden al 17 de agosto de 1957. Los otros «Jacintos importantes» que cita el dramaturgo barcelonés son Jacinto Benavente, la actriz turinesa Jacinta Pezzana y la Jacinta literaria de Galdós.

<sup>278</sup> A ella se alude, sin mayor precisión, en la entrevista «Jacinto Benavente, virgen y padre», recogida en Enrique González Fiol, *Domadores del éxito*. Prólogo de El Bachiller Corchuelo. Madrid: Est. Tip. de la Sociedad Editorial de España, 1915, 2.<sup>a</sup> ed., pp. 23-69.

<sup>279</sup> Transcribimos el pasaje: «—También se decía en la citada información que Jacinto Octavio Picón fue su descubridor./ —Nada de eso es verdad. Mi hermano Mariano fue el primero a quien leí mis comedias y el que se interesó, aunque no mucho, y me aconsejó proseguir escribiendo...» (E. González Fiol, *Domadores del éxito*, p. 41).

<sup>280</sup> Recuérdese lo que escribía Picón sobre los jóvenes literatos del momento a finales de 1901 (cuando Martínez Sierra, por cierto, no pasaba de los veinte años), que hemos citado en nuestra inmediata nota 273.

don Jacinto Octavio Picón, y al cegato, lastimero y falsificante de estilos viejos Ricardo León.<sup>281</sup>

Asimismo, los prólogos que escribió en su momento para *Ángel caído* (1884), de Martín Lorenzo Coria (1861-?), y *La virgencita* (1899), de Alejandro Larrubiera (1869-¿1937?), parecen implicar al menos un cierto grado de amistad, si no de amparo o favor, hacia estos narradores. Algo más sabemos de la proximidad a la que alude Blanca de los Ríos (1862-1956), la escritora sevillana, quien, en carta al conde de las Navas, afirmaba desde su radical conservadurismo: «Mucho me impresionó su muerte, no solo porque era antiguo y buen amigo, sino por pensar en su *más allá*. En fin, Dios le haya acogido como se condesciende con un chico voluntarioso, según usted dice muy bien»;<sup>282</sup> dato este al que podemos agregar el que se desprende de una carta de Picón recientemente adquirida por la Biblioteca Nacional, que transcribimos a continuación:

Sra. Doña Blanca de los Ríos de Lampérez.

Mi querida e ilustre amiga: Recibí su cariñosa carta, por la cual le doy a V. las más expresivas gracias, y con ella los números que van publicados de *Raza Española*.

En la comisión de gobierno interior, di ayer cuenta de su generoso donativo acordándose en ella que le sea remitido el *Boletín* de esta corporación.

Por falta de ánimo y de salud hago vida bastante retirada; pero ya buscaré ocasión de ver a V. y a Vicente. Ambos pueden ustedes estar seguros de que les admiro cuanto merecen y de que les quiero mucho.

Suyo siempre afectísimo que s.p.b.

Jacinto O. Picón.

2/19 [*sic*] de febrero 922.<sup>283</sup>

Añadamos simplemente que la carta, con el membrete *El bibliotecario perpetuo de la Real Academia Española* y la orla negra que Picón utilizaba desde el fallecimiento de su hijo Jacinto Felipe, se refiere al envío de la revista que Blanca de los

<sup>281</sup> J. Moreno Villa, *Vida en claro: autobiografía*, p. 81. El año citado, 1913, lo deducimos del contexto, en que se alude a su libro *Garba* como recién publicado. Recordemos, de paso, que fue precisamente Renacimiento el sello que acabó editando, y reeditando, las *Obras completas* de nuestro autor desde 1915.

<sup>282</sup> J.G. López-Valdemoro, «De mis memorias...», pp. 247-248. Sobre esta autora, muy desatendida por la crítica, véanse ahora el artículo de Ángeles Ezama Gil, «Blanca de los Ríos, escritora de cuentos», en Jaume Pont (ed.), *El cuento español en el siglo XIX. Autores raros y olvidados*. Lleida: Universitat, 2001, pp. 171-187 (monográfico de la revista *Scriptura*, núm. 16); y la tesis doctoral de María Antonieta González López, *Aproximación a la obra literaria y periodística de Blanca de los Ríos*, Madrid: FUE, 2001.

<sup>283</sup> Esta carta (signatura Mss/23119/31) ha sido comprada en 2004 por la biblioteca a doña Maravillas de Carlos Villasante. La ha consultado y transcrito para nosotros nuestra joven colega Elena Palacios, a quien agradecemos vivamente su amabilidad y eficiencia.

Ríos dirigía desde 1919 y trasluce el aprecio de don Jacinto también hacia su marido, Vicente Lampérez y Romea (1861-1923), catedrático de la Escuela de Arquitectura, estudioso e historiador de la materia, y compañero suyo en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Excepción a la inquina modernista contra don Jacinto constituye la del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927). A lo leído más arriba deben sumarse estas palabras de su etapa madrileña: «Me querían y estimaban; pero yo, poco expansivo, intimé con pocos. Fui amigo de Pi y Margall, de González Serrano y de Picón»<sup>284</sup>. Y recordemos asimismo la cariñosa semblanza que hace de don Jacinto, así como el prólogo de este a su *Literatura extranjera* antes reseñado.<sup>285</sup> Y excepción relativa —y significativa de la valoración de Picón que flota en el ambiente— es también la de Valle-Inclán, o mejor, la del joven Ramón Valle aún en su época de estudiante, hacia 1890, cuando, según Fernández Almagro, ha descubierto *De Villahermosa a la China*, de Nicomedes Pastor Díaz, y sobre todo dos novelas de doña Emilia Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa* y *La madre Naturaleza*, que parecen irle contagiando el gusanillo de la literatura:

¿Por que no ha de escribir él también?... Aboceta algún cuento. Pero a ultimar los que se le ocurren prefiere anotar impresiones aisladas, datos de paisaje, anécdotas locales, pormenores de familia y amigos... Hasta que un día, ante un artículo de Jacinto Octavio Picón —¿en *La Ilustración Española y Americana?*—, se pregunta si él no es capaz de escribir mejor que los presuntos maestros de Madrid. Hay que pensar, efectivamente, en ir allá.<sup>286</sup>

Casi treinta años menor que Picón, el tan mentado Agustín González de Amezúa (1881-1956), quien sería brillante estudioso de nuestras letras áureas, constituye un doble ejemplo: de relación amistosa de don Jacinto con los más jóvenes, y de relación amistosa con alguien que profesaba, una vez más, una ideología muy alejada de la suya. De Amezúa sabemos que también visitaba a Picón en sus últimos años<sup>287</sup> y que mantuvo con él un vínculo de discípulo a maestro, nutrido de una honda admiración por el escritor, pero sobre todo por el hombre. Así lo percibimos cuando alude a «la sincera y cordialísima amistad que me unió a él en los postreros años de su vida, no obstante separarnos en creencias religiosas tantas y tantas dife-

<sup>284</sup> E. Gómez Carrillo, *Treinta años de mi vida*, p. 430.

<sup>285</sup> En nuestros anteriores apartados 2 y 3.2.1, respectivamente.

<sup>286</sup> Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid: Editora Nacional, 1943, pp. 19-20. Unos veinte años después, sin embargo, don Ramón mostrará explícitamente su alejamiento de los presupuestos estéticos de Picón, como veremos en un posterior artículo de esta serie.

<sup>287</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 31.

rencias, y la gratitud profunda que en mi espíritu sembró el constante afecto con que me distinguió siempre». Y más abajo: «Quien esto escribe recibió de él, sin tasa, estímulos y afectos que no olvidará jamás. Aquel dulce sentimiento de la amistad, don amable de los dioses, que tantas páginas hermosas arrancó a la antigüedad clásica, empobrecido y desvirtuado hoy en brazos del egoísmo imperante, pocos hombres me lo han dado en la vida tan noble y liberalmente como Picón», a quien acaba calificando de «amigo generoso y leal».<sup>288</sup>

Es la misma generosidad que ofreció a Ramón Pérez de Ayala (1880-1962), en una relación de la que conocemos dos episodios. En el primero, el joven y nuevo crítico, que firma Clavigero, vapulea sin piedad a Picón por su prólogo a *Aves de paso*, libro de versos de Manuel de Sandoval<sup>289</sup>. Sostiene Ayala que el madrileño desconoce del todo la poesía moderna, y escribe: «Picón ha intentado ser crítico de arte, crítico literario, novelista, cuentista... Ignoro si se salió con la suya. No he leído al Picón novelista. Dispuesto estoy a aceptar que lo sea excelente. Solo conozco al Picón prologuista con pujos críticos, y en este aspecto he de confesar que resulta muy divertido»<sup>290</sup>. Y acto seguido pasa a rectificar los supuestos errores de «Piconcillo», como le llama con tanta falta de respeto como sobra de desenvoltura.

Pero cuatro años después, cuando el joven don Ramón remueva cielos y tierra para intentar conseguir la cátedra de Gramática y Literatura Españolas en la Universidad de Liverpool, acudirá, entre otros, a Picón (o quizá a la Academia). Lo cierto es que este redactará en apoyo del aspirante la siguiente carta autógrafa: «El que suscribe se complace en declarar que don Ramón Pérez de Ayala es un escritor notable, de elegante estilo y vasta cultura, que puede contribuir poderosamente al conocimiento y difusión de la lengua y literatura españolas, ya publicando artículos, ya dando conferencias. Y para que conste donde le convenga, lo firmo en Madrid, a 9 de enero de 1908. *Jacinto Octavio Picón*»<sup>291</sup>. Y cuando Pérez de Ayala le dé las gracias y se disculpe por su artículo de *Alma Española*, Picón le responderá con su talante desprendido y bondadoso:

<sup>288</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», pp. VII-VIII, XLIII y XLIV.

<sup>289</sup> Manuel de Sandoval, *Aves de paso*. Prólogo de don Jacinto Octavio Picón. Madrid: s.i., 1904, pp. 5-16.

<sup>290</sup> Tomamos el pasaje —que pertenece a una de las «pláticas» que Pérez de Ayala publicó en *Alma Española* desde febrero de 1904— de Ángeles Prado, «Seudónimos tempranos de Pérez de Ayala», *Ínsula*, XXV, núm. 404-405 (julio-agosto 1980), pp. 1 y 18-19 (p. 18).

<sup>291</sup> Citamos por José García Mercadal, «Una amistad y varias cartas», en Ramón Pérez de Ayala, *Ante Azorín*, ed. J. García Mercadal, Madrid: Biblioteca Nueva, 1964, pp. 7-44 (pp. 28-29). Junto a la de Picón, transcribe Mercadal las cartas de recomendación de César Silió (ministro), el marqués de Villalobar (embajador de España en Inglaterra), Azorín y Pardo Bazán.



Madrid, 27 de febrero de 1909.

Sr. D. R. Pérez de Ayala.

Muy distinguido señor mío: Por andar delicado de salud y más atareado de lo que quisiera, no he contestado antes a su carta. Ruego a usted que me dispense. Aunque me acordara del artículo a que usted se refiere, he tenido mucho gusto en serle útil a usted. Ahora queda olvidado y quedo yo deseando ocasiones en que servir y complacer a usted.

Suyo afectísimo compañero q. b. s. m.

*Jacinto Octavio Picón.*<sup>292</sup>

No hará falta recordar, para valorar con justicia una actitud como esta, que entre ambos había casi treinta años de diferencia y toda una carrera literaria: Picón era una de las personalidades más destacadas de la literatura y la cultura española del momento, en tanto que Pérez de Ayala no pasaba de ser un joven escritor en ciernes.

Al margen de la literatura, varios artistas jóvenes, pintores y escultores, se contaron también entre los mejores amigos del Picón viejo. Es el caso de Joaquín Sorolla (1863-1923), quien pintó en 1904 un retrato de su hijo, el malogrado Jacinto Felipe Picón y Pardiñas, no solo con dedicatoria bien expresiva («A mi amigo J.O. Picón / J. Sorolla / 1904»), sino que por el formato y el encuadre, como nos informan los expertos, constituye «uno de los típicos ejemplos de retrato pintado por Sorolla a su círculo de amistades más íntimas»<sup>293</sup>. Y es también el caso de Gonzalo Bilbao (1860-1938), cuyo nombre hallamos asociado al de don Jacinto en dos momentos de su vida: es uno de los amigos que acompañan a Rodríguez Marín en su operación de laringe en 1904, y forma parte de la embajada de intelectuales españoles a Francia en otoño de 1916, en ambos casos junto a Picón, obvio es decirlo<sup>294</sup>. Pero parece que sus amistades más estrechas, por lo que sabemos, fueron las de los escultores Mariano Benlliure (1862-1947) y Lorenzo Coullaut Valera (1876-1932), ambos asiduos visitantes de Picón en sus últimos años, como nos informa Ortiz Picón: «aquel llamaba mi atención de adolescente por su singular indumentaria con pantalones abotinados en forma de polainas; Coullaut Valera, por sus claros ojos azules y su bien cuidada barba rubia»<sup>295</sup>. Si don Jacinto escribió sobre ambos en la

<sup>292</sup> J. García Mercadal, «Una amistad y varias cartas», p. 29.

<sup>293</sup> Véase el catálogo de J.L. Díez, T. Posada Kubissa y F. Villaverde, *Maestros de la pintura valenciana del siglo XIX en el Museo del Prado*, de donde citamos (p. 194). Aquí se reproduce el retrato (p. 195), magnífico, y se inserta una nota biográfica sobre Sorolla (p. 185). Por su parte, Picón dedicó al pintor, además de frecuentes referencias dispersas, el artículo «Sorolla y la crítica francesa» (*El Imparcial*, 1-IV-1907).

<sup>294</sup> Véanse M. Azaña, «Nuestra misión en Francia», p. 26, y J. Subirá, *Los españoles en la guerra de 1914-1918*, I, p. 250.

<sup>295</sup> J.M. Ortiz Picón, *Una vida y su entorno...*, p. 31.

prensa<sup>296</sup>, Benlliure modeló un busto en bronce de nuestro autor<sup>297</sup>, y las menciones de Coullaut menudean entre sus últimas cartas a Menéndez Pelayo. Justamente en una de ellas se refiere al artículo de *El Imparcial*, publicado el mismo día de escrita la carta, y añade un comentario que parece revelar su aprecio por el joven escultor: «Otro artículo he escrito sobre la exposición de las obras del escultor Lorenzo Coullaut Valera, sobrino de don Juan [Valera]: ya lo verá V. Y por cierto que de ese muchacho tengo que hablar con V. en cuanto nos veamos»<sup>298</sup>. Es probable, asimismo, que fuera Picón quien encomendara a Coullaut la medalla con que se homenajeó a Menéndez Pelayo al ser elegido director de la Academia de la Historia. En todo caso, lo cierto es que quedará encantado con la obra del joven escultor, que también complacerá a don Marcelino<sup>299</sup>. En otro momento, será Coullaut quien entregue al polígrafo santanderino los dos ejemplares de *Juanita Tenorio* que le regala Picón<sup>300</sup>, y éste, el encargado de leer un discurso de homenaje al escultor en fecha que desconocemos.<sup>301</sup>

Otra estrecha amistad de los últimos años, también con importante diferencia de edades, fue la del duque de Alba, Santiago o Jacobo Fitz-James Stuart (1878-1953), con el que debió de intimar a raíz de su colaboración en el Patronato del Museo del Prado, desde 1912, del que aquel fue presidente y Picón vicepresidente. Es esta relación la que destaca López-Valdemoro cuando presenta a nuestro autor «como vicepresidente del Patronato del Museo del Prado y amigo particular del duque de Alba, al que llamaba Santiago, sentado en el salón de batallas del palacio de Liria, a una mesita volante para almorzar»<sup>302</sup>. Esta colaboración se extendió al Patronato de Voluntarios Españoles en 1918<sup>303</sup>, también presidido por el de Alba, y que marcó una amistad que duraría ya el resto de su vida. Resulta de sobra signifi-

<sup>296</sup> Sobre dos de las obras de Benlliure publicó en *El Imparcial* «El sepulcro de Sagasta» (27-VI-1904) y «El monumento a Castelar» (5-VII-1908), y sobre Coullaut, «Exposición de las obras de Coullaut Valera», también en *El Imparcial* (11-I-1909).

<sup>297</sup> Del que se conocen dos ejemplares, uno en el Museo del Prado y otro en poder de la familia Ortiz Picón. Este es el que reproduce fotográficamente Robert M. Fedorchek en su edición de *Moral Divorce» and Other Stories by Jacinto Octavio Picón*, Lewisburg: Bucknell University Press, 1995, p. 25.

<sup>298</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 304 (carta de 11-I-1909).

<sup>299</sup> Véanse las cartas de 30 de agosto y de 24 de septiembre de 1910 en N. Valis, «Una correspondencia académica...», pp. 305-307.

<sup>300</sup> N. Valis, «Una correspondencia académica...», p. 308 (carta de 27-I-1911).

<sup>301</sup> A este discurso, parece que inédito, alude J.G. López-Valdemoro como ejemplo de «la elegancia y la precisión en el concepto» de la escritura de Picón: «Pocas piezas en castellano podrán presentarse que se igualen a las 17 cuartillas que Picón leyó a los postres de un banquete homenaje al escultor don Lorenzo Coullaut Valera» («De mis memorias...», p. 245).

<sup>302</sup> J.G. López-Valdemoro, «De mis memorias...», p. 244.

<sup>303</sup> Véase, más arriba, 1.6 y nota 87.

cativo que don Santiago fuera uno de los amigos que visitaron personalmente a don Jacinto en el que sería su lecho de muerte.<sup>304</sup>

Poco más podemos añadir a estos apuntes. Quizá cabría hacer mención de alguna carta de presentación o recomendación<sup>305</sup>; de los «amigos de París», a los que se refiere más de una vez en su epistolario sin mayores precisiones; y hasta de personas, además de las ya citadas, con las que coincide en alguna de las instituciones o agrupaciones en las que participó Picón en sus últimos años: Rafael Altamira, Manuel Azaña, Américo Castro, Gustavo Pittaluga, Miguel Moya, Adolfo Posada, Antonio Machado...

#### 4. DE LA BIOGRAFÍA A LA IDEOLOGÍA

Aunque se verán reflejados en su obra, y será en ella donde podremos captarlos y aquilatarlos, no estará de más aproximarnos a algunos factores o condicionantes externos, procedentes del material noticioso manejado hasta aquí, que fundamentan la vida y la escritura de Jacinto Octavio Picón.

Habrá quedado ya relativamente perfilada la desahogada situación económica de que disfrutó nuestro autor a lo largo de toda su vida. No es este un aspecto menor, en absoluto; bien al contrario: constituye, si no la razón primera, sí la base sobre la que descansa la independencia personal e ideológica de Picón, quien —afortunado él— no tendrá amos a los que contentar ni afanes a los que enfrentarse que no sean los que él mismo se fije o se forje. Lo que no es poca cosa. Hemos

---

<sup>304</sup> Así lo trae J.M. Ortiz Picón (*Una vida y su entorno...*, p. 44), quien transcribe una curiosa carta de don Santiago fechada en diciembre de 1922. Asimismo, da cuenta Ortiz del abundante intercambio epistolar entre ambos, que explica por «la lógica relación entre un presidente frecuentemente ausente de Madrid (pues el duque de Alba pasaba habitualmente largas temporadas en Inglaterra y en Suiza) y un vicepresidente que no se movía de la sede del Museo del Prado y que, además, estaba en estrecho contacto con el director del mismo (lo era el pintor Aureliano de Beruete)». Cartas, por cierto, que quedaron en poder de Dolores Ortiz Picón (*Ibid.*, p. 30, nota). Otra curiosidad es que los buenos oficios del duque de Alba, fruto de la amistad referida, consiguieron que el rey Alfonso XIII, poco antes de la muerte de don Jacinto, concediese licencia al republicano Picón, cuando este preparaba la refundición de su *Velázquez*, para examinar los papeles que a su muerte había legado don Manuel Remón Zarco del Valle a la Biblioteca de Palacio. Y curiosa es también la anécdota de la respuesta de Picón, que transcribimos de González de Amezúa: «Concediolo [la licencia] aquel graciosamente, ordenando en telegrama que me enseñó Picón que fueran allanados cuantos obstáculos impidiesen la realización de sus deseos: agradeció Picón la regia fineza en carta dirigida al Soberano, tan gentil y bien cortada, que —según me ha referido testigo que lo oyó— hubo de leerse en la cámara palatina en presencia de todos y en alta voz, como dechado y ejemplar de buen castellano» («Apuntes biográficos...», pp. XXVI-XXVII).

<sup>305</sup> Por ejemplo, dos de ellas a Galdós, de 1915, en las que pide a don Benito que atienda a Alberto Mar, periodista, «al cual —escribe Picón— me une una antigua y cariñosa amistad» (S. de la Nuez y J. Schraibman, *Cartas del archivo de Pérez Galdós*, p. 178). A este Alberto Mar, que por lo demás nos es desconocido, prologó Picón sus *Solaces de un periodista* (Madrid: Mateu, 1920, pp. XI-XV).

visto el acomodo de su casa de la calle del Florín; los viajes por distintos países de Europa, a veces con sus hijos; los veraneos en París, Santander, Cestona, Biarritz...<sup>306</sup>

En lo ideológico, el liberalismo impregna de manera absoluta la vida y la obra de Jacinto Octavio Picón; un liberalismo firme y radical, que rechaza todo doctrinarismo y que por eso mismo se hace profundamente tolerante, dialogante, en buena medida utópico y en extremo sensible a la injusticia y a las causas más nobles; un liberalismo que se traduce políticamente en la adhesión a la causa republicana, y en el plano religioso en el respeto a las creencias de la persona y en la condena del fanatismo, con frecuencia asimilado al clericalismo.

Será sobre todo en sus obras, como decíamos, donde podamos apreciar numerosas facetas de esta ideología, pero avancemos ya algunos apuntes al hilo de los avatares biográficos. Proporciona buena prueba de su talante liberal el hecho de que a las muchas amistades nacidas de la afinidad, se van sumando, con el correr de los años, otras muy alejadas en lo ideológico: Menéndez Pelayo, Maura o el duque de Alba acabarán siendo algunos de los mejores amigos de Picón, sin que este renuncie a sus principios ni aquellos a su catolicismo, conservadurismo o monarquismo.<sup>307</sup>

A propósito de ello, Ortiz Picón habló de una crisis de su radicalismo político en los últimos años de su vida<sup>308</sup>; no obstante, parecen más fundadas las palabras de don Antonio Maura, cuando alude, en su discurso necrológico, a «las ideas políti-

---

<sup>306</sup> Véase A. Amorós («Doce cartas inéditas...»), pero sobre todo N. Valis, («Una correspondencia académica...»), y los datos que suministran bastantes de las cartas aquí publicadas. A algunas de las referencias anteriores, agréguese estas otras significativas: en agosto de 1885 está en Amberes («Carta de Amberes», *El Correo*, 30-VIII-1885), en septiembre y octubre, en París (Amorós, pp. 14-15); en 1899 vive parte de la estación estival en Biarritz, y antes ha estado en Cestona y en San Sebastián; el verano de 1900 lo dedica prácticamente íntegro a visitar con sus hijos la Exposición Universal de París, alojándose en un hotel desde principios de julio hasta después del 20 de septiembre, fecha en la que escribe (Valis, p. 279); en mayo de 1904 pasa varias semanas en Sevilla «viendo cuadros de Murillo y admirando cuanto produce esta incomparable tierra» (Valis, p. 289). Un testimonio directo, aunque anónimo, de 1889, justifica la relativa escasez del número de novelas publicadas por el autor con estas palabras: «porque Picón tiene la fortuna, que para las letras es desgracia, de no necesitar trabajar para vivir» («Galería nacional. Jacinto Octavio Picón», *El Resumen*, 26-VI-1889).

<sup>307</sup> No mucho antes de la guerra civil española, y no mucho antes, tampoco, del espantoso holocausto al que condenó a Europa toda el nacionalsocialismo alemán, actitudes humanas como la de Picón adquieren a nuestros ojos un valor extraordinario. Con hombres como él en puestos rectores de la sociedad, nada de todo ello hubiera acontecido.

<sup>308</sup> Escribe J.M. Ortiz Picón: «Aunque entre mis 13 y 15 años estaba yo poco enterado de la política, sí lo suficiente para darme cuenta que en mi abuelo —ya en sus 65 años de edad— se había producido una honda crisis de su anterior radicalismo político. Quizá en parte por influjo de su fallecido hijo —el cual militó en el Partido liberal-conservador de don Eduardo Dato y fue diputado a Cortes en dos legislaturas— las relaciones de mi abuelo en sus últimos años fueron predominantemente con personas políticamente moderadas, e incluso acentuadamente conservadoras» (*Una vida y su entorno...*, p. 30).

cas que siempre, siempre profesó»<sup>309</sup>, remachando de manera rotunda el adverbio para que no quepan dudas. Y así parece que fue, no solo en sus ideas, sino incluso en su militancia liberal y republicana, desde el episodio juvenil en París del manifiesto de Ruiz Zorrilla<sup>310</sup> hasta su adhesión al Partido Republicano Reformista, fundado en 1912 por Melquiades Álvarez y Gumersindo de Azcárate<sup>311</sup>. Son los años a los que se refiere Ortiz Picón, y tal vez don Jacinto haya templado algo sus ideas, pero no ha renunciado a ellas.<sup>312</sup>

Lo que desde luego le disgustó fue la dedicación a la política parlamentaria. No solo no reincidió, sino que le hemos visto renegar del abandono de sus papeles en su etapa de diputado<sup>313</sup>. Aquí no hay discrepancia: todos coinciden en su escaso interés por la política menuda, práctica, en el rechazo que su «buen gusto nativo» experimentó por «la viciada atmósfera parlamentaria» y por «las torpes artes de la política», en palabras de González de Amezúa<sup>314</sup>. O, como expone más por extenso don Antonio Maura:

Una vez, creo yo que más atraído por afectos personales que impulsado por las ideas políticas que siempre, siempre profesó, le vi aparecer en el Congreso de los Diputados; sentose en aquellos escaños que esta convicción le designaba. Poca perspicacia se necesitó para pronosticar lo que muy luego se cumplía: aquella atmósfera era irrespirable para Picón, y no demoró la determinación

<sup>309</sup> A. Maura, «Necrología...», p. 499.

<sup>310</sup> Véase más arriba, 1.2. De esos años, más concretamente de 1878, conocemos también una carta a don Nicolás Díaz-Pérez en que se trasluce su activismo republicano. La reproduce N. Valis, «Más datos...», pp. 219-220.

<sup>311</sup> Picón no asistió, pero se adhirió mediante un mensaje escrito, al banquete celebrado en el Hotel Palace de Madrid el 23 de octubre de 1912, en el que se presentó el nuevo partido. Se contaron en él hasta 1919 comensales, entre ellos Galdós (en la presidencia), Ortega y Gasset, García Morente, Díez-Canedo, Fernando de los Ríos, Américo Castro, Teófilo Hernando, Pedro Salinas, Adolfo Posada... Algunos de estos —Ortega, Hernando, García Morente, Posada—, junto a Federico de Onís y Manuel Azaña, entre otros, formaron parte de la Junta Nacional, en la que figuró Picón en calidad de ex diputado (M. García Venero, *Melquiades Álvarez...*, pp. 287-290).

<sup>312</sup> Léase, por ejemplo, lo que escribe el 30 de julio de 1916 a propósito del caso de Valentín Torras y de su cautiverio en Alemania, cuando, a la vez que proclama sin ambages su republicanismo, aplaude la actitud de Alfonso XIII: «Donde el rey —y esto lo dice un republicano— da el admirable ejemplo humanitario de amparar a los prisioneros extranjeros, el Gobierno no puede abandonar a los españoles». Citamos el artículo «Un español prisionero de guerra en Alemania. Veintidós meses de cautividad», *El Liberal* (1-VIII-1916), reproducido en V. Torras, *Un español prisionero de los alemanes (21 meses de cautiverio)*, cit., prólogo de J.O. Picón, de donde procede la frase (p. 197). Subrayemos además algo ya leído y en lo que importa insistir a este propósito, pues resulta bien significativo: el hecho de que don Jacinto hubiera sobre la mesa de su despacho un busto en bronce de la República (E. Marquina, «Crónica. Hablando con Jacinto Octavio Picón», cit.).

<sup>313</sup> Véase más arriba, 1.5, nota 68.

<sup>314</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», p. XIX.

irrevocable de redimirse, sin que por ello variase de ideal; quizás se abstuvo a causa de la fidelidad misma que le guardaba.<sup>315</sup>

También en su obra escrita será donde examinaremos la postura religiosa de Picón. Anotemos ahora solo que sus biógrafos, desde una óptica muy alejada en esto de don Jacinto, reseñan que «si Picón en su niñez sintió acaso la fe cristiana, debió de perderla en seguida para no recobrarla jamás», y se extrañan de cómo un hombre que es «todo cortesía y tolerancia» hace gala con frecuencia «de un espíritu irreligioso» y se muestra «enemigo encarnizado de la teocracia, debelador incansable de un supuesto fanatismo que parece obsesionarle durante su vida entera, rasgos todos que sorprenden y asombran cuando aparecen revestidos de la misma prosa castiza, impecable y jugosa con que nuestros místicos describían las bellezas y estancias del Reino de Dios»; todo ello en palabras de González de Amezúa, quien agrega: «Y el asombro sube de punto cuando los que hemos manejado su copiosa librería podemos señalar numerosos ejemplares de místicos y ascéticos con apostillas en sus márgenes y llamadas en el texto, que revelan algo más que la curiosidad del purista por el vocablo peregrino o el modismo desusado, como si acusaran una invencible y nunca confesada atracción hacia el luminoso espiritualismo que latía en el fondo de aquellos viejos libros».<sup>316</sup>

Adelantemos por el momento que hablar de irreligiosidad parece a todas luces injusto. Pero no es exagerado plantear su anticlericalismo, cosa que hace con crudeza el conde de las Navas, quien, en la misma línea de Amezúa, llega a bucear en oscuras motivaciones psicológicas para explicar lo que también califica de «obsesión»:

En la vida y en la obra toda de don Jacinto Octavio Picón, padre, periodista, crítico, académico y hombre de sociedad, revolotea siempre un abejorro negro: «¡¡El cura!!»

He pensado muchísimas veces si de niño, o muy joven, fue víctima de alguna infamia por parte de persona con órdenes sagradas; ello es que la animadversión a la clase —que a veces confundía con su poquísimos afecto hacia la doctrina católica— constituyó obsesión en la existencia de aquel hombre tan estético, tan culto, tan bien educado y tan condescendiente en general, que no pudo perdonar, ni olvidarse, ni prescindir jamás de expresar su odio al clero católico, en la conversación y en la obra literaria.<sup>317</sup>

Lo cierto es que las cosas no les cuadran. ¿Podría residir la explicación, en parte al menos, en el apunte que hace Zamacois en su libro de memorias?:

<sup>315</sup> A. Maura, «Necrología...», p. 499.

<sup>316</sup> A. González de Amezúa, «Apuntes biográficos...», pp. XXXIV y XXXI-XXXII.

<sup>317</sup> J.G. López-Valdemoro, «De mis memorias...», p. 246.

José Marcial [Dorado], que era hijo de un pastor protestante, no sosegó hasta llevarme a la Sociedad Bíblica, instalada en un inmueble bicentenario donde cuentan que el duque de Sexto mató, en defensa de su rey, al esposo de una malcasada. Dirigía la Sociedad Bíblica el inglés Juan Jammeson; Marcial Dorado me presentó a él, y en las reuniones que semanalmente se celebraban allí, conocí al cura renegado don Pedro Sala y Villaret, a los novelistas José Zahonero, Jacinto Octavio Picón y al aragonés Abundio Martínez, ordenanza, portero y cuidador del destartado local.<sup>318</sup>

¡Picón protestante! Primera noticia. Suena extraño, pero habrá que ver si su obra nos lo confirma o desmiente. Cabe decir, eso sí, que las rememoraciones de Zamacois no siempre son del todo fieles a la realidad, como vimos<sup>319</sup>, aunque en este caso parece tan precisa que cuesta pensar que se trate sin más de una mentira consciente.

Concluyamos. Si resulta arduo rehacer el contexto humano y vital de cualquier personaje alejado en el tiempo, en el caso de Jacinto Octavio Picón, tan poco dado al autobombo, tan parco, tan modesto, tan mesurado y discreto, la empresa multiplica su dificultad. Quede aquí al menos el intento.

---

<sup>318</sup> E. Zamacois, *Un hombre que se va...*, p. 57.

<sup>319</sup> Más arriba, en el apartado 1.5, nota 70.

